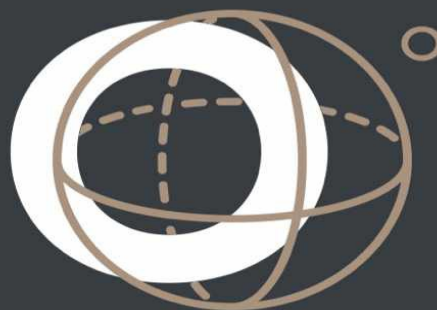
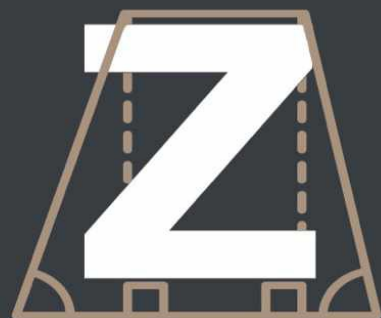
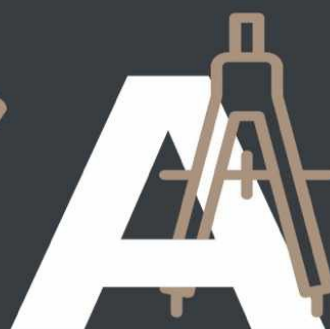
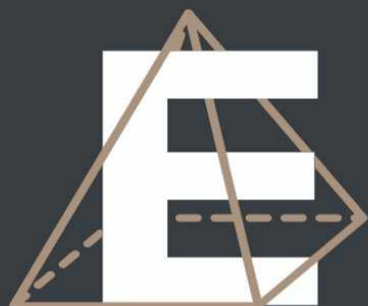
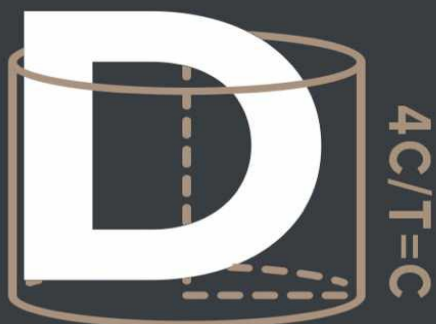


LA FÓRMULA DEL



JUAN SÁNCHEZ

Table of Contents

Introducción

Parte 1: Fundamentos bíblicos

Capítulo 1: El patrón del liderazgo

Capítulo 2: El problema del liderazgo

Capítulo 3: La estructura del liderazgo en la iglesia

Parte 2: La fórmula del liderazgo

Capítulo 4: La fórmula del liderazgo: Una vista general

Capítulo 5: Carácter

Capítulo 6: Convicciones

Capítulo 7: Cuidado

Capítulo 8: Competencia

Capítulo 9: Credibilidad

Parte 3: Cómo aplicar la fórmula del liderazgo

Capítulo 10: Un encargo a los pastores

Capítulo 11: Un encargo a los padres

Capítulo 12: Un encargo a los cristianos en el mundo

Conclusión

Apéndices

Apéndice 1: Programa de pasantía de una iglesia local

Apéndice 2: El lugar y ministerio de los ancianos en la iglesia local

Apéndice 3: Las cualidades bíblicas para un anciano

Apéndice 4: Preguntas de evaluación para un anciano

potencial

LA FÓRMULA DEL LIDERAZGO

JUAN SÁNCHEZ



NASHVILLE, TENNESSEE

*Para el concejo pastoral de Coalición;
un compañerismo de líderes fieles:*

*Andrés Birch
Justin Burkholder
Carlos Contreras
Sam Masters
José Mercado
Sugel Michelén
Miguel Núñez
Alexis Pérez
Haníbal Rodríguez
Otto Sánchez
Greg Travis*

La fórmula del liderazgo

Copyright © 2019 por Juan Sánchez
Todos los derechos reservados.
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960*® © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960*® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

ISBN: 978-1-5359-6253-7

Impreso en EE. UU.
1 2 3 4 5 * 22 21 20 19

Introducción

¿Por qué nos obsesiona tanto el liderazgo? Lo digo porque seguramente este no es el primer libro sobre el liderazgo que has tenido en tus manos. Entonces, ¿por qué publicar otro libro sobre liderazgo? ¿Por qué leer otro libro sobre este tema? Otros autores, mucho más competentes que yo, ya han abordado el «manual de instrucciones» del liderazgo: comunicar la misión, presentar la visión y crear el plan. Y a juzgar por la constante publicación de tales libros, debe de haber mucha demanda. Mi enfoque, sin embargo, es más básico. Como bien sabemos, en la Iglesia hay muchos líderes talentosos capaces de comunicar la misión de su organización de tal manera que todos quieran unirse a ella. Están increíblemente dotados para presentar su visión para que puedas ver hacia dónde quieren llevarte. Y debido a su gran capacidad, pueden elaborar un plan sobre cómo llegar allí. Estos líderes tan competentes nos atraen. Si nos lo pidieran, los seguiríamos hasta el borde de un precipicio. Y ese, desde luego, es uno de los peligros del liderazgo, ¿no es verdad?

Durante años, los noticieros y las revistas cristianas han hablado de historias sobre líderes dotados y competentes que no solo fracasaron y destruyeron su iglesia o ministerio, sino que además, destrozaron muchas vidas por el camino. Y no solo los líderes de mega iglesias y organizaciones ministeriales influyentes continúan fracasando y cayendo. Los líderes de las iglesias y ministerios locales también han fracasado, arruinado vidas y ensuciado el nombre de Cristo. La raíz de sus fracasos es el pecado. Y ese es el problema al que todos hemos de enfrentarnos, y aquellos que estamos en el liderazgo, seríamos unos ingenuos si no admitiéramos que también estamos en constante peligro de padecer un destino similar, si no guardamos nuestros corazones y no nos colocamos bajo el cuidado de aquellos que están deseosos de cuidarlos.

No obstante, me pregunto si buena parte del problema en la Iglesia de hoy no es que nos sentimos tan atraídos por la capacidad de otros, que estamos

tan enamorados de su talento, que no estamos considerando los requisitos bíblicos para el liderazgo. No me malinterpretes, la Biblia espera que los líderes sean competentes, pero a lo largo de la Escritura, el carácter siempre se enfatiza por encima de la competencia. De hecho, Dios usa a los incompetentes para confundir a los líderes competentes de este mundo. Piensa tan solo en Adán, Noé, Abraham, Isaac, José, Saúl, David, Salomón, y podríamos continuar.

¿Recuerdas los doce apóstoles? El ser humano mira la apariencia exterior; Dios mira el corazón (1 Sam. 16). Ese es mi libro sobre liderazgo. Y por eso propongo esta fórmula para el liderazgo.

Mi deseo al escribir este libro es doble. En primer lugar, quiero recordarnos a nosotros mismos la necesidad de levantar permanentemente líderes fieles a quienes podamos confiar el evangelio, quienes a su vez continuarán levantando otros líderes después de ellos, para que el legado del evangelio continúe mucho después de que nos hayamos ido. Segundo, quiero que consideremos juntos a qué clase de líderes debemos confiarles el evangelio. La Biblia tiene mucho que decir en cuanto a esto. Como pastor que busca levantar otros pastores y líderes en la iglesia, me he dado cuenta de que lo que hagamos hoy preparará a la iglesia para los años venideros. Por esta razón, es ahora que debemos levantar las generaciones que guiarán y pastorearán a nuestros bisnietos, si Jesús tarda en llegar.

Pero el fracaso en sentido moral no es la única amenaza que tiene el liderazgo. Un peligro aún mayor y más común quizás, sea el temor al hombre. El punto principal de la segunda carta a Timoteo es animarle a ser valiente y fiel en el ministerio del evangelio. Y ese también es mi objetivo: alentar a los líderes valientes y fieles a que levanten la próxima generación de líderes a quienes confiarán el evangelio y nuestros ministerios. Para hacerlo, primeramente, en los capítulos 1 y 2 estableceré una base bíblica. El liderazgo es tan importante que Dios no nos permite diseñar nuestros propios modelos de liderazgo. Al contrario, Dios nos ha programado mentalmente de manera que podamos establecer relaciones de igualdad a imagen de Dios y de autoridad y sumisión como hombres y mujeres (capítulo 1). Este patrón de liderazgo para la familia establecido en el Jardín de Edén debe reflejarse

igualmente en la iglesia. Además, Cristo ascendido a los cielos ha proporcionado una estructura para Su Iglesia a fin de que podamos mostrar la sabiduría y la gloria de Dios al vivir juntos como Iglesia (capítulo 2).

Una vez establecidas las bases bíblicas para el liderazgo, expondré la fórmula del liderazgo que he desarrollado a partir de la Escritura para que esta pueda ayudarnos a observar y evaluar a hombres fieles de cara a un posible liderazgo en la iglesia. En el capítulo 3, presentaré de forma general la fórmula del liderazgo. Luego, en los capítulos 4-8, explicaré los elementos de la fórmula para obtener así la máxima comprensión de esta.

Para finalizar, en la última sección, aplicaré brevemente la fórmula del liderazgo como encomienda a los pastores (capítulo 9), a los padres (capítulo 10) y a los cristianos en general. El objetivo principal de este libro, aunque sea solo una pequeña contribución entre la gran cantidad de publicaciones sobre el liderazgo, es ayudarnos a no solo pensar en el liderazgo desde una perspectiva bíblica, sino también a saber qué observar al buscar a los posibles líderes que confíen el evangelio a las futuras generaciones hasta que Jesús regrese. ¡Ven pronto Señor Jesús!

Este libro es una adaptación y ampliación del capítulo «Cómo liderar a mis líderes» escrito para el libro «15 Things Seminary Couldn't Teach, Me», editado por Collin Hansen y Jeff Robinson Sr. © 2018 por Coalición por el Evangelio. Publicado por Crossway, ministerio editorial de Good News Publishers.

PARTE 1

FUNDAMENTOS BÍBLICOS

CAPÍTULO 1

EL PATRÓN DEL LIDERAZGO

A nuestro alrededor, el liderazgo se ejerce constantemente. Ya sea que tus padres te pidan que limpies tu habitación, o que un oficial de policía te ordene que aminores la velocidad al conducir, que un maestro te asigne una tarea o que tu jefe te dé un nuevo cargo, todos experimentamos relaciones de autoridad y sumisión. Sin embargo, como todos hemos podido comprobar, la autoridad se ejerce bien o mal, valerosa o pasivamente, con amor o de manera abusiva. Independientemente de cómo se ejerza, no podemos escapar de ella. Fuimos hechos para liderar y ser liderados. El relato de la creación humana de Génesis 1 y 2 nos muestra el patrón de liderazgo mediante el cual Dios se preocupa por Su mundo y gobierna a Su pueblo. Cuando entendemos este patrón, entonces nos es posible establecer una base bíblica para el liderazgo cristiano. Al ser hechos a imagen de Dios, fuimos creados para reflejar el dominio soberano de Dios sobre la creación, representar Su cuidado amoroso hacia aquellos que están bajo nuestro cuidado y tener descendientes piadosos hasta que toda la tierra se llene de la gloria y la imagen de Dios.

El patrón del liderazgo: La imagen de Dios

Al igual que con todo lo relativo a la humanidad, el concepto de liderazgo empieza en Génesis, donde Dios declara: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (1:26). En el Salmo 8, el salmista nos brinda una imagen poética de la creación humana, declarando «¿qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Lo has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos, todo lo pusiste debajo de sus pies...». Ciertamente, la creación humana es única. Aunque Dios hizo todo lo demás «según su género» (Gén. 1:11,12,21,24,25), solo los seres humanos son creados después según el «genero» de Dios: Su imagen y semejanza. ¿Qué significa eso?

La palabra «semejanza» es fácil de entender. Significa ser «como» algo o alguien. Damos ese sentido a la palabra a menudo. Cuando comparamos las

imágenes de nuestra nieta de cuatro años con las fotos de su madre a la misma edad, es sorprendente lo mucho que se parecen. Ella es «semejante» a su madre. La semejanza comunica parecido físico, un reflejo de alguien o de algo. Pero en el Antiguo Testamento, la imagen y la semejanza se usan normalmente en relación con los ídolos. En el mundo antiguo, la gente adoraba *imágenes* o *semejanzas* de sus dioses. Es decir, adoraban sus representaciones físicas: por ejemplo, una imagen tallada en madera recubierta de oro. Se creía que estos dioses gobernaban o tenían dominio sobre cierta porción de tierra, territorio o nación. Por tanto, eran territoriales. Los dioses de los egipcios, por ejemplo, gobernaban Egipto. En consecuencia, dado que cada nación tenía sus propias deidades con sus propias imágenes, Dios abordó el tema de la idolatría al inicio de su relación de pacto con Israel. En el primer mandamiento, Dios prohibió a Israel adorar a otros dioses (Éx. 20:3), y en el segundo mandamiento, les prohibió «imagen ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra» (Éx. 20:4). Debido a la gran cantidad de imágenes que poseían las naciones con las que Israel tendría contacto cuando entrara en la tierra prometida, Dios no solo quería proteger a Israel de la adoración a otros dioses, también quería protegerlos de la tentación de adorar una imagen hecha por el hombre para representarlo. Él ya había creado una imagen física para representarlo: la humanidad. Somos la imagen de Dios, creados para representarlo en la tierra. Ahora bien, la idea de que la imagen de Dios tenga algún tipo de implicaciones físicas pone a algunas personas nerviosas, así que, antes de que malinterpretes lo que estoy diciendo, permíteme explicarlo.

En el mundo antiguo, solo el rey era considerado la imagen de la Deidad. En Egipto, se creía que el faraón era el hijo de dios(es) y, por lo tanto, su imagen. Como imagen de dios(es), el faraón era su representante físico (humano) en la tierra. Ejercía el gobierno de las deidades sobre Egipto, como representante de dios(es) ante las personas y de las personas ante dios(es). Lo que es realmente único del relato bíblico de la creación es que todos los seres humanos son hechos a imagen de Dios. Génesis 1:26 declara que tanto Adán como Eva son hechos a imagen y semejanza de Dios. Es decir, ambos

representan a Dios en la tierra. Incluso después de la caída, aunque distorsionada como resultado del pecado, los hijos de Adán y Eva continúan portando la imagen de Dios (Gén 5:1-3). La imagen de Dios, por tanto, no se limita a un individuo en especial; toda la humanidad es a imagen de Dios. En la actualidad, cuando leemos que Dios hizo al hombre y a la mujer a Su imagen y a Su semejanza, debemos entender el trasfondo antiguo para comprender ambos términos. Adán y Eva fueron creados para ser hijos e hijas de Dios quienes representarían su señorío sobre la creación como reyes y reinas. Es decir, fuimos creados como representantes de Dios en la tierra para mostrar Su gobierno soberano y Su cuidado amoroso por la creación. Pero el hombre y la mujer no cumplen esta tarea dada por Dios de la misma manera.

Los roles del liderazgo: Autoridad y sumisión

Podemos, y debemos, celebrar que Dios creó tanto al hombre como a la mujer a Su imagen, iguales como seres humanos. Sin embargo, aunque ambos están llamados a reflejar el dominio de Dios sobre toda la creación, a cada uno se le asigna un papel distinto en el cumplimiento de ese llamado. El hombre fue creado primero, se le colocó en el Edén como el único ser humano y se le llamó a guiar, proteger y proveer amorosamente a todos los que estaban bajo su cuidado (Gén. 2:4-15). La clave para entender el papel del hombre se encuentra en Génesis 2:15: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y lo guardase». La palabra traducida como *labrar* en Génesis 2:15 también puede traducirse como *trabajar*, *servir* o *ministrar*. Y *guardar* también puede significar *proteger*. Ambas palabras también aparecen juntas en relación con el sacerdocio levítico (Núm. 3:7-8). Los sacerdotes debían servir (*trabajar*) en la presencia de Dios y guardar (*proteger*) la entrada al tabernáculo. Dado que Edén era el lugar de la tierra en el que originalmente Dios estaba en la presencia del hombre (Génesis 3: 8), y dado que Adán también sirvió ante la presencia de Dios, es apropiado considerar a Adán como sacerdote, ya que tenía el mismo papel: servir en la presencia de Dios y proteger el lugar en el que estaba dicha presencia (Edén) de la entrada de los intrusos. Como imagen de Dios, Adán fue creado para representar el dominio amoroso de Dios sobre

los que estaban a su cuidado. Para cumplir con el mandato creativo de Génesis 1:28, sin embargo, Adán necesitaría ayuda.

Dios creó a la mujer como ayuda idónea y complementaria del hombre (Gén. 2:18-25). Con la ayuda de la mujer, Adán podría cumplir el mandato de «... Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla...» (Gén. 1:28). Juntos, el hombre y la mujer, como gobernantes representativos de Dios sobre la creación, estaban llamados a reproducir una descendencia piadosa, hijos que también tuvieran la imagen de Dios. Pero, aunque Adán y Eva eran iguales en cuanto a la imagen de Dios, el rol de Eva era diferente al de Adán. En la relación hombre-mujer establecida en el Edén, el hombre fue creado para liderar y la mujer para seguir. Él estaba orientado a trabajar; ella estaba orientada hacia el hombre. Él fue creado para proteger; ella fue creada con la necesidad de ser protegida. A él se le encomendó proporcionar; a ella la tarea de ayudar.

La relación hombre-mujer de autoridad y sumisión la vemos establecerse en Génesis 2:18-25. A medida que avanza la narración, es como si Dios le estuviera enseñando a Adán que su ayuda idónea no se encuentra en el reino animal; no se encuentra en otro hombre; y no se encuentra en las mujeres en general. Su ayuda idónea es una única mujer, y están unidos de por vida entre sí en una relación de pacto a la cual llamamos matrimonio (Gén. 2:22-25). Por tanto, el patrón de liderazgo se establece primero en la relación dentro de la alianza matrimonial, es decir, en el hogar. El esposo guía, protege y provee, mientras que la esposa acompaña a su esposo para ayudarlo, afirmándolo y siguiendo su liderazgo. De manera que, el patrón de liderazgo establecido en Génesis 1 y 2, es uno de igualdad entre el hombre y la mujer como portadores de una misma imagen, pero de diferencia en cuanto a sus roles. En la relación matrimonial, el hombre ejerce la autoridad y la mujer se coloca voluntariamente bajo esa autoridad establecida por Dios. Pero ¿con qué fin?

En última instancia, Dios desea que Su gloria llene toda la tierra y, en un principio, que Su gloria se extendiera por toda la tierra mientras Adán y Eva reproducían la imagen divina al tener una descendencia piadosa. A veces olvidamos que el Jardín de Edén era un lugar específico marcado por límites

naturales, a saber: cuatro ríos (Gén. 2:10-14). Cuando se tiene en cuenta el mandamiento de «fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla» (Gén. 1:28), entendiendo que el Edén era un espacio limitado sobre la faz de la tierra, es evidente que a medida que Adán y Eva cumplieran con la tarea que Dios mismo les encomendó, necesitarían expandir los límites del jardín para adaptarlos al aumento de la población. El objetivo del mandamiento de Dios de ser fructíferos, multiplicarse y llenar la tierra, era reproducir portadores de la imagen de Dios y continuar expandiendo los límites del jardín hasta que este cubriera todo el mundo, y así la tierra estuviera llena de la gloria y la imagen de Dios.

Como imagen de Dios, por tanto, fuimos creados para reflejar el reinado soberano de Dios sobre la creación, representar Su cuidado amoroso sobre los que están bajo nuestra autoridad y tener descendientes piadosos hasta que toda la tierra se llenara de la gloria de Dios. Aunque el pecado entró en el mundo por medio de la rebelión de Adán (Gén. 3), y la imagen de Dios en la humanidad ahora está distorsionada, el plan de Dios no ha cambiado. La historia de la Biblia que se está desarrollando apunta a una persona que de forma fiel y verdadera crearía una imagen de Dios. A través de la predicación del evangelio y el poder del Espíritu Santo, Jesús, la verdadera imagen del Dios invisible (Col. 1:15), ahora da a luz a un pueblo a quien está restaurando progresivamente a la imagen divina (2 Cor. 3:18).

El patrón del liderazgo en la actualidad

Aun después de la caída, la imagen de Dios en la humanidad no fue erradicada. Distorsionada sí, pero no destruida (Gén. 5: 1-3). Vemos evidencias de esto cuando experimentamos un liderazgo amable y amoroso incluso de parte de los incrédulos. Debido a la gracia común de Dios, los no cristianos también pueden tener buenos matrimonios, ser buenos jefes y cuidar amorosamente de aquellos que están bajo su supervisión. Aún así, debido a que Dios está obrando en los cristianos sobre la base de la obra de Cristo y en el poder del Espíritu Santo para conformarnos a la imagen de Su Hijo (Rom. 8:28-29), en Cristo, estamos llamados a representar el dominio de Dios sobre la tierra y reflejar Su amoroso cuidado hacia la creación a medida

que reproducimos a personas a la imagen de Dios en la tierra al cumplir la Gran Comisión (Mat. 28:19-20). Por tanto, dado que Dios está restaurando y renovando Su imagen divina en nosotros, la mejor manera de mostrar ese liderazgo es como embajadores de Cristo (2 Cor. 5:20).

Que el patrón del liderazgo continúe hoy en día es algo que se afirma en todas la Escritura y se clarifica en el Nuevo Testamento. Se manda a las esposas que se sometan a sus propios esposos: «Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia» (Ef. 5:23). Y se le ordena al esposo que ejerza su autoridad con amor, así como Cristo amó a la Iglesia con amor sacrificial (Ef. 5:25). De nuevo, es importante enfatizar que el esposo y la esposa son iguales en cuanto a la imagen de Dios, pero se relacionan entre sí en roles de autoridad y sumisión diferentes. Este es el patrón del liderazgo establecido en la creación. Pero no se limita a la familia.

El patrón de liderazgo establecido para el hogar también se ha de reflejar en la iglesia. Como en el hogar, hombres fieles, apartados por el Espíritu Santo, están llamados a dirigir, proteger y proveer para la iglesia (Hech. 20:28; 1 Ped. 5:1-4). Es cierto que la opinión de que solo los hombres deben ser pastores no se ve con buenos ojos en nuestra cultura actual. Vivimos en medio de movimientos de lucha a favor de los derechos de las mujeres los cuales, como la Biblia hace, declaran que hombres y mujeres son iguales. Sin embargo, a diferencia de la Biblia, tanto las feministas seculares como las evangélicas sostienen que si los hombres y las mujeres son iguales, ellas pueden hacer lo que los hombres hacen. Lamentablemente, los movimientos de lucha por los derechos de las mujeres que se iniciaron en Inglaterra y en Estados Unidos fueron necesarios; inicialmente, las activistas lucharon con toda la razón por la igual dignidad de las mujeres en un momento en que eran tratadas como inferiores a los hombres y ni siquiera se les permitía votar. También es cierto que la segunda ola del movimiento feminista también luchó con razón por la igualdad de las mujeres en el lugar de trabajo, en particular, la igualdad salarial al desempeñar el mismo trabajo que los hombres. Sin embargo, el problema es que, cuando este movimiento feminista golpeó nuestra cultura en una tercera ola, enfocó la igualdad en el lugar equivocado: aquello que hacemos (nuestras funciones). La Biblia, por

otro lado, basa nuestra igualdad en lo que somos (el ser): la imagen de Dios. Los hombres y las mujeres son iguales ante Dios porque somos la imagen de Dios, no porque hagamos las mismas cosas. Ciertamente, nuestra negligencia como cristianos de celebrar la igualdad entre hombres y mujeres a la imagen de Dios sea, al menos en parte, responsable de la reacción feminista de hoy en día. Sin embargo, cuando entendemos el hermoso diseño divino, celebraremos la igualdad entre hombres y mujeres como imagen de Dios, al mismo tiempo que celebramos nuestros distintos roles.

Por tanto, en la iglesia, mientras que los hombres y las mujeres son iguales en cuanto a la imagen de Dios, solo los hombres fieles que pueden enseñar deben ser reconocidos como pastores (1 Tim. 3:1-7; 2 Tim. 2:2), porque en base al diseño de Dios en Génesis, las mujeres tienen prohibido ejercer autoridad sobre los hombres o enseñarles doctrina (1 Tim. 2:9-15).¹ Otra vez, aunque la Biblia radica nuestra igualdad en el ser, no en la función, esto no significa que las mujeres sean de menos valor que los hombres. Hay muchas maneras en las que las mujeres pueden servir en la iglesia. Pueden, junto con los hombres, orar y profetizar cuando se reúne la asamblea (1 Cor. 11:4-16),² enseñar a otras mujeres (Tito 2:3-5), servir como misioneras (Mat. 28:19-20), sin mencionar la libertad de hacer lo que se espera que haga cada cristiano: compartir el evangelio con los incrédulos, cuidar de los enfermos, enseñar a los niños, orar, por nombrar tan solo algunos ministerios. Y, por otro lado, siendo claros, no todos los hombres pueden ser ancianos en la iglesia. La iglesia, una congregación formada por hombres y mujeres, debe reconocer como pastores solo a hombres fieles, que pueden enseñar y han sido apartados por el Espíritu Santo (Hech. 20:28; Tito 1:5-9). Todos los que no son ancianos, tanto hombres como mujeres, deben someterse al liderazgo de los pastores reconocidos por la iglesia y llamados por el Espíritu Santo (Heb. 13:17).

Este patrón del liderazgo, en el que experimentamos relaciones de autoridad y sumisión, es bueno porque ha sido diseñado por Dios. Pero, no se limita al hogar y la iglesia. Debido a que es el buen diseño de Dios, todos

nosotros estamos en relaciones de autoridad y sumisión. Dios establece gobiernos para dirigir, proteger y proveer a sus ciudadanos, promoviendo el bien y castigando el mal; por tanto, como ciudadanos de un gobierno terrenal, debemos someternos a las autoridades gubernamentales (Rom. 13:1-7; 1 Ped. 2:13-17). Dios establece empresarios para liderar a empleados, llamando a ambos a reflejar fielmente la relación de autoridad y sumisión ordenada por Dios (1 Ped. 2:18-15). Nuestro Dios es un Dios de orden, no de caos, por lo que no nos permite vivir en la anarquía. Él nos creó para tener relaciones de autoridad y sumisión. Por lo cual, nos proporcionó un patrón de liderazgo en Génesis 1 y 2: relaciones de autoridad y sumisión, en las que todas las personas son iguales en cuanto a la imagen de Dios, aunque tienen roles diferentes en el mundo.

Tristemente, nuestra cultura confunde el fundamento de nuestra igualdad y, como resultado, rechaza el patrón del liderazgo establecido por Dios. Pero ese patrón es un reflejo de cómo, en la economía de la historia de la salvación, Dios nos ha revelado que se relaciona con él mismo. Así como Jesús es la cabeza de toda la humanidad, y el esposo es la cabeza de la esposa, así, «Dios [es] la cabeza de Cristo» (1 Cor. 11:3). El único Dios existe en tres personas y, en la historia de la redención, Dios nos ha revelado que Él es Padre, Hijo y Espíritu Santo: el Hijo se somete al Padre (Juan 5:19,30; 8:28), y el Espíritu se somete al Padre y al Hijo (Juan 14:16; 15:26). Y, sin embargo, el Padre es plenamente Dios; el Hijo es plenamente Dios (Juan 1:1-5; 8:58); y el Espíritu es plenamente Dios (2 Cor. 3:18). Con lo cual, dentro de la Divinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu son iguales en ser, porque comparten la misma esencia divina. No obstante, cada uno cumple con un papel o una función distinta. El misterio de la Trinidad es profundo, pero la Escritura enseñan que la relación de igualdad en el ser y la distinción en los roles está arraigada en la propia revelación que Dios hace de sí mismo cuando se relaciona con nosotros y con el resto del mundo.

Conclusión

No debería sorprendernos que, por ser a la imagen de Dios, nosotros también experimentemos relaciones de igualdad en el ser y de diferencia en los roles.

Todos somos iguales ante Dios como Su imagen, tanto creyentes como incrédulos, hombres y mujeres, ricos y pobres, instruidos e incultos. Pero también experimentamos diferentes relaciones de autoridad y sumisión. En algunas situaciones, dirigiremos, mientras que en otras, seguiremos. Los esposos están llamados a guiar a sus esposas; los padres, a guiar a sus hijos; los pastores están llamados a guiar a la Iglesia de Cristo; los empresarios a dirigir a sus empleados; los funcionarios públicos están llamados a dirigir a los ciudadanos. No hay forma de escapar de las relaciones de autoridad y sumisión, pero todos, reflejamos la autoridad de Dios en este mundo y sobre nosotros, ya que representamos el cuidado amoroso de Dios sobre todos los que están bajo nuestra autoridad, y voluntariamente nos sometemos a aquellos a quienes Él ha puesto como autoridad sobre nosotros. Desafortunadamente, este patrón de liderazgo establecido en el Edén fue atacado por Satanás y a su vez distorsionado para siempre en nuestro mundo.

CAPÍTULO 2

EL PROBLEMA DEL LIDERAZGO

En la escuela secundaria, disfrutaba mucho jugando sóftbol. De hecho, que unos amigos me invitaran a jugar al sóftbol en una liga de la iglesia jugó un papel determinante en mi llegada a la fe en Cristo. Luego, como un nuevo cristiano, cuando me uní a una iglesia local, tras mudarme de casa, me uní al equipo de sóftbol de la iglesia. Con el fin de mantener los costos bajos, nos turnábamos para arbitrar nuestros propios partidos. Después de uno de ellos, me quedé para ayudar y me asignaron a arbitrar la primera base. En una jugada en particular, el bateador hizo una bateada corta. El bateador abandonó la caja inmediatamente, y el otro jugador lanzó la pelota, ambos corrieron para ver quién sería el primero en llegar a la base. Como te puedes imaginar, todo sucedió muy rápido, y simultáneamente, un corredor cruzó la base justo cuando el jugador en la primera base atrapó la pelota. En tales casos, el empate es para el corredor, pero estaba demasiado cerca como para llamar. Sin embargo, como árbitro, tuve que hacer la llamada. «¡FUERA!», grité. Al instante, el equipo del corredor saltó del banquillo y empezó a gritar: «¡A SALVO, A SALVO, ESTABA A SALVO!». Con solo 19 años, sin saber qué hacer y sin querer decepcionar a nadie, cedí ante la presión. «MUY BIEN, A SALVO», dije, cambiando la llamada. Imagínate mi sorpresa cuando los miembros del equipo del corredor empezaron a decir: «¡NO! ¡NO! ¡NO! No puedes decir A SALVO, después de haberlo llamado. Haz una llamada y ciñete a ella», exigieron. Así que, cambié la llamada una vez más y grité «¡FUERA!». Aprendí una valiosa lección de vida aquel día. Como líderes tenemos que tomar decisiones, a veces decisiones inmediatas, que son difíciles porque la respuesta no está clara. Si vamos a liderar bien, no podemos tomar decisiones basadas en la opinión popular. Debemos tomar las decisiones correctas por las razones correctas. Pero cuando nos importa más lo que piensa la gente que lo que es correcto, nuestro liderazgo se verá comprometido y la confianza de nuestra gente en nosotros, se perderá.

Estoy seguro de que no soy el único que ha ejercido un liderazgo débil. Y sospecho que todos nosotros, ya sea en casa o en el trabajo, en la escuela o en

la iglesia, o en una institución o en el gobierno, hemos recibido un liderazgo deficiente. El mal liderazgo se practica y se experimenta a lo largo de un espectro entre dos extremos: la pasividad y la tiranía. Por un lado, algunos líderes son débiles y temerosos, y se preocupan demasiado por lo que piensa la gente. Al principio, tal pasividad es enmascarada como amabilidad, paciencia y deferencia, pero cuando llegan las crisis y se requiere un verdadero liderazgo, la pasividad queda expuesta a lo que verdaderamente es: temor al hombre. Eso es lo que yo sentía cuando fui incapaz de hacer una llamada y atenerme a ella en la primera base.

Irónicamente, el temor al hombre no solo se manifiesta en la pasividad. De hecho, los líderes débiles tienden a ocultar sus inseguridades ejerciendo un liderazgo tiránico. Claro, inicialmente, el liderazgo opresivo parece fuerte, decisivo y productivo. Sin embargo, finalmente, la aparente fuerza da paso a la tiranía y el abuso de poder sale a la luz. Considera los aparentemente innumerables casos de abuso sexual reportados tanto en la Iglesia católica romana como en la protestante, y el movimiento emergente del *#MeToo*. Casi a diario, nos enteramos de un nuevo abuso de poder por parte de hombres que, en lugar de proteger a las personas a las que están llamados a cuidar, se han aprovechado de ellas a través de la seducción, la manipulación, la coerción e incluso la fuerza física. Si no tenemos cuidado, culparemos erróneamente de estos abusos al *patriarcado*, es decir, la noción histórica del liderazgo masculino. Y, por supuesto, si el patriarcado es el problema, entonces se culpa a la Biblia como la fuente autorizada que establece los patrones patriarcales a aquellos que se culpa por sus abusos de poder. Sin embargo, cuando se lee la Biblia en sus propios términos, uno aprende que el problema del liderazgo corrupto no son los varones; es el pecado. Y cuando vemos cómo el patrón del liderazgo de Dios fue atacado por Satanás y distorsionado por el pecado, podemos empezar a identificar las raíces y características del liderazgo pasivo y tiránico y anhelamos a quien restaure el liderazgo bíblico a su diseño original.

El patrón del liderazgo bajo ataque

No es de extrañar que cuando nos encontramos por primera vez con el diablo en la Escritura, esté mintiendo. «Cuando habla mentira», dice Jesús, «de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira» (Juan 8:44). Pero el diablo no se limita a mentir en Génesis 3; ataca y socava el mismo patrón de liderazgo que Dios había establecido. En lugar de acercarse al hombre para tentarlo, se acerca a la mujer cuestionando la palabra de Dios: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» (Gén. 3:1). Cuando el diablo ha terminado, ya ha convencido a la mujer de que debe comer el fruto prohibido (Gén. 2:15). Pero ¿dónde estaba el hombre?

De acuerdo con el patrón de liderazgo establecido en los primeros dos capítulos de Génesis, el hombre es el líder, el protector y el proveedor. Pero en Génesis 3, el hombre está notablemente ausente. ¿Lo estaba? El Libro de Génesis 3:6 nos recuerda que la mujer decidió por sí misma que la fruta era buena para comer, así que tomó la fruta, la comió, y «dio también a su marido, el cual comió así como ella». El fracaso del liderazgo de Adán es obvio. En vez de liderar a Eva, él la siguió; en vez de proteger a Eva, falló. De hecho, no protegió la entrada al lugar de la presencia de Dios, lo que permitió que se pudiera entrar al Edén. No pudo proteger a Eva de la serpiente, lo que permitió que la serpiente la engañara y la tentara. Así que, para llevar a Adán y a Eva a rebelarse contra Dios, Satanás, la serpiente astuta, socavó y atacó el mismo patrón de liderazgo que Dios había establecido.

El problema del liderazgo

El relato bíblico de la caída nos introduce al liderazgo fallido y sus consecuencias. Adán fue pasivo; la mujer tomó la iniciativa. Y en vez de asumir la responsabilidad de su propio fracaso, como hace un buen líder, Adán sin embargo, culpó de su pecado a la mujer y, en última instancia, a Dios mismo (Gén. 3:12). No obstante, debido a que según el diseño de Dios, Adán es el líder, Dios lo responsabiliza por la entrada del pecado en el mundo (Rom. 5:12-21). Pero, debido a que todos tienen parte de la responsabilidad en el pecado, Dios juzga tanto a la serpiente, como a la mujer y al hombre.

Es el pecado, o más concretamente, el juicio contra el pecado, la clave del problema del liderazgo. Debido a la rebelión humana, nosotros, hombres y mujeres, se nos ha maldecido a luchar unos contra otros por tener el control. «Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti» (Gén. 3:16). No parece estar muy claro qué implica la maldición de Dios para la mujer, pero signifique lo que signifique, no puede ser nada bueno. ¡Es una maldición! Génesis 4:7 arroja algo de luz sobre nuestras dudas, ya que el lenguaje es casi idéntico. En Génesis 4, Dios advierte a Caín sobre su ira hacia su hermano Abel. Dios le dijo: «Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, *a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él*» (énfasis mío). Dios le advierte a Caín que si no tenía cuidado sería controlado por su ira pecaminosa. Aquí el pecado es representado como un tigre agazapado, listo para abalanzarse sobre su presa. Por su parte, Caín debe estar preparado; debe protegerse y poner el pecado en su lugar. En otras palabras, debe controlar su pecaminosa ira. Lamentablemente, Caín se negó a practicar el autocontrol y asesinó a su hermano (Gén. 4:8).

De manera que, cuando comparamos el lenguaje de Génesis 3:16 con el de 4:7, obtenemos una imagen más clara de la maldición de Dios hacia la mujer. Igual que el pecado deseaba controlar a Caín, Eva desearía controlar a Adán. Respondiendo pecaminosamente, Adán buscará la manera de controlar a Eva, tratando de ponerla en su sitio. Ese no era el diseño original de Dios. En el patrón de liderazgo original que Dios estableció, la mujer debía seguir voluntariamente el liderazgo amoroso de su esposo. En la Escritura, jamás se le ordena al hombre que ponga a la mujer en su sitio. Por tanto, como consecuencia del pecado, la masculinidad y la feminidad quedaron distorsionadas. Como imagen de Dios, el hombre y la mujer fueron creados iguales para poner por obra el mandato de Dios de representar su gobierno sobre la tierra en un esfuerzo conjunto, pero con roles distintos. De ahí en adelante, sin embargo, lucharían entre sí por el control. Un liderazgo distorsionado.

Pero tenga en cuenta que, como resultado de la caída, la maldición afecta tanto al hombre como a la mujer, y como hemos heredado el pecado de Adán,

también nos afecta a nosotros. En consecuencia, los hombres pecaminosos, en general, comparten una tendencia a dominar a las mujeres, mientras que las mujeres pecaminosas, en general, comparten una propensión a controlar a los hombres. El abuso sexual continuo, junto con el movimiento #MeToo que surgió en el 2017, ha expuesto los intentos continuos del hombre pecador por dominar a las mujeres a través de la manipulación mental e, incluso, la fuerza física. Lamentablemente, desde la caída, los hombres se han aprovechado de las mujeres de manera obvia. Sin embargo, las mujeres pecaminosas también han luchado continuamente contra los hombres por el control. Según Proverbios, dos armas son el arsenal por el cual ella trata de controlar al hombre: la seducción y la crítica. Mientras que algunas mujeres controlan a los hombres usando su atracción sexual para manipularlos para hacer lo que quieren (Prov. 7), algunas mujeres desgastan a sus hombres con palabras: palabras molestas, palabras críticas, palabras penetrantes (Prov. 19:13; 27:15). Asegúrate de que no todos los hombres y las mujeres siguen los mismos patrones pecaminosos. Algunos hombres caminan por encima de las mujeres, mientras que otros responderán al controlar a las mujeres con pasividad. Algunas mujeres tratarán de controlar a los hombres en su vida, mientras que otras estarán dominadas por hombres duros. Esos son los feos efectos de la caída.

Por supuesto, los efectos de la maldición no permanecen dentro de los límites del matrimonio, o incluso de las relaciones entre hombres y mujeres. La inclinación de la humanidad caída a dominar y controlar se extenderá a otras áreas de la vida: la escuela, la crianza de los hijos, el trabajo, los deportes, por ejemplo. Solo piensa, ¿de dónde vienen los matones? ¿Cuál es la fuente de la crianza abusiva? ¿Por qué ese compañero de trabajo siempre está enojado con el equipo? ¿Por qué es tan odioso ese compañero de equipo? Ahora, imagine un jefe dominante en el trabajo, un pastor dominante, un policía áspero o un político grosero. ¿La razón? La caída. Ese es el problema del liderazgo. Entonces, ¿simplemente nos deja soportar y, tal vez, sobrevivir a un liderazgo pecaminoso, ya sea pasivo o dominante? ¡No!

El patrón del liderazgo restaurado

Hoy en día, muchos de nosotros experimentamos liderazgos distorsionados. Debido al liderazgo pecaminosamente distorsionado, muchas personas en nuestro mundo, en nuestras iglesias e incluso en nuestros hogares tienen una mala opinión sobre el liderazgo y la autoridad. Afortunadamente, la línea argumental bíblica no termina con el juicio. Aun cuando Dios reveló Su juicio contra la serpiente, la mujer y el hombre, escondida en la maldición hacia el diablo, está la gran promesa del evangelio. Al mismo tiempo que los hijos de la serpiente (el diablo) y los hijos de la mujer quedarían aprisionados en un conflicto perpetuo, nacería un hijo de la mujer que, de una vez por todas, derrotaría a la serpiente (Gén. 3:15).

En el Nuevo Testamento, inmediatamente vemos que Jesús es la simiente prometida de Génesis 3:15, la cual deshace el liderazgo pecaminoso y distorsionado y restaura el liderazgo fiel y piadoso. Como la verdadera imagen del Dios invisible, Jesús, como Adán, fue desafiado por el diablo. Sin embargo, a diferencia de Adán, Jesús venció a los encantos y tentaciones del diablo (Luc. 4:1-13). De forma significativa, Jesús vivió una vida de perfecta obediencia, asestando Su golpe final al diablo en la cruz. Por medio de resucitar a Jesús de entre los muertos al tercer día, el Padre lo reivindicó, declarando que Su vida y muerte sustitutorias a favor de los pecadores eran aceptables y suficientes. Jesús llegó a ser como uno de nosotros «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb. 2:14-15).

Pero Jesús no aplastó la cabeza de la serpiente y revirtió la maldición al reunir un ejército de ángeles e invadir Jerusalén. Más bien, renunció a la gloria que tenía en el cielo y se hizo pobre, humillándose y omando la forma de un siervo. Luego fue a la cruz y asumió el pago por la muerte y el pecado, y se levantó de entre los muertos al tercer día. Y habiendo conquistado a Satanás, el pecado y la muerte, ahora está entronizado en el cielo y ha recibido el nombre que está sobre todo nombre (Fil. 2:5-11). Contrariamente al ejercicio del liderazgo distorsionado, ya sea pasivo o dominante, que caracteriza al mundo desde que el pecado entró en él, el liderazgo de Jesús es uno de amor sacrificial, servicial y santificador. El liderazgo de Jesús fue

decidido y entregado. Él «se entregó a sí mismo [por su novia], para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra». Y su liderazgo fue para el bien y la alegría de los que están bajo su cuidado. Jesús sacrificó su vida «a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Ef. 5:25-27).

Observa cómo Jesús deshace el liderazgo distorsionado y pecaminoso y lo restaura de nuevo al patrón de Génesis 1 y 2. Ahora, al igual que Cristo, en vez de dominar a sus esposas, tratando de controlarlas y ponerlas en su sitio, los esposos cristianos deben guiarlas según el patrón sacrificial, servicial y de amor santificador de Jesús. De la misma manera, en vez de intentar controlar a sus esposos, las esposas deben someterse voluntariamente al liderazgo cristiano de su esposo (Ef. 5:22-24). Es solo mediante Cristo y en el poder del Espíritu Santo que el esposo puede dirigir, proteger y proveer a su esposa de una manera que refleje el amor de Jesús por Su Iglesia. Y es solo a través de Cristo y en el poder del Espíritu Santo que la mujer puede acompañar al hombre y seguir voluntariamente su liderazgo de una manera que refleje el amor que la Iglesia tiene por Cristo. Es un profundo misterio (Ef. 5:32). ¿Qué misterio? El misterio declarado en el versículo anterior: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne». Efesios 5:31 es una cita de Génesis 2:24. Pero date cuenta de que Pablo no dice que este misterio de Génesis 2:24 se refiera al matrimonio humano. Es «respecto de Cristo y de la iglesia» (Ef. 5:32). En otras palabras, en el primer matrimonio, Dios ya tenía en mente el último matrimonio. El matrimonio humano se estableció originalmente para mostrarnos a Cristo y su amoroso liderazgo sacrificial por la Iglesia. Así que, es por medio de Cristo y en el poder del Espíritu Santo, que podemos mostrar al mundo cómo Cristo guía, protege y provee amorosamente a Su Iglesia.

Pero nuevamente, así como la maldición que llevó a un liderazgo distorsionado no se limita al matrimonio, tampoco lo hace la restauración que trae Jesús. No solo debemos someternos a las autoridades gubernamentales (Rom. 13:1-7; 1 Ped. 2:13-17), también debemos orar por ellas, «para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad» (1 Tim. 2:2).

En nuestra iglesia en Austin, la capital de Texas, oramos regularmente por los funcionarios del gobierno, ya sean locales, estatales o federales, pidiéndole a Dios que los bendiga y les conceda sabiduría para que nos guíen bien a fin de que podamos vivir en paz y que, como cristianos en este mundo, podamos extender el evangelio en él. También alentamos a los funcionarios cristianos y líderes gubernamentales de nuestra congregación a reflejar el liderazgo de Cristo sobre aquellos que están bajo su cuidado y autoridad.

E incluso en nuestros empleos, mientras que los jefes o encargados incrédulos puedan tratarnos mal, e incluso aprovecharse de nosotros (1 Ped. 2:18), debemos someternos a los que están sobre nosotros en el lugar de trabajo, sufriendo tal y como Cristo sufrió para que podamos proporcionar un testimonio fiel (1 Ped. 2:19-25). Sin embargo, si tú eres un gerente o encargado cristiano, qué mejor testimonio que el que lideres a los que están bajo tu cuidado como Cristo lo hace a los que están bajo el Suyo. Los encargados y jefes impíos se ponen por encima de sus empleados, pero los cristianos sirven a los que están por debajo de ellos (Mat. 20:26-28).

No importa el contexto, si has sido designado como líder, Jesús es nuestro modelo. Pero Él no dice solamente que le sigas; nos ha dado un nuevo corazón y poder por medio de Su Espíritu para que podamos, por fe, seguir Sus pasos. A través de Cristo, entonces, y con el poder del Espíritu Santo, mostremos al mundo cómo Cristo lidera, protege y provee amorosamente a los que están bajo su cuidado: la Iglesia.

Conclusión

En Génesis 1 y 2, Dios establece el patrón de liderazgo. El hombre y la mujer son iguales como portadores de la imagen de Dios, pero si bien son iguales en ser cada uno, tienen un rol distinto exclusivo de su sexo. El hombre fue creado para liderar, proteger y proveer, mientras que la mujer fue creada para acompañar al hombre y ayudarlo y alentarle en su liderazgo. Sin embargo, tristemente, en lugar de reflejar fielmente la imagen divina, Adán y Eva se rebelaron contra Dios. Entonces, Dios los maldijo, y como resultado de esa maldición, el hombre y la mujer entraron en una relación de permanente

conflicto, caracterizada por una batalla por el control. Ese es el problema del liderazgo.

Afortunadamente, tal y como Dios prometió en Génesis 3:15, el hombre-Dios, Cristo Jesús, nació de una mujer, creció en sabiduría y estatura y en favor de Dios y de los hombres, y vivió una vida de perfecta obediencia, reflejando verdaderamente la imagen de Dios en la tierra. Él murió, como pago por el pecado, fue sepultado y resucitado al tercer día, y ahora está exaltado a la diestra del Padre en los cielos. Él es la verdadera imagen del Dios invisible, quien representa el cuidado amoroso de Dios sobre los que están por debajo de Él, ejerciendo el gobierno soberano de Dios sobre la creación y poblando la tierra con descendientes piadosos Suyos a través del evangelio hasta que toda la tierra esté llena de la imagen y la gloria de Dios. Por la fe en Jesús, nos convertimos en descendientes piadosos Suyos que gradualmente vamos siendo restaurados a la imagen divina para que podamos reflejar el patrón de liderazgo establecido en la creación. Y hasta que Cristo regrese, el Espíritu de Dios nos da el poder para reflejar fielmente el amoroso dominio de Jesús sobre este mundo. Somos embajadores del Rey Jesús y, mediante nuestro liderazgo, mostramos al mundo quién es nuestro Rey, cómo es Él y cómo es vivir bajo Su señorío y cuidado. Pero antes de que podamos mostrar ese liderazgo al mundo, ese patrón de liderazgo establecido en la relación matrimonial debe de manifestarse en la Iglesia.

CAPÍTULO 3

LA ESTRUCTURA DEL LIDERAZGO EN LA IGLESIA

Cuando se trata del liderazgo de la iglesia, no estamos escasos de modelos. Por supuesto, existen los modelos históricos como el congregacionalismo guiado por ancianos, el gobierno de ancianos, presbiterianismo y el gobierno episcopal de la iglesia, pero no me estoy refiriendo a ese tipo de liderazgo. Los defensores de cada una de esas formas de gobierno de la iglesia los defenderán desde la Escritura. De lo que yo estoy hablando es de los modelos de liderazgo que tomamos prestados del mundo, en particular del mundo de los negocios. Si no tenemos cuidado, podemos sentirnos tentados a instaurar un modelo mundanal de liderar la iglesia. La iglesia no es dirigida, ni por directores ejecutivos ni por presidentes, la iglesia es dirigida por pastores. Y el patrón establecido en Génesis 1 y 2 para el liderazgo en el hogar también debe reflejarse en la iglesia: hombres fieles que dirigen, protegen y proveen al pueblo de Dios enseñando y aplicando la Palabra de Dios a toda la iglesia.

Aunque Adán y Eva fracasaron en la tarea que Dios les encomendó, y el patrón de liderazgo se distorsionó por causa del pecado, Dios no abandonó Su plan original. En la carta de Pablo a los efesios, aprendemos que el plan eterno de Dios llega a cumplirse en la exaltación de Jesús, Su Hijo amado, como rey sobre todas las cosas. Jesús es la verdadera imagen de Dios. Él es quien representa fielmente el cuidado amoroso de Dios hacia este mundo, ejerce Su soberano dominio sobre la creación y reúne a un pueblo diverso en la Iglesia. Para cumplir con Su misión, Jesús ha estructurado Su Iglesia mediante ministros del evangelio que reúnen al multiétnico pueblo de Dios en un solo cuerpo a través del evangelio y equipan ese cuerpo para que, a la vez que cada miembro se dice la verdad con amor, crezcan en madurez a semejanza de Cristo, hasta que reflejen la imagen divina en la plenitud de Cristo.

El plan eterno de Dios: El rey Jesús

La promesa de que Eva tendría un hijo que algún día aplastaría a la serpiente permitió que el pueblo de Dios mirara con esperanza hacia un futuro de conquista. A lo largo del Antiguo Testamento, la promesa de Génesis 3:15 se hará cada vez más clara a medida que se revela progresivamente al hijo de la promesa (Gén. 12:1-3; 2 Sam. 7:12-17; Isa. 9:6-7). La esperanza del pueblo de Dios se cumpliría mediante un rey prometido el cual sería ungido por Dios para restaurar el reino caído sobre la base de un nuevo pacto establecido con su propia muerte sacrificial (Isa. 52-56).

Tal y como vimos en el capítulo 2, Jesús es el rey prometido que asciende al trono, no mediante reunir un ejército y así conquistar a Sus enemigos, sino yendo a la cruz como un enemigo derrotado y resucitando de entre los muertos al tercer día, siendo así el prometido destructor de la serpiente (Heb. 2:14-18). Debido a que demostró ser el Hijo fiel y la verdadera imagen de Dios, el Padre lo colocó en Su trono (Sal. 2), le dio el nombre que está sobre todo nombre y lo declaró Rey de reyes y Señor de señores (Fil. 2:5-11). El Rey Jesús ahora tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mat. 28:19). A través de Jesús, el Rey que representa fielmente el señorío divino sobre la tierra, Dios está uniendo todas las cosas en el cielo y en la tierra (Ef. 1:7-10) y sometiéndolas bajo Sus pies (Ef. 1:22).

El rey Jesús edifica Su Iglesia

Una de las cosas que Dios está «reuniendo» en Cristo es una humanidad dividida: judíos y gentiles (Ef. 2:13-18). Inicialmente, los gentiles estaban separados de los judíos y sus promesas, particularmente de las promesas relacionadas con el Mesías judío: el Cristo (Ef. 2:12). Pero a través de Su muerte, Jesús derribó el muro que los dividía (Ef. 2:14, NVI). El muro del versículo 14 es una referencia al muro que mantenía a los no judíos fuera del templo; en el patio de los gentiles. ¿Cuál era el castigo en el caso de que algún gentil traspasara esa barrera? La muerte. Sin embargo, en Cristo, judíos y gentiles han sido reunidos en «un nuevo hombre» (Ef. 2:15). Juntos, judíos y gentiles, ahora conforman la casa de Dios (Ef. 2:19), edificados sobre la base del evangelio (Ef. 2:20), constituidos un templo santo en el cual Dios mora por medio de Su Espíritu (Ef. 2:22).

A la luz de la revelación del plan eterno de Dios, Pablo vio su ministerio desde dos perspectivas. Primero, tuvo el privilegio de proclamar a los no judíos (los gentiles) que, por la fe en Cristo y el arrepentimiento de sus pecados, compartirían las «inescrutables riquezas» del Mesías judío (Ef. 3:8). Pero, en segundo lugar, a la vez que predicaba el evangelio a los no judíos y ellos respondían, Pablo también estaba arrojando luz sobre el plan eterno de Dios en Cristo (Ef. 3:9). En otras palabras, cuando Pablo predicó el evangelio a los gentiles, también proclamó que si ellos creían, compartirían las infinitas riquezas de Jesús. Y, al creer en Cristo, el plan eterno de Dios de exaltarlo, unir todas las cosas en Él y colocarlas debajo de Él, estaba siendo revelado. ¿Con qué propósito? Aquí es donde nuestras opiniones sobre la Iglesia son expuestas a la luz.

En Cristo, Dios está uniendo en un solo cuerpo a judíos y gentiles que creen el evangelio, para que podamos mostrar la sabiduría y la gloria de Dios a los poderes cósmicos (Ef. 3:10). Piensa en esto por un momento. La Iglesia muestra la sabiduría y la gloria de Dios a los «principados y potestades en los lugares celestiales» (Ef. 3:10). ¿Quiénes son esas potestades? En Efesios 6:12, Pablo nos recuerda que nuestra batalla no es contra «sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes». ¿Puedes ver ahora el lugar que ocupa la Iglesia en el plan eterno de Dios? Si bien ese plan eterno es exaltar a Jesús como Rey y Señor sobre todas las cosas, la Iglesia es el instrumento elegido por Dios para glorificarse a sí mismo, mostrando la sabiduría de Su plan de exaltar a Cristo y unir a pueblos anteriormente hostiles en un solo pueblo. Cuando vivimos juntos como una iglesia, declaramos ante Satanás y sus demonios: «¡NUESTRO DIOS ES SABIO!».

Pero, tal vez te preguntes, ¿cómo mostramos la sabiduría de Dios juntos como una iglesia? Ese es el punto clave de Efesios 4–6. Ahí, Pablo aclara lo que significa vivir juntos como una iglesia para que así podamos andar «como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Ef. 4:1). Mostramos la sabiduría y la gloria de Dios al vivir juntos en diversa unidad (Ef. 4:1-7). Mostramos la sabiduría y la gloria de Dios cuando nos

despojamos de nuestra vieja manera de vivir (Ef. 4:17-32). Mostramos la sabiduría y la gloria de Dios cuando nos animamos unos a otros a caminar en amor (Ef. 5:1-5). Mostramos la sabiduría y la gloria de Dios cuando caminamos juntos como hijos de la luz (Ef. 5:6-14). Y mostramos la sabiduría y la gloria de Dios al caminar juntos en sabiduría, buscando la voluntad del Señor y sometiéndonos los unos a los otros (Ef. 5:15-21). Por supuesto, estas no son las únicas maneras mediante las cuales mostramos la sabiduría y la gloria de Dios, pero estas nos dan una comprensión suficiente de como la Iglesia glorifica a Dios mientras vivimos juntos, reflejando la imagen de nuestro Señor mientras estamos aquí en la tierra. No obstante, ninguno de nosotros es perfecto. Y en la Iglesia hay personas de diferentes orígenes y culturas, con diferentes patrones de pecados pasados y en diferentes niveles de madurez cristiana. Entonces, ¿cómo debemos crecer a semejanza de Cristo para reflejar la imagen de Dios como Iglesia, y así el mundo y los poderes cósmicos puedan ver la sabiduría y la gloria de Dios?

Pastores: El regalo de Jesús a la Iglesia

Como el Cristo exaltado, Jesús ha estructurado Su Iglesia para poder cumplir Su misión de reunir a personas que reflejen la imagen de Dios (Ef. 4:7-11). Primeramente, Jesús ha sentado las bases: los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento (Ef. 4:9-11). El capítulo 4 no es la primera mención a los apóstoles y profetas en la carta a los efesios. En el capítulo 2, apóstoles y profetas aparecen juntos por primera vez. Por la fe en Cristo, los gentiles son ahora «miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Ef. 2:19-20). Los apóstoles y los profetas aparecen juntos nuevamente en el capítulo 3. El misterio antes oculto y que ahora se ha revelado (la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios) «no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado por sus santos apóstoles y profetas» (Ef. 3:5). En Efesios, al menos, los apóstoles y los profetas son aquellos mediante quienes el plan de Dios de exaltar a Jesús como el Cristo y reunir un pueblo multiétnico, es revelado. ¿No es esto acaso lo que Jesús dijo en Mateo 16? Hablando en nombre de los demás apóstoles, Pedro confesó que Jesús era «El

Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mat. 16:16). Y en respuesta, Jesús dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mat. 16:17). Jesús añadió: «... tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del hades no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18). Jesús quería dejar claro que Él mismo construiría Su Iglesia sobre la base de los apóstoles pues fue a ellos a quienes el Padre les había revelado que Jesús era el Cristo. Este es el fundamento de la Iglesia: la revelación del Padre de que Jesús es Su Rey ungido.

Los autores del Nuevo Testamento proclaman esa misma verdad de distintas maneras. Jesucristo es el fundamento (1 Cor. 3:11). Jesús es la piedra angular: la piedra más importante de los fundamentos (1 Ped. 2:7). Y, como en Efesios, Jesús es la piedra angular, y los apóstoles y los profetas son las restantes piedras fundacionales (Ef. 2:20). Lo que los escritores del Nuevo Testamento están diciendo, es que el pueblo del nuevo pacto de Dios se está reuniendo y edificando sobre el fundamento de la revelación de Dios con respecto a Su amado Hijo, Jesús, como el Cristo.

Otra forma de declarar la misma verdad es que el evangelio (el cual fue revelado a los apóstoles y profetas) es el fundamento de la Iglesia. Me he detenido en este punto porque Jesús está edificando Su Iglesia sobre esa base, y nosotros hemos de tener cuidado de no estar edificándola sobre alguna otra. Es tentador edificar la iglesia sobre una base que conduzca a un crecimiento más rápido: ministerios para niños y jóvenes, actividades musicales, entretenimiento, e incluso concursos y sorteos. Si lo hacemos, podemos atraer a multitudes, pero no estaremos edificando realmente la iglesia. De hecho, Pablo advierte que los siervos del Señor que edifican sobre el fundamento de Cristo con materiales eternos serán recompensados, mientras que los que construyen con materiales temporales, aunque sean salvos, sus obras pasarán a través del fuego del juicio y se consumirán (1 Cor. 3:12-15).

Tras haber asentado los cimientos de la Iglesia, el Cristo exaltado también ha dado evangelistas a la Iglesia (4:11). Uno de los aspectos de nuestra misión como pueblo de Dios del nuevo pacto, es anunciar que Jesús está en Su trono y llamar a todos los pueblos de la tierra a apartarse de sus pecados y demás alianzas, e inclinarse ante el Rey Jesús con fe. Sin embargo, Jesús ha

dado a la Iglesia a aquellos que tienen el papel específico de predicar el evangelio a aquellos que no conocen a Jesús. Felipe, por ejemplo, era un evangelista (Hech. 21:8), y Timoteo debía hacer trabajo de evangelista también (2 Tim. 4:5). Ya sea que ese evangelismo fuera un ministerio itinerante, tal como parece que fue el caso de Felipe, o en una iglesia local, como en el de Timoteo, los evangelistas son dados a la Iglesia para la propagación del evangelio.

Finalmente, sin embargo, Jesús ha dado pastores y maestros a Su Iglesia (4:11). Los pastores, también llamados ancianos (Hech. 20:17) y obispos (Hech. 20:28), tienen la tarea de pastorear la iglesia local (Hech. 20:28). Profundizaremos más sobre el papel de los pastores en capítulos posteriores, pero por ahora, nota cómo Jesús ha estructurado Su Iglesia. Él ha dado a los ministros de la Palabra a la Iglesia como dones (Ef. 4:7-11), para que puedan equiparla y edificarla hacia la madurez semejanza de Cristo. Que crezca gradualmente a imagen de Jesús (Ef. 4:12-13). Pero ¿cómo quiere Jesús que este ministerio del evangelio tenga lugar en la Iglesia?

Hablar la verdad en amor

Mientras que todos los ministros del evangelio de Efesios 4:11 fueron dados para equipar a los santos para el ministerio, los pastores y maestros tienen la responsabilidad principal de enseñar a la iglesia (1 Tim. 3:2; Tito 1:5,9). Equipan a la iglesia para la obra del ministerio al predicar y enseñar el evangelio, la revelación de Dios de que Jesús es el Cristo (Ef. 4:12). Los miembros de la iglesia reciben el evangelio y lo comparten en amor los unos a los otros (4:16). Piensa un momento en cómo funciona esto. El pastor predica con base en un texto en particular de la Escritura, mostrándole a Cristo a la iglesia. Tras la reunión, los miembros hablan sobre esa palabra que el pastor predicó el domingo. Quizás los padres discutan el sermón con sus hijos durante el almuerzo. Los grupos pequeños en las casas pueden discutir el sermón durante la semana. El sermón del domingo por la mañana reverbera en toda la iglesia a medida que se habla de él durante la semana. Por supuesto, esto es solo un ejemplo. Estoy seguro de que podrás encontrar otros muchos.

¿Qué apariencia tendría tu iglesia si los solteros y los casados, los niños y los adultos, los nuevos creyentes y los cristianos más maduros conversaran sobre el sermón del domingo y lo aplicaran unos a otros de manera edificante durante la semana? Cuando esto sucede, crecemos «en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo» (Ef. 4:15). Esa es nuestra meta: una iglesia de creyentes maduros que están equipados para el ministerio por aquellos que predicán y enseñan el evangelio, mientras se ayudan unos a otros a parecerse más a Jesús, y así, multiplicarse y reflejar la imagen divina al mundo y a los poderes cósmicos.

Conclusión

Jesús ha sido exaltado a la diestra del Padre, y toda autoridad le ha sido dada. Como Rey exaltado, Jesús nos envía bajo Su autoridad y con Su Espíritu. Desde Su trono celestial, Jesús está reuniendo una Iglesia multiétnica a través de la predicación del evangelio, en el poder del Espíritu. Para mostrar la sabiduría y la gloria de Dios así como la imagen divina, el Cristo exaltado le ha dado a la Iglesia Su fundamento: el evangelio. Y también a las iglesias locales evangelistas, pastores y maestros que equipan a la iglesia para este ministerio y misión mediante la predicación del evangelio. La iglesia, a su vez, toma esta Palabra y la comparte entre sí, con el objetivo de alcanzar una madurez semejante a la de Cristo, ayudándose mutuamente a parecerse cada día más y más a Jesús. ¡Qué ministerio tan glorioso! Pero ¿cómo identificamos a los que el Señor Jesús da a la Iglesia para esta tarea?

PARTE 2

LA FÓRMULA DEL LIDERAZGO

CAPÍTULO 4

LA FÓRMULA DEL LIDERAZGO: UNA VISTA GENERAL

Como hemos visto, nuestro Señor Jesús ha estructurado Su Iglesia para la misión de reunir personas que lleguen a ser imagen de Dios (Ef. 4:11-16). Él ha dotado a Su Iglesia de ministros de la Palabra para que se equipen y se ayuden mutuamente a crecer en semejanza a Cristo. Y ahora, y hasta Su regreso, Jesús está pastoreando Su Iglesia por medio de estos líderes, llamados ancianos o pastores (1 Ped. 5:1-5). El liderazgo de la iglesia es vital para la misión de esta. Si los ancianos están unidos en una sola mente, un solo corazón y una sola voz, entonces, por la gracia de Dios, podrán resistir cualquier conflicto y cualquier crisis que puedan surgir en el seno de la congregación. Sin embargo, si los ancianos están divididos, entonces no importa lo bien que parezcan ir las cosas en la iglesia; acabarán generando conflictos y división, e incluso, posiblemente, acabarán destruyendo una iglesia ya debilitada. Por tanto, si vamos a liderar bien la iglesia y a continuar cultivando sus futuros líderes, debemos tener una comprensión bíblica del liderazgo (capítulos 1 y 2). Es decir, no solo debemos modelar el liderazgo bíblico, sino también de formar continuamente líderes bíblicos con tal de que la iglesia siga teniendo un ministerio fiel hasta que Cristo regrese.

Una definición del liderazgo bíblico

Sin una comprensión bíblica del liderazgo podemos sentirnos tentados a ejercer nuestra autoridad mediante la pasividad y el temor del hombre, dañando así quienes están bajo nuestro cuidado, o bien a abusar de nuestra autoridad a través de medios manipuladores u opresivos, con tal de servirnos a nosotros mismos. Como ya hemos visto, esta distorsión del liderazgo tuvo su origen en el Edén por causa del pecado de Adán (Gén. 3:1-6). Y se convirtió en una realidad cuando Eva fue maldecida con la certeza de que, como resultado de la caída, Adán la oprimiría como respuesta a su deseo de control (Gén. 3:16).

La Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, nos enseña esta lucha secular entre el liderazgo piadoso y el liderazgo distorsionado. Es cierto en la relación matrimonial, y también en la Iglesia, en la que estamos llamados a reflejar esos mismos patrones de liderazgo (1 Tim. 2:11-5). Ahora bien, ¿cómo es el liderazgo bíblico? ¿Cómo podemos definirlo?

La mayoría de los líderes evangélicos están familiarizados con la definición de John Maxwell sobre el liderazgo calificándolo como «influencia». En el libro *The Maxwell Fallacy: There's More to Leadership than Influence*, el gurú del liderazgo, David Burkus, se muestra en desacuerdo con esa definición tan simplista, porque deja la puerta abierta a la influencia por medio de la coerción, la manipulación, o la amenaza. Y eso no es liderazgo bíblico. Sin embargo, Burkus propone que «el liderazgo es el proceso de influenciar a otros para que trabajen camino de una visión mutuamente deseada». Esta aclaración nos es útil. Afortunadamente para los líderes de la iglesia, nuestra *visión mutuamente deseada* se explica en la Escritura. La iglesia debe mostrar la multiforme sabiduría de Dios a los poderes cósmicos cuando proclama «las inescrutables riquezas de Cristo» y «aclarar a todos» el plan eterno de Dios de exaltar a Cristo como Señor sobre todas las cosas (Ef. 3:8-10). Pero la pregunta sigue siendo: ¿cómo podemos influir en la iglesia y sus líderes para que cumplan fielmente la misión de reunir a personas que reflejen la imagen de Dios?

Credibilidad

Un componente del liderazgo bíblico que a menudo es descuidado es el de la credibilidad. Hacemos un correcto hincapié en el *carácter* (1 Tim. 3:1-7; Tito 1:5-8); enfatizamos de forma correcta la *convicción* (Tito 1:9); también la *aptitud* (1 Tim. 3:2 para enseñar); y con razón esperamos que haya un *cuidado amoroso* por la congregación (1 Ped. 5:1-4). Sin embargo, a menudo no consideramos que se necesita tiempo para que se observen el carácter, la convicción, el cuidado amoroso y la aptitud hasta que pueda evidenciarse la *credibilidad*. Mike Ayers, escribe en *For the Church*, y define la credibilidad como la «autoridad moral para que [el líder en cuestión] ejerza influencia».

Se requiere credibilidad por parte de todos los líderes, incluido el líder de otros líderes. Entonces, ¿cómo formas esa credibilidad en aquellos a quienes lideras?

Cuando Jesús estructuró Su Iglesia para que llevara a cabo su misión (Ef. 4:11-16), enfatizó la prioridad del ministerio de la Palabra. Cuando Pablo abordó los problemas de liderazgo en las iglesias, dio prioridad al carácter por encima de los demás dones (1 Tim. 3:1-7; Tito 1:5-8). Cuando Pedro describió el papel de los líderes de la iglesia, hizo hincapié en la importancia de cuidar a la congregación motivados por el amor en vez de por obligación (1 Ped. 5:1-4).

Cuando consideramos este panorama de descripciones y calificaciones bíblicas para el liderazgo, surge una comprensión bíblica del mismo. Los líderes bíblicos son hombres de *carácter* piadoso, que sostienen *convicciones* bíblicas, se *cuidan amorosamente* a la congregación y muestran la suficiente *aptitud* para manejar la Biblia. A medida que los candidatos al liderazgo *muestren a lo largo del tiempo* un *carácter* bíblico, unas *convicciones* teológicas, un *cuidado amoroso* y una *aptitud fiel*, establecerán la debida *credibilidad* ante la congregación. Esa es la credibilidad que los hace dignos de ser seguidos.

Piensa en el liderazgo bíblico de la siguiente manera:

$$\frac{\text{Carácter} + \text{Convicción} + \text{Cuidado Amoroso} + \text{Competencia}}{\text{Tiempo}} = \text{Credibilidad}$$

Establecer el fundamento

Cuando llegué a High Pointe, la iglesia y sus líderes me dieron el beneficio de la duda. Por supuesto, realizaron verificaciones de mis antecedentes penales y financieros, solicitaron referencias personales y comprobaron mis credenciales, y confiaron en todas esas fuentes. Sin embargo, con el tiempo, tuve que demostrar que yo era la persona que ellos creían que era. Tenían que ver por sí mismos que yo era un hombre de *carácter* piadoso; tenían que ver como mis *convicciones* bíblicas y teológicas eran evidentes; tenían que ser

testigos de que yo era lo suficientemente *apto* para enseñarles la Palabra de Dios; y tenían que experimentar que les *cuidaba* lo suficiente como para pastorear fielmente la iglesia. Y observar todo esto supone tiempo.

Así que no debería sorprender que si vamos a liderar bien a los demás y a formar futuros líderes, debemos ser líderes creíbles. La iglesia no solo está observándote, sino que también otros líderes estarán haciéndolo. Pero, si vamos a formar a la próxima generación de líderes, debemos esperar que otros evidencien y practiquen el liderazgo bíblico. Desde mis años en el seminario, he aprendido tres lecciones importantes que me han ayudado a formar a futuros líderes. Las presentaré brevemente y después las desarrollaré a medida que vayamos desvelando nuestra fórmula del liderazgo a lo largo de esta segunda parte.

1. Identifica e invita a los líderes bíblicos

Es bueno ir lento en la identificación de líderes (1 Tim. 5:22). Es mejor producir nuevos líderes lentamente que remover a los que no están calificados, no son competentes o amorosos. De hecho, los hombres no calificados son difíciles de liderar, y son los más propensos a crear problemas. Recuerdo que una vez, durante una difícil reunión congregacional en una iglesia anterior, acababa de explicar el proceso de disciplina de la iglesia que vemos en Mateo 18 y 1 Corintios 5. Ya habíamos tratado estos puntos con los líderes reconocidos de la iglesia, pero tan pronto como expliqué la importancia y la necesidad de la disciplina en la iglesia, un diácono se levantó y dijo: «No sé mucho acerca de lo que acabas de decir, pero así es cómo me siento...». ¿Sentir?!, ¿Sentir?! Sí, dijo: «¡Así es como me siento!». Este hermano, en la reunión congregacional, se sintió abrumado por el temor al hombre, así que se derrumbó. Evidenció que no le preocupaba la congregación; solo él mismo. Estas son la clase de cosas que deseas descubrir antes de que alguien sea reconocido como un líder en la iglesia. Asegúrate de trabajar con procesos bíblicos saludables que te ayuden a identificar líderes piadosos y bíblicamente calificados, y entonces invítalos a servir junto a ti.

En High Pointe, estamos permanentemente atentos en cuanto a los hombres que son fieles y aman a la congregación. Esperamos que compartan

regularmente el evangelio con los incrédulos y que discipulen diligentemente a otros hombres en la iglesia. Esperamos que se comprometan fielmente en la vida de la congregación. Y esperamos que hagan todas estas cosas ya sea que la iglesia los reconozca oficialmente como líderes, o no. Cuando hombres como estos aparecen en nuestro radar, les damos oportunidades para enseñar públicamente para observar y evaluar su aptitud como maestros. Durante nuestras reuniones de ancianos, revisamos una lista con los nombres de tales hombres, los cuales parecen estar en la trayectoria de convertirse en ancianos, y oramos para que Dios nos conceda sabiduría si llega el momento de nominarlos como futuros ancianos.

Una vez que el nombre de un hermano está en la mayoría o en todas nuestras listas, le preguntamos sobre su interés en servir como anciano. Si demuestra interés, rellena un cuestionario que se enfoca principalmente en las calificaciones bíblicas de los ancianos. Los ancianos revisan el cuestionario y, si están todos de acuerdo, lo emplazamos a una entrevista. Si las dos partes acuerdan continuar, lo invitamos a que se siente en nuestras reuniones hasta el momento en el que solo departimos los ancianos. Luego le pedimos que escoja a un anciano para que sea su mentor. Mientras está en las reuniones con nosotros, el candidato no solo observa cómo cuidamos de la congregación; también observa el *carácter*, las *convicciones*, el *cuidado amoroso* y la *aptitud* de los ancianos.

Quizás te preguntes qué tiene que ver todo esto con la formación de futuros líderes. Piensa: es más fácil formar a los hermanos cualificados bíblicamente y unidos en mente, corazón y voz, que a aquellos que no lo están. En High Pointe, el proceso de nominación de ancianos es un medio por el cual protegemos a la congregación del liderazgo no bíblico. Cuando nos esforzamos arduamente por identificar a hombres fieles que amen a Cristo, amen el evangelio y amen a la iglesia, tenemos mayores probabilidades de formar un equipo de líderes que sepa cuándo liderar y cuándo ser liderado, para bien de la iglesia. Nunca des por sentado el liderazgo bíblico o vivirás para lamentarlo. Ni tampoco supongas que el liderazgo bíblico se presentará por sí mismo, sino más bien, anticipáte por medio de identificar e invitar a hermanos a unirse al liderazgo de la iglesia.

2. Equipa y capacita a los líderes bíblicos

Si quieres frustrar a otros líderes y crear conflictos en el seno del liderazgo en la iglesia, invítalos a liderar, pero no los equipes ni capacites para ello. A veces, los líderes autoritarios reconocen a otros líderes para que trabajen junto a ellos, pero solamente para que den el visto bueno a lo que el pastor quiere hacer. Los verdaderos líderes no durarán mucho en tales circunstancias. Pero a veces, incluso los pastores mejor intencionados frustran a otros líderes de esa manera. Todo comienza con la presunción de que podemos hacer las cosas mejor y más rápido que los que tienen asignada una determinada tarea. En lugar de tomar el tiempo para equipar a los futuros líderes y capacitarlos para hacer una determinada tarea, lo hacemos nosotros mismos. Si no podemos confiar en que otros líderes cumplan con sus asignaciones, ¿por qué cierto día los invitamos a liderar?

Así que, necesitamos ver el liderazgo desde una perspectiva a largo plazo. Estamos levantando y equipando a líderes para cuando nos vayamos, así que equipémoslos y capacitémoslos para que lideren ahora, mientras somos capaces de alentar y moldear su liderazgo. Equipar a los futuros líderes debe ser una práctica continua. En High Pointe, estamos constantemente leyendo libros juntos, hablando juntos, orando juntos y entrenándonos juntos. Pero no debes únicamente equipar y entrenar a los líderes presentes y futuros; en algún momento, tendrás que dejar que lideren y darles margen para que fracasen.

En cuanto a aquellos que has reconocido y entrenado como líderes, también debes capacitarlos y animarles a participar en las conversaciones y procesos de toma de decisiones. En nuestras reuniones de ancianos, todos son libres de contribuir, y se les anima a hacer preguntas y dar sugerencias. Si hay un claro consenso, avanzamos; si no, votamos. La mayoría decide, aun cuando estoy en minoría.

Pero también debes equipar y alentar a tus líderes a liderar con base en sus puntos fuertes y dones. Debido a mi ministerio de predicación pública, para la congregación es evidente que soy el líder principal de la iglesia, así que depende de mí el recordar continuamente a la congregación que el liderazgo de nuestra iglesia es plural. Depende de mí dar crédito a los otros líderes

cuando están liderando como deben. Depende de mí permitir que otros ancianos lideren tanto privada como públicamente. Nuestras reuniones de ancianos están dirigidas por nuestro presidente, no por mí; las reuniones de miembros son moderadas por nuestro presidente o vicepresidente, no por mí; la oración pastoral es ofrecida por alguno de los demás pastores, no por mí; la predicación del domingo por la noche la realiza uno de nuestros ancianos u otro miembro del equipo pastoral, y habitualmente, no soy yo. Aunque los líderes bíblicos tienen mucha responsabilidad, delegan en otros generosamente.

3. Evalúa al liderazgo bíblico

Posiblemente, la manera más significativa en la que he aprendido a liderar a otros sea a través de la evaluación. La evaluación adecuada requiere un entorno en el que la crítica constructiva y el estímulo saludable sean dados con humildad sincera y se reciban con gratitud honesta. Como líder principal, soy responsable de establecer y cultivar esa atmósfera impartiendo esa crítica constructiva y estímulo saludable, y también permitiendo que otros líderes me evalúen. Para nuestro equipo pastoral, esa evaluación tiene lugar en nuestro repaso del culto semanal. Nos reunimos en mi estudio los lunes por la tarde y revisamos todo lo que tuvo lugar en nuestras dos reuniones dominicales, incluido mi sermón. Este proceso no solo me ayuda a crecer como predicador, sino que también comunica a los otros líderes que no hay peligro en hacerme preguntas y criticarme. No tengo palabras para explicar lo valioso que es ese tiempo para mí personalmente como líder y para el resto de líderes.

También realizamos evaluaciones de todo lo que hacemos como iglesia. Nada está fuera de la mesa de reuniones, incluso lo relativo a mi liderazgo. La agenda de nuestra reunión incluye oportunidades para que los otros ancianos compartan su punto de vista sobre aquellas cosas de High Pointe que son alentadoras o preocupantes. Estas conversaciones nos permiten evaluar nuestro ministerio en común y hacer preguntas dependiendo de quién está liderando el ministerio que evaluamos.

Existen ocasiones en las que otro anciano y yo nos sentamos con miembros de nuestro equipo pastoral para realizar evaluaciones formales.

Evaluamos el *carácter*, las *convicciones*, el *cuidado amoroso* y la *aptitud*. Estas evaluaciones son particularmente importantes para los jóvenes que anhelan estar en el ministerio pastoral. Les ayuda a aprender a recibir críticas honestas y estímulos saludables con humildad. Si no pueden recibir tales críticas y aliento con humildad, nos queda claro que no están todavía listos para emprender el ministerio pastoral, o tal vez no estén cualificados para él.

El seminario de la iglesia local

Tras 30 años de ministerio pastoral, he aprendido muchas cosas en el seminario de la iglesia local. Muchas de esas lecciones son el resultado de mi juventud, mi impaciencia y mi cabeza dura. Pero estoy agradecido por las amorosas congregaciones que se han preocupado por mí y por mi familia y perdonaron desde el principio mis errores juveniles. Una de las lecciones más importantes que he aprendido en la iglesia es que el liderazgo es importante. Es muy importante que Jesús haya estructurado Su Iglesia de manera que podamos cumplir fielmente la misión de reunir personas que reflejen la imagen de Dios. Si queremos preparar a futuros líderes y guiarlos debidamente, necesitamos tener una comprensión bíblica del liderazgo. Solo así podremos empezar a formar a futuros líderes. ¿Cómo? Bueno, por eso he elaborado la fórmula del liderazgo. En los siguientes capítulos, veremos cada uno de los componentes de manera individual para ayudarnos a pensar sobre cómo identificar, observar y preparar a los posibles futuros líderes.

CAPÍTULO 5

CARÁCTER

Cuando se trata de identificar líderes potenciales, es muy tentador fijarse en las apariencias externas. Tan solo pídele a una iglesia que busca un pastor que elabore una lista de las cualidades deseables para su futuro pastor. Lo más probable es que confeccionen una lista que identifique un conjunto de características externas y fácilmente observables: educación, experiencia, aptitudes, habilidades de comunicación y, por supuesto... una buena apariencia nunca está de más. Este fue el error de Israel cuando le exigieron a Samuel que les designara un rey como las otras naciones los tenían (1 Sam. 8:5). Saúl se convirtió en su primer rey. La Biblia lo describe como un «hombre valeroso» (1 Sam. 9:1) y un «joven hermoso» (1 Sam. 9:2). De hecho, «Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo» (1 Sam. 9:2). Si querías un rey como las demás naciones, ¡entonces Saúl era tu hombre! Lamentablemente, a pesar de todas sus impresionantes cualidades externas, Saúl fue un fracaso como líder.

Cuando Samuel fue a ungir al rey elegido por el Señor, casi comete el mismo error cuando fue a ver al hijo mayor de Jesse. Pero el Señor le advirtió a Samuel: «No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo deshecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1 Sam. 16:7). Entonces el Señor escogió a David, el hijo menor de Isaí.

Si no tenemos cuidado, nosotros también podemos sentirnos impresionados por las apariencias externas cuando tratamos de identificar a futuros líderes. Podemos caer en la mentira de que debido a que alguien es un buen comunicador, es también *apto* en el manejo de la Escritura. O, podemos pensar erróneamente que debido a que alguien parece manejar bien la Escritura, es un hombre fiel y con un carácter piadoso. ¿Por qué nos engañamos de esta manera? Porque el hombre mira la apariencia exterior. Juzgamos la aptitud aparente, los dones, y el talento. La Biblia, sin embargo, enfatiza el carácter por encima de la aptitud. Esa es la primera «C» de nuestra

fórmula del liderazgo: el carácter. El liderazgo de la iglesia no se trata únicamente de la competencia de alguien, por importante que esto sea. Aquellos que lideran en la Iglesia de Jesús deben ser personas de carácter irreprochable. Especialmente aquellos hombres que desean ser pastores deben ser irreprochables.

Irreprochable

El apóstol Pablo ya había advertido a los ancianos de la iglesia de Éfeso de que si no guardaban sus propias vidas y las de los miembros de la iglesia surgirían falsos maestros, incluso de entre ellos mismos (Hech. 20:28-30). Cuando Pablo escribió su primera carta a Timoteo, quien era pastor de la iglesia de Éfeso, la preocupación de Pablo por los falsos maestros se había materializado, y es más que probable que algunos de sus mismos ancianos fueran los que propagaban doctrinas extrañas. Los falsos maestros traen reproche hacia la iglesia y el trabajo de sus ancianos. Por tanto, en respuesta a la situación en Éfeso, Pablo detalla las características de los pastores fieles (1 Timoteo 3:1-7). Aunque Pablo enumera varias cualidades que deberían identificar a un pastor, en realidad solo hay una cualificación general. «Es necesario que el obispo sea irreprochable» (1 Tim. 3:2). Pero ¿qué significa ser irreprochable? Ese lenguaje no es el que normalmente usamos hoy en día.

La palabra «reproche» comunica la idea de desaprobación. Una reproche es una crítica contra alguien por no hacer su trabajo o por no hacerlo bien. Un anciano o pastor que es *irreprochable* es aquel que está por encima de las acusaciones o más allá de las críticas sobre lo que se espera de él como pastor. En el ministerio pastoral, como en cualquier posición de liderazgo, se hacen críticas y acusaciones con frecuencia. El punto de Pablo es que en el caso de los ancianos, cuando vengan las acusaciones, estas no se sostendrán. Así que ser *irreprochable*, es la característica principal de los pastores. El resto de 1 Timoteo 3:2-7 describe las diferentes áreas en las que un pastor debe ser irreprochable.

Irreprochable en su vida personal

Cuando pensamos en formar futuros líderes para la iglesia, queremos identificar a aquellos hombres que son irrepreensibles en sus vidas personales. Tales hombres son *sobrios* (1 Tim. 3:2). La sobriedad se explica por sí misma. Es un aspecto del fruto del Espíritu Santo quien trabaja en nosotros (Gál. 5:23). Por el poder del Espíritu somos sobrios al no ser dominados por el mundo, nuestros propios deseos pecaminosos o el diablo. Los pastores también deben ser *prudentes* (3:1). Es decir, debemos ser prudentes en nuestros pensamientos y en nuestros juicios. Los líderes nos vemos obligados a tomar muchas decisiones difíciles. Para hacerlo, debemos ser sobrios cuando los demás no están de acuerdo con nosotros, y debemos ser prudentes si queremos emitir juicios sensatos. En la medida que nos rindamos al Espíritu y exhibamos tal carácter, seremos *irrepreensibles* a los ojos de los demás (1 Tim. 3:2). En otras palabras, nuestra sobriedad y prudencia internas se evidenciarán en nuestro comportamiento externo.

Por supuesto, la falta de sobriedad también produce comportamientos observables que descalifican para el ministerio pastoral. Un anciano no debe ser «dado al vino» (1 Tim. 3:2). El uso del alcohol es un área en la que la falta de sobriedad de un individuo se manifiesta rápidamente. La Biblia no prohíbe en ninguna parte el uso del alcohol, solo prohíbe la embriaguez (Ef. 5:18). No obstante, sería prudente que una persona que carece de sobriedad y autocontrol en relación con el alcohol se abstenga de él por completo.

Sin embargo, hay otros signos de falta de sobriedad. Alguien puede ser característicamente *pendenciero* (1 Tim. 3:3), discutidor, o siempre querer tener la razón. Es difícil estar rodeado de tales personas, y mucho más seguir su liderazgo. Si alguien tiene problemas con la ira, puede volverse violento. Por ello Pablo nos advierte de los matones (1 Tim. 3:3). En cambio, el pastor debe ser amable, incluso con aquellos con quienes no está de acuerdo. «El siervo del Señor no debe ser contencioso», exhorta a Pablo, «sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él» (2 Tim. 2:24-26).

Jesús enseñó que un indicador de la condición espiritual de una persona es cómo gestiona el dinero. Lamentablemente, algunas personas entran en el ministerio por codicia, y el «*evangelio de la prosperidad*» desenfrenada ha logrado incluso que la codicia sea aceptable. Pero los pastores no son *codiciosos* (1 Tim. 3:3). Son generosos y *hospedadores* (1 Tim. 3:2). La hospitalidad es una clara muestra de generosidad. Desde el principio de la Iglesia, la difusión del evangelio ha dependido de la hospitalidad cristiana. En consecuencia, los pastores debían ser particularmente *hospedadores*. Hoy en día, aunque la difusión del evangelio puede no depender de la hospitalidad, nuestro testimonio cristiano sí. En una época en la que los cristianos estamos siendo influenciados por el individualismo occidental, la hospitalidad comunica la idea de que somos una familia y de que compartimos las bendiciones de Dios entre nosotros.

Si bien aquellos a los que identifiquemos como futuros líderes no serán perfectos, deben mostrar un carácter personal *irreprensible*. Nada en sus vidas debe generar críticas hacia Cristo, la Escritura o la Iglesia. Eso incluye su vida en el hogar.

Irreprensible en su vida familiar

Un pastor también debe ser irreprensible en su vida familiar. Después de todo, ¿quién quiere seguir a un pastor cuyo matrimonio es un fracaso o sus hijos están descontrolados? Veamos, un pastor debe ser *marido de una sola mujer* (1 Tim. 3:2). Sin duda alguna, existe mucho debate sobre la interpretación de estas palabras. En el idioma original, la frase literalmente dice: «De una mujer, un marido». Si bien existe debate sobre lo que puede significar «marido de una sola mujer», podemos, al menos, excluir algunas malas interpretaciones. Pablo no tenía la intención de obligar a los pastores a estar casados. Jesús y Pablo, al fin y al cabo, no estaban casados. Además, Pablo tampoco pretende excluir a un viudo que se ha vuelto a casar. La misma frase aparece en sentido inverso en 1 Timoteo 5:9. Allí se anima a las viudas más jóvenes a que se vuelvan a casar, pero si una viuda era «esposa de un solo marido» y tenía sesenta años o más, la iglesia podía incluirla en la lista de viudas y cuidarla. En otro pasaje Pablo también les da a las viudas la

libertad de volver a casarse (1 Cor. 7:39). Por otro lado, es posible que Pablo esté excluyendo a los polígamos de poder servir como ancianos, pero sus palabras en 1 Timoteo 5:9 (esposa de un solo marido) no pueden significar que algunas mujeres tuvieran más de un esposo a la vez (poliandria). En cualquier caso, lo que esta declaración nos enseña es que cualquier hombre que tenga más de una esposa al mismo tiempo, evidentemente, quedaría excluido de servir como anciano.

En nuestro contexto, es común que algunos grupos cristianos interpreten la frase «marido de una sola mujer» en referencia al divorcio. Es decir, que un hombre que se ha divorciado de su esposa y ha vuelto a casarse con otra mujer quedaría excluido de servir como anciano. Y sin embargo, si seguimos esa lógica al pie de la letra, eso no prohibiría a un hombre que se divorcia de su esposa y no vuelve a casarse, servir como pastor en la iglesia. El asunto del divorcio y el nuevo matrimonio se aborda en Mateo 5:31-32; 19:1-12 (y pasajes paralelos); y 1 Corintios 7:12-16. Cualesquiera sean las conclusiones a las que puedan llegar una iglesia y sus líderes con respecto al divorcio y las nuevas nupcias, deben provenir de esos pasajes, no de 1 Timoteo 3:2. «Marido de una sola mujer» se refiere más bien a la fidelidad que uno debe a su esposa. Un pastor debe amar a su esposa. Debe ser un modelo para toda la iglesia en cuanto a lo que significa amar a su esposa como Cristo ama a la Iglesia (Ef. 5:25-33). En la cultura romana del primer siglo, era permisible para un hombre tener una esposa y al mismo tiempo mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio. No solo era en los templos paganos donde se podía participar en prácticas de adoración con las prostitutas del templo, sino que la libertad sexual estaba a la orden del día. En aquella cultura, el matrimonio era una forma de perpetuar el nombre de la familia e identificar legítimamente a los herederos. Por tanto, en esta pervertida cultura, un esposo cristiano debía ser diferente. Debía estar dedicado exclusivamente a su esposa. Y los pastores debían ser un modelo de tal fidelidad.

Piensa en lo importante que es para nuestras culturas e iglesias de hoy en día, que los hombres de Dios sean un modelo del matrimonio cristiano. La pornografía y el adulterio corren sin freno por nuestro mundo y por nuestras iglesias. Si los cristianos debemos mostrar cómo Cristo ama a Su Iglesia, los

pastores deben indicar el camino de cómo ser ejemplos de matrimonios fieles. Pero también, deben ser modelos de una vida fiel.

Un anciano debe tener «a sus hijos en sujeción con toda honestidad» (1 Tim. 3:4). El liderazgo bíblico empieza en el hogar. Eso es lo que vimos en el Jardín de Edén (Gén. 1-2). Adán debía liderar, proteger y proveer a los que estaban bajo su cuidado. Por lo cual, la familia es el campo de pruebas del liderazgo, pues «el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?» (1 Tim. 3:5). Al fin y al cabo, la iglesia es una familia. Ahora bien, al igual que «marido de una sola mujer» no significa que los pastores deban estar necesariamente casados, así también, «gobernar su propia casa» no significa que los pastores deban tener hijos. No obstante, si un pastor tiene hijos, su liderazgo en el hogar será un claro indicio de cómo será su liderazgo en la casa de Dios.

Antes de ser pastores, aquellos que estamos casados y tenemos hijos, somos esposos y padres. Nuestro liderazgo en el hogar nos preparará para el liderazgo en la iglesia. Y nuestro liderazgo en el hogar será una buena forma de evaluar nuestro liderazgo en la iglesia. El líder cristiano debe predicar con el ejemplo, y ese ejemplo empieza en casa.

Irreprensible en su vida pública

«También», dice Pablo, «es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera» (1 Tim. 3:7). ¿Por qué debería importar lo que la gente en general, los que no pertenecen a la iglesia, pueda pensar de un candidato al pastorado? Pablo continúa: «para que no caiga en descrédito» (1 Tim. 3:7). Cuando un líder cristiano cae, el testimonio de Cristo queda dañado y la reputación de la iglesia es deshonrada, junto con sus demás líderes. El mundo está observando a la iglesia y a sus líderes. Y, tristemente, en muchos casos no hemos ofrecido un testimonio fiel. Muchos (demasiados) pastores y líderes de iglesias han llevado vidas hipócritas que no los han distinguido del mundo. No es de extrañar entonces, que tanta gente tenga opiniones negativas y críticas en cuanto a la iglesia. Pablo quiere que nos demos cuenta de que tenemos la responsabilidad como iglesia de no solo proclamar públicamente el evangelio, sino también de vivir vidas que recomienden el evangelio a este

mundo incrédulo. Ese testimonio vivo debe empezar por los ancianos y el resto de los líderes de la iglesia. El diablo anda alrededor nuestro como un león que busca devorar a la iglesia, y si sus líderes y los candidatos al ministerio pastoral no tienen cuidado, caeremos en el «lazo del diablo» para desacreditar a la iglesia (1 Tim. 3:7).

Conclusión

El liderazgo de la iglesia no es un asunto de competencia y dones. En primer lugar, es una cuestión de carácter. El mundo mira la apariencia externa, pero el Señor mira el corazón. Si bien es cierto que no podemos ver el corazón de alguien, sí podemos observar su comportamiento externo. Por tanto, equipemos a la próxima generación de líderes para que procuren adquirir un carácter santo. Y solo reconozcamos a los líderes que sean irrepreensibles. Irrepreensibles en su vida personal, familiar y pública. El Señor Jesús ha estructurado Su Iglesia para el liderazgo, y nos ha llamado a reconocer a aquellos hombres fieles que Él ha apartado para esa tarea.

CAPÍTULO 6

CONVICCIONES

El cristianismo está bajo ataque y siempre lo ha estado. El Libro de Apocalipsis nos recuerda que continuará estándolo hasta que Cristo regrese. Pero las amenazas al cristianismo no provienen solo de afuera. De hecho, las amenazas más peligrosas provienen de adentro. Las doctrinas heréticas como el arrianismo y el pelagianismo fueron introducidas en la iglesia por teólogos cristianos que afirmaban estar defendiendo la fe. Tanto el legalismo como el libertinaje, son promovidos por los maestros cristianos que mandan lo que la Biblia no manda (legalismo), o niegan lo que la Biblia sí manda (libertinaje). Y la confusión actual sobre temas culturales como la sexualidad y el género, son propagados por autores y artistas cristianos reconocidos que niegan o distorsionan la clara enseñanza bíblica sobre la sexualidad humana.

A estas grandes amenazas se suman la gran cantidad de formas en las que somos constantemente tentados a comprometer el mensaje del evangelio, tal vez sin ni siquiera darnos cuenta. Todos queremos que el cristianismo sea más atractivo y atrayente para los incrédulos. Sin embargo, si no tenemos cuidado, queriendo ganar más personas para Cristo, nos podemos ver tentados a suavizar las enseñanzas de la Biblia sobre nuestro pecado y la santidad de Dios. Al fin y al cabo, siempre ha sido más atractivo hablar del amor de Dios que de Su juicio venidero. Los ataques contra el cristianismo, ya sea por causa de las herejías o al pragmatismo, crearán división en la iglesia, desviarán a los creyentes inmaduros y ofrecerán una falsa seguridad a aquellos que abrazan un falso evangelio. Para poder resistir fielmente esos constantes ataques, la iglesia ha de levantar a hombres con convicciones que pastoreen al rebaño de Dios a los verdes pastos de Su Palabra y protejan a los corderos de Jesús de los lobos voraces. Esa es la segunda «C» de nuestra fórmula del liderazgo: *convicciones*.

La fuente de nuestras convicciones 2 Timoteo 3:10-17

¿De dónde provienen las convicciones cristianas? Para responder a esta pregunta, acompáñame a la ciudad de Éfeso del primer siglo. Timoteo está

allí pastoreando la iglesia, y Pablo le escribe preocupado por la influencia de los falsos maestros. Es un ministerio difícil. Los falsos maestros manifiestan el carácter opuesto a lo que Pablo detalló que se espera de los ancianos en 1 Timoteo 3:1-7. Están inmersos en el amor a sí mismos y el amor al dinero; son arrogantes, faltos de amor, carecen de autocontrol y no aman lo que es bueno. Más bien, aman el placer en vez de a Dios (2 Tim. 3:1-5). Como serpientes, se deslizan astutamente en los hogares de mujeres crédulas para alejarlas de la fe alentándolas a sus propias pasiones. Estos falsos maestros parecen estar siempre aprendiendo, pero nunca pueden «llegar al conocimiento de la verdad», ya son «corruptos de entendimiento» (2 Tim. 3:6-8).

Así que Pablo escribe para animar a Timoteo a resistir fielmente en medio de circunstancias tan difíciles. Mientras que los falsos maestros se resisten a la verdad, Timoteo debe mantenerse firme en sus convicciones. ¿Cómo? Continuando en lo que había aprendido y creído firmemente (2 Tim. 3:14). En otras palabras, Timoteo debe sufrir y cumplir su ministerio por medio de ser firme en sus convicciones. ¿Qué convicciones? Las convicciones que derivan del conocimiento de la Escritura. «Toda la Escritura», dice Pablo, «es inspirada por Dios y útil para enseñar, para regargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Tim. 3:16-17). Pablo le da a Timoteo dos razones por las que puede estar firme en la Escritura y mantener las convicciones que se derivan de lo que ha aprendido en ellas.

Primero, Timoteo puede permanecer en lo que ha aprendido porque ha observado las vidas de quienes le enseñaron. Las vidas de los falsos maestros dan evidencia de lo que realmente creen. Sin embargo, Timoteo tuvo el privilegio de ver la fe de los verdaderos creyentes vivida delante de él. Pablo le recuerda a Timoteo que observó la fe del apóstol de forma viva en su «doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos» (2 Tim. 3:10-11). Pablo era un hombre de firmes convicciones, y su vida era consistente con la enseñanza bíblica. Así que, a diferencia del ejemplo de los falsos maestros, Pablo se presenta a sí mismo como ejemplo para que Timoteo lo siga. «Timoteo», exhorta Pablo

«permanece en la fe, en las Escrituras y en las convicciones que emanan de la Palabra de Dios porque yo te enseñé y tú conoces mi vida. ¡Sé coherente con todo lo que te enseñé!».

Si vamos a levantar hombres para que sean líderes con convicciones, debemos recordar que el contexto del discipulado es el sacrificio y las relaciones de tipo familiar. La manera en que vivimos nuestras vidas ante los demás manifiesta lo que realmente creemos sobre Dios y todo lo que ha revelado en Su palabra. Considera el impacto que los entrenadores y maestros tienen en niños y jóvenes. Nosotros también tenemos impacto en aquellos a quienes lideramos. Los padres y la familia tienen gran influencia en sus hijos. Las parejas casadas pueden ser de gran impacto en las personas solteras, parejas jóvenes u otros matrimonios. Los solteros pueden tener un gran impacto en los niños y los jóvenes. Podría seguir pero ¿captas la idea? El punto está claro. Ya sea que nos demos cuenta o no, todos transmitimos lo que creemos, nuestras convicciones, a los demás por medio de nuestras vidas. ¿Qué dice sobre ti la forma en que vives tu vida, sobre lo que crees, sobre lo que amas, sobre a quién amas? ¿Ven los demás a Cristo y Su Palabra cuando observan tu vida? ¿O más bien los estás alejando de Cristo? Al tratar de formar a la próxima generación de líderes, involuemos sus vidas en las nuestras. Permitámosles observar cómo vivimos nuestras convicciones bíblicas en nuestros hogares, en nuestras profesiones, en nuestro tiempo de recreación. Y que nuestras vidas sean consistentes con la Palabra de Dios.

No obstante, por muy importante que sea vivir nuestras convicciones ante los demás, no basta con compartir nuestras vidas con ellos. En segundo lugar, Pablo exhorta a Timoteo a permanecer en aquello que ha aprendido porque, desde la infancia, conocía la Escritura que «te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús» (2 Tim. 3:15). La gente te decepcionará, pero Jesús nunca lo hará. Jesús siempre es fiel, y también lo es Su Palabra. En el caso de Timoteo, él conocía las Sagradas Escrituras (Antiguo Testamento) desde la infancia. Su fe sincera en Dios y en Su Palabra revelada (la Escritura) la vio «primero en [su] abuela Loida y en [su] madre Eunice» (2 Tim. 1:5). Fue la Escritura (sí, el Antiguo Testamento) la

que le reveló la verdad sobre Jesús, y es a través de ella que a Timoteo se le concedió la fe salvadora (2 Tim. 3:15).

La Escritura, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, proviene de Dios; es literalmente «[inspirada] por Dios» (2 Tim. 3:16). Es decir, no son palabras escritas por el hombre; son palabras inspiradas por Dios. Y por eso son verdaderas y autoritarias. Y porque son la verdad de Dios y transmiten Su autoridad, son útiles. Proporcionan a los cristianos provechosa instrucción. Nos enseñan sobre Dios. Nos enseñan que nacemos pecadores y que merecemos el juicio de Dios; nos enseñan sobre el bondadoso amor de Dios al dar a Cristo al mundo para salvarnos de nuestros pecados. Pero la Escritura también nos redarguye; nos reprende cuando nos desviamos; y cuando nos deslizamos en el pecado, la Escritura nos corrige, indicándonos la dirección correcta para que podamos ser instruidos en justicia. ¿Con qué fin? Para que «... el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Tim. 3:16). Aunque tendemos a aplicar 2 Timoteo 3:16-17 de manera general para comunicar la doctrina de la inspiración de la Escritura, y eso es correcto, Pablo en realidad está aplicando estas palabras específicamente a Timoteo. Era esa Escritura inspirada por Dios la que era útil para el mismo Timoteo a la hora de llevar a cabo su ministerio. Solamente permaneciendo en la Escritura que había abrazado desde la infancia, podía predicarla a otros, ya sea que la recibieran o no, reprendiendo, corrigiendo y alentando a la iglesia con gran paciencia y doctrina (2 Tim. 4:2).

Las áreas de nuestras convicciones

No es suficiente decir que nuestras convicciones han de ser bíblicas. Además de que nuestras convicciones estén arraigadas en la Escritura, debemos equipar a aquellos que estamos formando como líderes para aplicar esas convicciones a varias áreas. Considera tres ámbitos de esas áreas que necesitamos desarrollar en nosotros mismos y en aquellos a quienes estamos capacitando.

Primero, el líder cristiano debe tener convicciones con respecto a la verdad. Ahora bien, ¿qué es la verdad? ¿Cuál es la fuente de la verdad?

Como cristianos, creemos que Dios es la fuente de la verdad. Él ha revelado quién es, quiénes somos y qué espera de nosotros. El Dios que existe es el Dios que ha hablado, y tenemos Sus palabras en la Escritura, en la Biblia. Como líderes cristianos, nuestra convicción fundamental debe ser que la Biblia, la Palabra revelada de Dios, es verdadera, suficiente y autoritaria. En palabras de los reformadores del siglo XVI, «solo la Escritura» es nuestra autoridad. Esa convicción no solo condujo a la recuperación del evangelio, sino que también condujo a la Reforma Protestante. Contrariamente a la Iglesia católica romana, cuya autoridad descansaba en el Magisterio (su propia autoridad para enseñar), los reformadores argumentaron que solo la Escritura es la autoridad para la Iglesia.

Si estudias la historia de la filosofía, te darás cuenta de que siempre estamos buscando una autoridad en la que podamos fundamentar nuestras afirmaciones sobre lo que es verdadero. Si bien la revelación fue aceptada como la única fuente de verdad durante muchos años, hubo un cambio filosófico de la revelación a la razón (racionalismo). La fuente autorizada de la verdad fue la razón humana. A esto se sumó la idea de que conocemos la verdad a través de nuestra propia experiencia (empirismo). Con el tiempo, tanto la razón como la experiencia dieron paso al sentimiento (subjetivismo), la idea de que «yo decido la verdad por mí mismo con base en lo que siento. Hoy, la idea de que «yo soy mi propia autoridad y decido lo que es verdad» es la norma suprema. En este contexto, debemos mantener la convicción de que Dios es quien revela la verdad y que sus palabras son autoritativas y suficientes, porque son verdaderas.

En segundo lugar, el líder cristiano debe tener convicciones con respecto a la doctrina. Los falsos maestros a los que se tuvo que enfrentar Timoteo en Éfeso introdujeron doctrinas peligrosas que alejaban a los cristianos inmaduros de la fe. Los pastores y los demás líderes cristianos no solo necesitan conocer sus Biblias, también necesitan saber cómo construir una teología a partir de la Biblia. Las falsas enseñanzas abundan hoy, ya sean las sectas como los testigos de Jehová y los santos de los últimos días (*mormones*) o por doctrinas distorsionadas como el «evangelio» de la prosperidad y los movimientos apostólicos. Para guiar a las ovejas de Dios a

través de todos los vientos de doctrina por los cuales debemos surcar, tenemos que ser y levantar hombres de convicciones teológicas.

Por supuesto, no todas las doctrinas deben mantenerse al mismo nivel. Hay algunas doctrinas esenciales para la fe cristiana: la Trinidad, la Deidad de Jesucristo o del Espíritu Santo, la salvación solo por gracia, solo a través de la fe y solo en Cristo. Si niegas cualquiera de estas doctrinas, ya no tienes el cristianismo. Hay otras doctrinas que no son esenciales para la fe cristiana, pero son características para los cristianos que se reúnen como iglesia en torno al evangelio: el bautismo, el gobierno de la iglesia y los dones espirituales. Los cristianos centrados en el evangelio se reúnen como iglesia en torno a tales distintivos. Los bautistas, por ejemplo, practican el bautismo de creyentes, mientras que los presbiterianos practican el bautismo de los creyentes y de sus hijos. Como cristianos evangélicos, tanto los bautistas como los presbiterianos ven el bautismo como un símbolo de entrada a la comunidad del nuevo pacto. Ambos sostienen el mismo evangelio y ambos son cristianos, pero se caracterizan por diferentes creencias con respecto al bautismo. Finalmente, debemos distinguir entre las creencias fundamentales (esenciales) o distintivas y aquellas en las que los cristianos tienen la libertad de estar en desacuerdo: el milenio, la tribulación, o el uso de bebidas alcohólicas, por ejemplo. Estas son las que yo llamo creencias de caridad: creencias que no son esenciales para el cristianismo, ni características de una iglesia. Son creencias sobre las cuales puede haber libertad cristiana, discusión abierta e incluso debate amistoso. Es decir, son creencias sobre las cuales seremos caritativos los unos con los otros.

Diagrama de fundamentos, distintivos y creencias de caridad

En tercer lugar, el líder cristiano debe tener convicciones con respecto a los problemas éticos de nuestros días. No es que haya tres áreas de convicciones: Escritura, doctrina y ética. ¡No! Todas están entrelazadas. Nuestras convicciones bíblicas y teológicas comunican cómo abordamos los problemas éticos de nuestros días. Aunque no hay nada nuevo bajo el sol, cada generación afronta nuevos desafíos para la fe cristiana. Las generaciones anteriores se enfrentaron a problemas éticos en cuanto al matrimonio y el

divorcio. Nuestra cultura ha dejado atrás el matrimonio, y en la actualidad muchos jóvenes están optando por vivir juntos. El asunto de la homosexualidad fue un importante desafío para la Iglesia en el pasado reciente. Nuestra cultura se ha posicionado en cuanto a esto, aceptando la homosexualidad como algo normal. Hoy nos enfrentamos a cuestiones de género y sexualidad. ¿Qué es un hombre? ¿Qué es una mujer? ¿La identidad de género es elegida por el individuo, o nacemos biológicamente como hombres y mujeres?

Por supuesto, hay cuestiones éticas que estarán permanentemente con nosotros. Cuestiones relacionadas con el inicio de la vida, el final de la vida, la infertilidad y las inevitables preguntas sobre el bien y el mal. Pero también seguiremos afrontando preguntas doctrinales como los roles masculinos y femeninos en el hogar, la iglesia y el mundo, el divorcio y el nuevo matrimonio, las diferentes maneras de criar a los hijos, los dones espirituales, por solo nombrar algunas. En todas estas áreas, los pastores y demás líderes deben tener convicciones claras. Si no, nuestras iglesias y los hermanos y hermanas bajo nuestro cuidado serán «llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (Ef. 4:14). Por tanto, ¿cómo desarrollamos tales convicciones en las próximas generaciones de líderes?

Desarrollar nuestras convicciones

Ya debería de estar claro que si deseamos desarrollar esas convicciones en nosotros mismos y en los demás, debemos ser fieles a la Escritura que nos hicieron sabios para la salvación (2 Tim. 3:15). Fundamentalmente, debemos sumergirnos en la lectura de la Biblia, y debemos de animar constantemente a las generaciones futuras a que también lean sus Biblias. Un hábito de lectura regular de la Biblia nos expone a la narrativa general de la Escritura y del plan de Dios por medio de Jesucristo en Cristo. Cuanto más lea uno su Biblia, mejor podrá entender las diferentes secciones de la Escritura. Es muy interesante ver la manera tan diferente que tenemos de leer la Biblia en relación con cualquier otro libro. No conozco ningún otro libro al que vayamos solamente para leer una o dos oraciones y luego lo cerremos.

Normalmente, leemos los libros de principio a fin, obteniendo una comprensión de la historia que se desarrolla. Así es como debemos leer nuestras Biblias. Para conocer la Escritura, aliento a los hombres que discipulo (y a toda la iglesia, en realidad) a tener un plan de lectura bíblica que los lleve a través de toda la Biblia. Este año, por ejemplo, he elegido leer la Biblia cronológicamente, usando una aplicación bíblica muy conocida. Cada día, al abrir la aplicación, aparecen por defecto las porciones que he de leer. Normalmente, son dos a tres capítulos al día. De esta manera, espero leer la Biblia cronológicamente a lo largo de este año. No hay atajos para conocer la Palabra de Dios, por tanto, animémonos y animemos a aquellos que estamos entrenando a leer sus Biblias.

Sin embargo, por más clarificador y útil que sea leer la Biblia, también necesitamos conocer cómo otros han entendido las doctrinas de la fe cristiana. Para formar futuros líderes, debemos alentarlos al estudio y lectura de la teología. Una forma sencilla de alentarlos a hacerlo es regalarles los libros que queremos que lean. Si no tienes ingresos suficientes para comprar muchos libros, entonces empieza lentamente a crear una biblioteca personal y entonces presta buenos libros a aquellos a quienes estás capacitando.

También puedes ofrecer clases de teología en tu iglesia para aquellos que estén interesados. Quizás puedas hacerlo los domingos por la mañana antes de las reuniones habituales. U ofrecer clases sobre doctrina cristiana a mitad de la semana para los interesados. Averigua cuándo hay personas disponibles, y prepáralas para entender la doctrina bíblica.

También puedes alentar a los potenciales líderes a que continúen su formación teológica formal. El Internet es una maravillosa bendición que nos permite estudiar en diferentes instituciones teológicas sin movernos de casa. Aunque esa opción puede ser muy cara para algunos. Independientemente de eso, empieza a identificar a los potenciales líderes; invítalos a pasar tiempo contigo y discípalos para que ellos también desarrollen sus convicciones a partir de la Escritura y puedan ayudar a la iglesia a navegar por las agitadas aguas de nuestra cultura.

CAPÍTULO 7

CUIDADO

¿Alguna vez te has preguntado por qué a los ministros de la Palabra a quienes Jesús da como dones a la iglesia para dirigir, proteger y proveer para el cuidado de esta se les llama pastores? Sí, el Nuevo Testamento también los llama ancianos u obispos (supervisores), pero la idea principal en la Escritura para los líderes de la iglesia es la de pastor o aquellos que pastorean. Un pastor conoce y ama a sus ovejas, y la muestra más clara del amor de un pastor hacia sus ovejas es cómo las cuida. Las lleva a pastos verdes y aguas frescas para nutrirlas y refrescarlas, a la vez que también las protege de los depredadores que quieren asolarlas. Nuestro Señor Jesús es el pastor principal, y él conoce y ama a sus ovejas, por eso se preocupa por ellas. ¿Cómo? Él designa a los pastores humanos que cuiden del rebaño bajo su autoridad (1 Ped. 5:1-4). Esa es la siguiente «C» de nuestra fórmula del liderazgo: el *cuidado*.

Los pastores y líderes de las iglesias fieles se preocupan por el rebaño de Dios. Y para asegurarnos de que el cuidado de las ovejas continúe mucho después de que nos hayamos ido, debemos confiar el evangelio a hombres fieles que también levantarán a otros hombres fieles que cuidarán de la iglesia después que ellos. Para lograr eso, busca a hombres que ya estén cuidando de la iglesia de manera apropiada en sus respectivas responsabilidades como miembros de la iglesia. Pero, para saber qué debemos buscar en los futuros líderes, debemos entender tanto la tarea como la manera de pastorear.

La tarea de pastorear 1 Pedro 5:1-2

«Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros» (1 Ped. 5:2). Este es el encargo de Pedro a los ancianos a los que escribe. No les pide que hagan nada que él mismo no esté dispuesto a hacer. Él es «anciano también con ellos». Pedro sirvió en la iglesia de Jerusalén (Hech. 15:4), por lo que sabía lo que significaba cuidar del rebaño de Dios. Y al igual que ellos, él es un «testigo de los padecimientos de Cristo» (1 Ped. 5:1). Sí, Pedro fue testigo presencial de los sufrimientos de Cristo, pero lo que puede estar simplemente

diciendo aquí es que, al igual que ellos, también daba testimonio de los sufrimientos de Cristo cuando proclamaba el evangelio, y al igual que ellos, compartiría la recompensa que ellos también recibirán por su servicio fiel cuando Cristo regrese (5:1,4). Pero fíjate ahora en todo lo que aprendemos de este simple mandamiento: «Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros» (1 Ped. 5:2).

Apacentad: Algunos hombres quieren ser pastores porque desean un oficio, pensando que de alguna manera este les dará, en algunos casos, un estatus o, en otros, proyección. No hay nada malo en anhelar ser pastor. Es un buen deseo (1 Tim. 3:1). No queremos que los hombres que van a liderar la iglesia lo hagan a regañadientes. Por tanto, busca a hombres que ya estén «pastoreando», aunque no sean ancianos (1 Ped. 5:2). Por naturaleza, pastorear es liderar, proteger y proveer. Ya has leído esta frase antes, ¿verdad? De eso se trata la virilidad bíblica que vimos en el capítulo 1: liderar, proteger y proveer para aquellos que están bajo el cuidado de uno. Pues eso también es el pastoreo bíblico. No es de extrañar que el hogar sea un gran campo de pruebas para los futuros pastores. Ahora bien, ¿qué implica el pastorado bíblico?

Así como los pastores «pastorean» a sus ovejas llevándolas a verdes pastos para que se alimenten y a frescas aguas para que beban, los pastores de Jesús también alimentan a sus corderos con el buen alimento de la Palabra de Dios. De nuevo, Pedro no estaba pidiendo a los ancianos que hicieran algo que él mismo no estuviera haciendo. Después de que Pedro negara a Jesús tres veces, Jesús lo restauró y lo exhortó: «... Apacienta mis corderos... Pastorea mis ovejas... Apacienta mis ovejas (Juan 21:15,16,17). La principal responsabilidad de los pastores es la del ministerio de enseñanza en la iglesia. Por tanto, busca a aquellos que ya están pastoreando a otros con la Palabra de Dios. Aquellos que se reúnen con otros hombres de la iglesia para leer juntos la Escritura y orar. O los que estén alentando a otros miembros mediante orar por ellos o proveyéndoles consejo bíblico en momentos de necesidad. Es posible que ya estén enseñando en la escuela dominical o liderando un pequeño grupo, y que los que estén bajo su cuidado den testimonio de estar siendo bendecidos por su enseñanza. Hay muchas maneras en las que los

pastores y futuros líderes pueden estar «apacentando» a la congregación sin la necesidad de un título o nombramiento.

El pastoreo fiel también incluye «cuidar» (1 Ped. 5:2). Las ovejas son propensas a vagar. La idea de «cuidar» (supervisar) implica dar dirección y liderazgo. El pastor conoce a sus ovejas, y sus ovejas conocen su voz y lo siguen (Juan 10:4). Por tanto, busca a hombres que guíen a otros de manera apropiada, que estén guiando amorosamente a otros miembros de la iglesia a la fidelidad a Cristo y a un servicio fructífero; aquellos hombres que estén protegiendo a las ovejas para que no vayan a lugares ni a depredadores peligrosos.

La grey de Dios: El pastorado es una mayordomía. No pastoreamos nuestra grey (rebaño); sino la de Dios (1 Ped. 5:2). Jesús es el pastor principal (1 Ped. 5:4); nosotros somos Sus pastores. Comprender esta verdad básica da peso a la tarea de pastorear. Los ancianos rendiremos cuentas a Dios sobre cómo hemos cuidado a Sus ovejas (Heb. 13:17). Eso es algo muy serio. Así que, busca hombres que entiendan esa mayordomía. Esos hombres cuidarán a las ovejas de Dios sabiendo ante quién responderán si maltratan a los corderos de Jesús o se aprovechan de ellos. Cuando entendamos que lo que estamos haciendo realmente es cuidar las ovejas de Dios, nos aseguraremos de dar cuenta de cada una de ellas.

Entre vosotros: Los ancianos no están llamados a cuidar de todas las ovejas de Dios; solo nos preocupamos por aquellas de nuestra iglesia. Esta realidad nos ayuda de diferentes maneras. Primero, nos libera de la responsabilidad hacia las ovejas que no son parte de nuestra congregación. Créeme. Cuando nos presentemos ante Dios para dar cuenta de cómo cuidamos a cada uno de los miembros de la iglesia, no importa lo pequeña que esta haya sido, nos parecerá muy grande cuando consideremos todo el rebaño. Así que, si eres un anciano, agradece que solo seas responsable del rebaño de Dios, «entre [nosotros]».

Que seamos responsables solo del rebaño de Dios «entre [nosotros]» también nos sirve de advertencia. Muchos pastores jóvenes llegan a una iglesia y quieren pastorear la iglesia de John MacArthur o la de John Piper. Pero debemos pastorear a las ovejas que Dios ha puesto «entre [nosotros]»,

bajo nuestro cuidado. Así que, busca hombres que amen SU iglesia. Los hombres con corazones pastorales aman a las ovejas que están «entre [ellos]». De hecho, una de las evidencias más claras de su amor por las ovejas es que les encanta estar donde ellas están. En nuestra iglesia, ese es uno de los primeros indicios que buscamos en un hermano que nos ha dicho que está interesado en el ministerio pastoral. Si no aman ESTA iglesia y se reúnen con ESTA iglesia, ¿por qué esta iglesia debería reconocerlo como anciano? Cuando amamos el rebaño de Dios que está «entre [nosotros]», amaremos estar con ese rebaño, conocerlo, cuidarlo, alimentarlo y protegerlo. Cuando veas a hombres pastoreando a los corderos de Jesús que hay *entre ellos* sin ningún título, debes saber que esos hombres aman la iglesia. Anima a esos hermanos. Toma nota de ellos, y házselo saber a los demás ancianos para que ellos también puedan observarlos. Pero no se trata solo de desempeñar una tarea. El Pastor principal espera que Sus subpastores cuiden de Sus ovejas de una manera particular.

La manera de pastorear 1 Pedro 5:2-4

Criar a mis hijos ha sido la tarea más difícil que he tenido que acometer. El ministerio pastoral está en el segundo lugar. Aun así, hay un gran disfrute en esa tarea (en ambas en realidad). Debemos pastorear la iglesia, «cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto» (1 Ped. 5:2). Tenemos un hermano a quien hemos pedido que considere seriamente el pastorado. Sería un anciano maravilloso, pero no está en una época de su vida en la que pueda entregarse plenamente a la tarea. Aun así, se reúne voluntariamente con los hombres jóvenes de la iglesia, conforta a muchos de los miembros de más edad y enseña a los profesionales de la iglesia sobre como dar un testimonio fiel en el lugar de trabajo. A todos los efectos, él es un pastor. A él no le importa el título. Necesitamos ese tipo de pastores. Imagínate lo horrible que sería para las ovejas que los pastores desempeñaran su ministerio por obligación. Sería un ministerio sin alegría, y sería un terreno abonado para abusar de las ovejas. no es lo que Dios querría para Sus corderos. Por tanto, busca hombres dispuestos a pastorear. Los

hombres voluntariosos pastorean con entusiasmo, no para obtener ganancias deshonestas.

Asistía a un taller de predicación cuando un amigo comentó: «Algunos predicadores predicán para comer; otros comen para predicar». Esas palabras tuvieron un efecto inmediato en mí. ¡Sí! Algunos pastores solo hacen lo que hacen para obtener un cheque. Para ellos todo es dinero. Otros, sin embargo, no se preocupan por ello. No predicán por dinero; predicán porque el Señor los ha llamado a esa tarea; entienden que están predicando al rebaño de Dios. Comen para sostenerse y así, seguir predicando. Ese es el sentimiento detrás de la advertencia de Pedro de no cuidar la iglesia «por ganancia deshonestá» (1 Ped. 5:2). Identifica a hombres que amen a la iglesia y se preocupen por ella, les paguen o no. No me malinterpretes, la Biblia justifica que se pague a los pastores (1 Tim. 5:17-19). La cuestión es que no entramos al ministerio para ganar dinero. ¡No se trata de dinero! Se trata de las ovejas. Así que, busca a hombres que estén ansiosos por pastorear el rebaño de Dios, se les pague o no. Porque aman a la iglesia, la cuidarán, sin enseñorearse de las ovejas.

Algunos hombres quieren ser ancianos porque piensan que es una posición de autoridad que les permite decirles a los demás lo que tienen que hacer. Pero Jesús no nos dejó la imagen de vaqueros para ejemplificar a aquellos que debían cuidar de Su Iglesia. Los vaqueros empujan al ganado. Montan sus caballos, gritando fuertemente y asustando así al ganado para que se mueva hacia donde ellos quieren. Jesús nos dejó la imagen de un pastor. Un pastor guía a las ovejas gentilmente, llamándolas para que sigan la voz que conocen. De esta manera, el pastor avanza lentamente, mientras las ovejas lo siguen, y él no deja a ninguna atrás. Del mismo modo, Pedro nos recuerda que no cuidamos de la iglesia, «no como teniendo señorío sobre lo que están a [nuestro] cuidado» (1 Ped. 5:3). En vez de eso, nosotros lideramos con el ejemplo. Es decir, como pastores, caminamos, y las ovejas siguen nuestros pasos. Es una imagen hermosa, ¿no es así? Cuando nos fijamos en las características expuestas en el capítulo 4 (carácter), vemos que los ancianos deben ser ejemplos en su vida personal, familiar y pública (1 Tim. 3:1-7). En ocasiones, me pregunto: «¿cómo sería nuestra iglesia si cada miembro fuera

más parecido a mí?». Es un pensamiento aterrador, pero me recuerda la responsabilidad que tengo de ser un ejemplo para la iglesia. Otra forma de decir lo mismo es que la vida de un anciano debe ser «seguible». Sí, lo sé, me acabo de inventar la palabra, pero deja claro el punto que quiere recalcar Pedro. El matrimonio de un anciano debe ser «seguible». La manera en que un pastor educa y cría a sus hijos y lidera su hogar debe ser «seguible». La manera en que administra sus finanzas, sus negocios, su entretenimiento debe ser «seguible». A diferencia de los vaqueros, los pastores lideran con el ejemplo. Por tanto, busca a hombres que sean pastores, no conductores de ganado, hombres que sean ejemplos para el rebaño, hombres que sean «seguibles».

La recompensa de los pastores fieles

Al fin y al cabo, eso es lo que Jesús ha hecho con nosotros, ¿no es así? Seguimos los pasos de Jesús. «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1 Ped. 2:21). Seguimos los pasos del Pastor principal hacia el sufrimiento y la muerte. A medida que seguimos los pasos de Jesús, la iglesia debe seguir los nuestros. Pero no solo seguimos los pasos de Jesús hacia la muerte; también seguimos sus pasos hacia la resurrección y la gloria (1 Ped. 3:18). Debemos pastorear el rebaño de Dios entre nosotros, dejándole un ejemplo a seguir, y que al seguir nuestros pasos, ellos también entren finalmente en la gloria. Solo entonces recibiremos nuestra recompensa. «Y cuando aparezca el príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1 Ped. 5:4).

La crianza de los hijos es la tarea más difícil que he tenido que acometer. El ministerio pastoral está en el segundo lugar. Hoy en día cosecho las alegrías y bendiciones de haber criado cinco hijas. También cosecho las alegrías y bendiciones de haber pastoreado la misma iglesia durante más de 14 años. Pero algún día, recibiré mi recompensa eterna de parte del Pastor principal. Hasta ese día, continuaremos formando futuras generaciones de líderes que pastorearán el rebaño de Dios que está entre ellos, guiándolos con el ejemplo, hasta que Jesús regrese.

CAPÍTULO 8

COMPETENCIA

Como seres humanos, celebramos el talento. ¿Por qué crees que los espectáculos de talentos son tan populares, ya sea que estés presenciando uno en la escuela de tu hijo o en tu televisor? La franquicia *Got Talent*, que empezó en Gran Bretaña, hoy en día tiene versiones en todo el mundo. Otros programas de talentos muestran las audiciones previas a la competición. Lamentablemente, algunas de las audiciones son tan malas que solo sirven para que el público se ría. Aun así, el hecho sorprendente es que cada una de las personas que asisten a las audiciones parecen creer que tienen el talento necesario para ganar el concurso.

Hay muchas razones por las que disfrutamos los espectáculos de talentos. Como cristianos, es apropiado maravillarse y celebrar los dones que Dios ha dado a cada individuo. Disfruto escuchar a músicos talentosos, tanto vocalistas como instrumentistas, porque no tengo esos dones, pero sé lo suficiente sobre música para apreciar el verdadero talento. Es obvio quién puede cantar y quién no, quién puede bailar y quién no, quién puede tocar el piano y quién no. Pero no solo estamos disfrutando del talento, estamos juzgando entre lo que es bueno y lo que no lo es.

Cuando se trata de la iglesia, tendemos a caer en los mismos patrones de apreciación y juicio, particularmente cuando se trata de pastores y maestros. Si has sido cristiano por algún tiempo, sabes lo suficiente sobre la fe como para discernir quién es un buen maestro o predicador y quién no lo es. No solo disfrutamos de pastores y maestros dotados y competentes, sino que estamos juzgando constantemente sus «dones». Y como el talento o los dones son algo tan obvio, tan objetivo (es bueno o no lo es), tendemos a juzgar el carácter de una persona en el ministerio basándonos en su apariencia o entrega, es decir, su... bueno, a falta de una palabra mejor, talento.

Lamentablemente, las iglesias se ven tentadas a identificar a un pastor o los candidatos pastorales basándose únicamente en el «talento» o los «dones». De nuevo, la razón es porque son observables. Y es exactamente por eso que he esperado hasta ahora para presentar esta «C» de la formula del

liderazgo fiel de la iglesia: *competencia*. Por lo general, empezamos nuestra evaluación de candidatos pastorales por su *competencia*. Sin embargo, como hemos visto, la Biblia enfatiza el carácter sobre el talento. Aun así, la única cualificación que se espera de los pastores, pero no de la congregación, ni siquiera de los diáconos, es la *competencia*, la aptitud para enseñar. Si queremos formar líderes que continúen cuidando el rebaño de Dios mucho después de que nos hayamos ido, entonces debemos confiar el evangelio a «hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros» (2 Tim. 2:2). ¿Por qué? Porque tenemos un ministerio muy específico mediante el cual cumplir la misión que Cristo nos ha dado, y porque el evangelio siempre estará bajo amenaza hasta que Cristo regrese.

El ministerio

Nuestro Padre celestial está trabajando en nosotros para conformarnos a la imagen de Su amado Hijo, para que al vivir juntos como iglesia, podamos mostrar su sabiduría y gloria al mundo y a los poderes cósmicos (Ef. 3:8-10). El medio por el cual Dios obra en nosotros es Su Palabra. Como vimos en el capítulo 3, el Cristo ascendido ha estructurado Su Iglesia para esta misión. Jesús no solo ha sentado las bases (apóstoles y profetas), sino que también ha provisto a quienes difundirán las buenas nuevas (evangelistas) y a quienes permanecerán en la iglesia y enseñarán la palabra del evangelio (pastores y maestros) (Ef. 4:11).

El papel de los pastores y maestros es enseñar la Palabra de Dios. El papel de la iglesia es recibir esa palabra de parte de los ministros del evangelio de Cristo y compartirla mutuamente con amor, hasta que todos logremos la unidad de la fe y una madurez a semejanza de Cristo (Ef. 4:12-16). Y ahora, como vimos en el capítulo anterior, para tener una analogía de la iglesia como el rebaño de Dios, Jesús le ha dado pastores que alimentarán y protegerán a sus ovejas. Y para este papel, necesitamos hombres fieles capaces de enseñar a otros. Es a esta capacidad de enseñar a lo que estoy llamando *competencia*, y como la Biblia no separa a los «hombres fieles» e «idóneos para enseñar», tampoco nosotros debemos hacerlo.

Ataques al ministerio

Necesitamos hombres fieles y capaces de enseñar porque el evangelio está siempre bajo amenaza de ataque. Considera el contexto de Timoteo mientras pastoreaba la iglesia de Éfeso. Originalmente, Pablo escribió su primera carta a Timoteo debido a las amenazas de las falsas enseñanzas. Él instó a Timoteo a quedarse «en Éfeso [...] para que [mandase] a algunos que no enseñen diferente doctrina» (1 Tim. 1:3). Desde luego, la presencia de falsos maestros no fue ninguna sorpresa para Pablo. Ya había advertido a los ancianos que fueran vigilantes de sí mismos y de la iglesia debido a la amenaza de los «lobos rapaces» (Hech. 20:17-35). Evidentemente, la preocupación de Pablo ya se había materializado.

Hasta que Cristo regrese, la Iglesia siempre estará amenazada por depredadores peligrosos que busquen desviar a los corderos de Jesús. Esa es una de las razones por las que Jesús dio pastores a la Iglesia, para que protegieran al rebaño. Pero los lobos que buscan asolar a las ovejas de Dios no siempre están fuera de la iglesia. De hecho, los más peligrosos se encuentran en su interior. Y ese era el caso de Éfeso. Ciertas personas en la iglesia eran impías, particularmente los falsos maestros (2 Tim. 3:2-5). Resistían a la verdad porque estaban «corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe» (2 Tim. 3:7-8). Como resultado, las personas de la iglesia prefirieron «[amontonarse] maestros conforme a sus propias concupiscencias», los cuales les ofrecían lo que querían escuchar en vez de lo que necesitaban (2 Tim. 4:3). En tales situaciones, para proteger el rebaño de Dios, la iglesia necesita hombres fieles y capaces de enseñar, hombres que distingan la diferencia entre las enseñanzas verdaderas y las falsas, hombres competentes para enseñar la Palabra de Dios.

Predica la palabra

La solución a la constante presencia de las falsas enseñanzas en la iglesia es la constante presencia de las enseñanzas verdaderas. Por lo cual, en vez de ceder al temor ante los falsos maestros, Pablo instó a Timoteo a temer a Dios porque llevaba a cabo su encargo «delante de Dios y del Señor Jesucristo,

que juzgará a los vivos y a los muertos» cuando vuelva a consumir el reino (2 Tim. 4:1). Mediante esta aleccionadora advertencia, Pablo le ordenó a Timoteo «[predicar] la palabra», ya sea que fuera bien recibida o completamente rechazada (2 Tim. 4:2). Este es el tema principal de 2 Timoteo. Timoteo debía «avivar el fuego del don de Dios que [estaba en él] (la predicación de la Palabra) por la imposición de [las] manos [de Pablo]» (2 Tim. 1:6). Timoteo debía «[retener] la forma de sanas palabras» que escuchó de Pablo y «[guardar] el buen depósito» (2 Tim. 1:13,14). El ministerio de la Palabra es poderoso, porque incluso cuando Pablo estaba en prisión y escribió a Timoteo, «la palabra de Dios no [estaba] presa» (2 Tim. 2:9). De manera que Timoteo debe «[recordarles] esto» (2 Tim. 2:14). Y personalmente, debía «[persistir] en lo que [había] aprendido y [había sido persuadido]»: las Sagradas Escrituras (2 Tim. 3:15-17).

No obstante, como aprendimos en el capítulo 5, la manera en la que llevamos a cabo el ministerio pastoral es importante. Por tanto, Timoteo debía tratar incluso a sus oponentes con dignidad, enseñándoles la verdad con paciencia y gentileza, ya que Dios podía «concederles que se arrepientan para conocer la verdad y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él» (2 Tim. 2:25-26). Así que Timoteo debía tener un ministerio de predicación holística, un ministerio que incluyera reprensión, corrección y estímulo «con toda paciencia y doctrina» (2 Tim. 4:2), al mismo tiempo que era «sobrio en todo» (2 Tim. 4:5). Eso fue lo que significó para Timoteo cumplir con su ministerio.

Cómo formar maestros competentes

Las cartas de Pablo a Timoteo son una gran bendición pues nos dejan un modelo para el ministerio pastoral fiel. Si vamos a preparar a futuros líderes para que continúen cuidando del rebaño de Dios mucho después de que nosotros nos hayamos ido, entonces debemos confiar el evangelio a hombres fieles, identificándolos para capacitarlos, equipándolos para el ministerio y afirmando su ministerio.

Identificar: Necesitamos que nuestro radar funcione continuamente mientras escaneamos a la congregación en busca de hombres fieles que sean

idóneos para enseñar. Pero antes de identificar a alguien, necesitamos estar seguros de lo que estamos buscando. Estamos buscando hombres fieles que sean aptos para enseñar la Escritura (1 Tim. 3:2). Esa es la marca distintiva de un pastor. Es decir, eso es lo que se espera de los pastores, pero no se espera de los diáconos ni de nadie más en la iglesia. Así que, si buscamos formar a hombres fieles que sean idóneos para enseñar, debemos buscar potencial y aptitud. Ahora bien, es importante señalar que ser «apto para enseñar» no significa necesariamente ser apto para predicar. No todos los pastores o ancianos predicán (1 Tim. 5:17), pero todos los pastores deben ser competentes para enseñar la palabra de Dios. Pero ¿qué significa esto? Bien, veamos lo que la Escritura tienen que decirnos.

Un anciano no debe ser un nuevo creyente (1 Tim. 3:6). Un nuevo creyente no es lo suficientemente maduro como para conocer y aplicar la Escritura a las ovejas. Además, puede sentirse tentado a enorgullecerse si es reconocido como pastor por parte de la iglesia demasiado pronto (1 Tim. 3:6). También debe ser «retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen» (Tito 1:9). ¿Has notado la doble competencia que se requiere de un anciano? Hay una competencia positiva: enseñar y edificar la iglesia hacia la madurez a semejanza de Cristo. Y hay una competencia negativa: refutar a aquellos que contradicen «la palabra fiel» del evangelio. No es suficiente ser un buen maestro; un hombre que sea competente para enseñar podrá reprender y refutar con sabiduría, gentileza y paciencia a aquellos que abrazan enseñanzas falsas (2 Tim. 2:24; comp. 1 Tim. 6:2-5).

A medida que tratamos de identificar a aquellos líderes potenciales —competentes para enseñar—, debemos buscar a aquellos hombres que ya están dando muestras de una enseñanza fiel y paciente. Es posible que su enseñanza no esté completamente desarrollada, pero recuerda que el hogar es el campo de pruebas para los ancianos. Observa cómo esos hombres guían y enseñan a sus familias. ¿Cómo están pastoreando a sus hijos? ¿Cómo les están enseñando? ¿Son cariñosos, sabios y pacientes, o rencorosos, duros e impacientes? La Biblia no requiere que los ancianos tengan hijos, ni tampoco

que estén casados, pero se puede aprender mucho observando cómo los hombres tratan a los más allegados a ellos.

Además, observa cómo tratan y discipulan a otros hombres. En nuestra iglesia, fomentamos una cultura de discipulado en la cual los hombres discipulan a otros hombres y las mujeres a otras mujeres. Buscamos deliberadamente hombres que estén discipulando a otros hombres. Este es un rasgo distintivo de la enseñanza, y si están practicándolo ahora, eso significa que aman a la iglesia y ya la están cuidando. Crea una cultura en tu iglesia que fomente a que los hombres se discipulen unos a otros, e identifica a aquellos hombres que voluntariamente ya lo hacen.

Sin embargo, algunos hombres se involucrarán más formalmente en el ministerio de enseñanza de la iglesia. Pueden enseñar en la escuela dominical o dirigir un grupo pequeño. Te darás cuenta rápidamente de quién está enseñando fielmente porque los miembros de la iglesia, generalmente, se sienten atraídos por los buenos maestros que a su vez son pastores fieles. Pregunta a los miembros de una clase de escuela dominical o a un grupo pequeño si disfrutan de su maestro. Identifica a los hombres que ya están enseñando fielmente.

En nuestra iglesia, los ancianos se reúnen dos veces al mes. Al final de la primera reunión mensual, durante unos momentos, hablamos sobre posibles candidatos a ser ancianos, el diaconado y otros roles de la iglesia. Tenemos una lista de «hombres que deben estar en nuestro radar». Principalmente hombres jóvenes que son fieles y muestran un buen potencial para el liderazgo. A su vez, cada anciano tiene una lista personal, en la que identifica a hombres que están en «trayectoria de ser ancianos». Y al menos una vez al mes, trabajamos juntos en esas listas para asegurarnos de que estamos identificando continuamente a hombres fieles con el potencial de enseñar.

Equipar: Una vez que identificamos a los hombres fieles que son potencialmente competentes para enseñar, queremos equiparlos. Hay varias maneras en las que hacemos esto, pero en su mayoría, nuestros procesos son informales y están «por debajo del radar». Es decir, no informamos, ni a ellos ni a la iglesia, de que esa persona es un candidato oficial al pastorado «en entrenamiento», al menos no inicialmente. Primero queremos exponer a estos

hombres a oportunidades de enseñar públicamente en las que podamos observar su competencia. Las oportunidades que les brindamos dependerán de su nivel de competencia. Por ejemplo, alguien que fue pastor en otra congregación, y tiene buena reputación, puede ser invitado a dar clases en la escuela dominical después de haberlo observado durante una temporada. Mientras que, alguien que evidencie potencial, pero nunca haya predicado un sermón o enseñado regularmente en una iglesia, se desarrollará más lentamente. De hecho, podemos pasar algún tiempo con una persona simplemente trabajando los conceptos básicos de la interpretación bíblica. De vez en cuando, podemos permitir que la persona dirija un breve tiempo devocional a un pequeño grupo de personas o estudiantes. Sin embargo, independientemente de la configuración, queremos asegurarnos de que al menos un anciano esté observando su enseñanza para evaluar así su competencia.

Tenemos procesos formales de formación. Por ejemplo, en el 2018 iniciamos un programa de pasantía de cinco meses para hombres que expresan el deseo de estar en el ministerio pastoral. Durante dicha pasantía, leen libros y escriben artículos relacionados con el ministerio pastoral. Además, a los hombres en los que vemos un gran potencial para el ministerio, se les invita a unirse a nuestro personal como asistentes pastorales. En la actualidad, nuestro presupuesto nos permite tener tres asistentes pastorales al mismo tiempo. La asistencia pastoral es un puesto a tiempo completo en el que un joven recibirá entrenamiento para el ministerio a la vez que diariamente observa el trabajo de los pastores. Nuestro plan es emplear asistentes pastorales durante uno o dos años mientras se los equipa para el ministerio, luego enviarlos a servir en una iglesia local, plantar otra o revitalizarla, buscar capacitación adicional o concluir que no están llamados al ministerio pastoral. En raras ocasiones, los asistentes pastorales han permanecido en nuestro personal para servir en el ministerio, incluso como pastores.

Reconocer: En el caso de los ancianos, una vez que observamos a un hermano durante una temporada y lo encontramos fiel y competente, lo invitamos a entrar en un proceso de candidatura. Nuevamente, no

anunciamos candidatos a ancianos. El proceso de candidatura no tiene un período de tiempo establecido. Cada candidato es tutelado por un anciano que camina con él a través de un estudio sobre los ancianos. Mientras tanto, el candidato puede participar en nuestras reuniones como observador, junto con nuestros internos, asistentes pastorales y encargados de ministerios. A lo largo de su candidatura, estos hermanos observan a los ancianos cuidar de la iglesia. De esta manera, también están siendo equipados para el ministerio.

Al cabo de un tiempo, si aumenta la confianza de los ancianos en la fidelidad y la competencia de los candidatos después de la tutoría, entrevistamos al candidato y a su esposa. Queremos saber de ella, si hay alguna cuestión de carácter que no conozcamos. Hemos comprobado cuán dulce es este momento; cuando la esposa del candidato a anciano ve cómo deseamos cuidar de su esposo, de ella y de la iglesia. Al final de este proceso, nominamos al candidato a la congregación para su reconocimiento. Tras la nominación, la congregación tiene hasta la próxima reunión de miembros (dos meses) para hablar con el candidato o para plantear preguntas o inquietudes sobre el a los ancianos. Nuestro deseo es que, cuando presentemos a un candidato a anciano para que la congregación lo reconozca, la iglesia ya haya concluido que este hermano es fiel en su carácter y apto para enseñar.

Conclusión

Nos encanta celebrar el talento y reconocer los dones. Desafortunadamente, muchas iglesias se meten en problemas porque llaman a hombres que son extremadamente talentosos, pero que no son fieles. Muchos cristianos han sido heridos y demasiadas iglesias se han echado a perder porque reconocieron a hombres talentosos y dotados, pero que tenían un carácter cuestionable. Si queremos mostrar la sabiduría y la gloria de Dios al mundo y a los poderes cósmicos, necesitamos crecer para madurar a la semejanza de Cristo. Y si queremos madurar a la semejanza de Cristo, necesitamos hombres fieles que sean capaces de enseñar a la iglesia la Palabra de Dios, tanto para edificarnos, como para refutar a aquellos que contradicen la sana doctrina. Identifiquemos, equipemos y reconozcamos a tales hombres.

CAPÍTULO 9

CREDIBILIDAD

«Sabiendo lo que sabes ahora sobre plantación de iglesias, ¿qué cosa harías de manera diferente si estuvieras plantando tu iglesia hoy?». Estaba moderando un panel de plantación de iglesias, y le hice esta pregunta a un pastor muy conocido que había plantado una iglesia la cual había crecido en tamaño e influencia en su ciudad. Su respuesta fue: «Iría más lentamente a la hora de reconocer a algunos hombres como ancianos». Luego agregó: «Reconocimos a algunos hombres que no estaban listos para ser ancianos o que nunca deberían haberlo sido». He estado en el ministerio pastoral el tiempo suficiente como para comprender la dificultad de trabajar con hombres que no están listos o que no deberían estar en el liderazgo. Pero una vez que una iglesia reconoce y establece a un líder, es difícil dar vuelta atrás y «remover» a alguien si es que no se ha descalificado pecaminosamente para el ministerio. Es fácil confrontar a los líderes que se descalifican del ministerio pastoral por causa del pecado. Sin embargo, es mucho más difícil hacerlo con aquellos hombres en el liderazgo que, si bien pueden ser fieles, no son competentes para enseñar o no pueden liderar. Por tanto, para evitar levantar a hombres no idóneos para el liderazgo de la iglesia, es aconsejable tener procesos lentos que permitan a una congregación observar la credibilidad de determinado hombre. Esa es la última «C» de nuestra fórmula del liderazgo: «credibilidad». Y la clave para establecer esa *credibilidad* es la observación a lo largo de un período de tiempo significativo. Esa es la «T» de nuestra fórmula: «tiempo». Si vamos a reconocer a líderes que sean hombres fieles e idóneos para enseñar, debemos observar su *carácter*, sus *convicciones*, su *cuidado* a la iglesia y su *competencia* sobre un período significativo de *tiempo* hasta que sea clara su *credibilidad* ante la congregación.

Un mandato bíblico

Es verdad, parece que Pablo designó ancianos con mucha rapidez en sus viajes misioneros (Hech. 14:23). Pero ten en cuenta que incluso entonces

Pablo advirtió que un anciano no debe ser «un neófito» (1 Tim. 3:6). Y es en esta misma carta en la que Pablo proporciona el mandato bíblico para los procesos lentos. Pablo advierte a Timoteo que «no [imponga] con ligereza las manos a ninguno» (1 Tim. 5:22). Para que no creamos que el consejo de Pablo es arbitrario, le recuerda a Timoteo que «los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan a juicio, mas a otros se les descubren después» (1 Tim. 5:24). En otras palabras, en el caso de algunas personas, sus pecados son obvios. Viven vidas tan claramente rebeldes que no tienes que esperar hasta el juicio final para conocer su destino. Otros, sin embargo, ofrecen muy buen aspecto. A primera vista, parecen ser fieles, pero a medida que pasa el tiempo, empiezas a notar deficiencias en su carácter hasta que, finalmente, su verdadero carácter se hace obvio para todos.

Recuerdo la primera vez que el Señor me enseñó esta lección. Yo era un cristiano muy joven, pero que ya había comenzado a anhelar el ministerio pastoral. Me encontraba en la Marina de los Estados Unidos en ese momento y acababa de llegar a Virginia. Naturalmente, empecé a buscar una iglesia. Después de mi primera visita a una iglesia, me acerqué al pastor tras el culto del domingo por la mañana y le hablé sobre «mis» planes de cara al ministerio. No recuerdo muchos detalles sobre aquella conversación, pero sí que fue amable y paciente, y luego me presentó a otros miembros de la iglesia. Quería que me conocieran a mí y que yo conociera a la iglesia. Nunca me convertí en miembro de esa iglesia, y aún me pregunto qué pasó por la mente de ese pastor durante nuestra conversación. Buscaba genuinamente un lugar donde servir y una persona que me guiara en ello, pero, por lo que él sabía, yo podría haber sido un lobo en pieles de oveja. De hecho, hubiera sido una insensatez que aquel pastor me hubiera reconocido de inmediato con base en mi «sentimiento» personal de llamado al ministerio. Además, nadie en la iglesia me conocía, así que, ¿por qué tenían que escuchar lo que yo tuviera que decirles? Yo tenía celo por el Señor, pero era joven e inexperto. Francamente, aunque mi celo era genuino, tenía poco que ofrecerle a una iglesia aparte de servir en ella como miembro. Aunque ese pastor no tenía un proceso «oficial» del que yo tuviera conocimiento, me trató con cuidado y compasión y me dirigió a otro miembro de la iglesia el cual también me

mostró amor cristiano y hospitalidad. No exagero si digo que es incontable el número de veces que los procesos lentos nos han librado de posibles desastres de liderazgo en nuestra iglesia, y 1 Timoteo 5:22-25 nos da un mandato bíblico para establecer procesos lentos que nos ayuden a reconocer líderes creíbles en la iglesia.

Además, 1 Timoteo 5:22-25 también muestra lo sabio que es establecer procesos lentos para reconocer líderes creíbles en la congregación. Así como el tiempo expone los pecados de algunas personas, el tiempo también expone las buenas obras de otras. «Asimismo», argumenta Pablo, «se hacen manifiestas las buenas obras; y las que son de otra manera, no pueden permanecer ocultas» (1 Timoteo 5:25). Algunos hombres son extrovertidos, y puedes llegar a saber mucho de ellos pasando juntos solo unos minutos. Se puede decir que son geniales, divertidos, inteligentes, amables. Y sus buenas obras se hacen inmediatamente obvias para todos aquellos que los conocen. Otros hombres, sin embargo, son introvertidos. Puedes pasar días a su lado y aun así aprender muy poco sobre ellos. Aun así, dice Pablo, cuando los hombres son fieles, sus buenas obras se manifestarán, ya sea de manera inmediata o a la larga, pues las buenas obras «no pueden permanecer ocultas» (1 Timoteo 5:25). Hay gran sabiduría en establecer procesos lentos para reconocer a los líderes de la iglesia. En muchos casos, los procesos lentos expondrán el pecado de orgullo. Los hombres que reclaman ser reconocidos como líderes no se quedarán si no son reconocidos y afirmados rápidamente como líderes. Por otro lado, los procesos lentos te ayudarán a encontrar hombres humildes que no se autopromocionan, hombres a los que nunca identificarías como líderes porque son discretos. Sin embargo, algunos de esos hombres te sorprenderán. A menudo son esos hombres tranquilos y pacientes los que cuidan fiel y amorosamente a las ovejas del rebaño de Dios que los rodea sin anunciar que lo están haciendo.

En nuestra iglesia tenemos un buen número de hombres fieles que no están interesados en ser el centro de atención. Trabajan voluntariamente, entre bambalinas, discipulando a otros hermanos o cuidando a los miembros de avanzada edad y no quieren que nadie sepa de su servicio. ¡Amo a estos hombres! La mayoría de los miembros de la iglesia nunca sabrán acerca de su

trabajo, pero sus buenas obras no pueden permanecer ocultas ya que afectan a muchas personas. Y si bien es bueno desear el oficio de pastor, lo que más me gusta de estos hombres es que pastorearán el rebaño de Dios, ya sea que fueran reconocidos oficialmente como ancianos o no.

Observar durante un tiempo

La razón principal por la cual los procesos lentos son útiles para reconocer al liderazgo de la iglesia es que la credibilidad se construye con el tiempo. El tiempo es una herramienta valiosa que a menudo separa a los hombres fieles de los oportunistas. Algunos hombres llegarán a tu iglesia y exigirán ser reconocidos como líderes o pastores rápidamente. Es posible que tengan un sentimiento personal de llamado al ministerio y exijan que tú también lo reconozcas. Pero, el hacer que los hombres esperen a lo largo de una cantidad significativa de tiempo para adquirir credibilidad ante los demás, no solo protege a la iglesia, sino que también fortalece nuestra aptitud para liderar. La iglesia, seguirá gozosamente a hombres con credibilidad que provean un ejemplo fiel a seguir.

Dado que la credibilidad se construye con el tiempo, queremos observar a los hombres durante un período significativo, hasta que se ganen esa credibilidad. Pero establecer credibilidad no es algo sujeto a previsión. No sucede automáticamente después de un período de tiempo arbitrario, digamos seis meses o un año. La credibilidad se establece cuando, después de observar a una persona a lo largo del tiempo, la iglesia tiene suficiente confianza en ella como para seguir su liderazgo. Como he argumentado a lo largo del libro, queremos observar el *carácter*, las *convicciones*, el *cuidado* y la *competencia* a lo largo del *tiempo*. Todo eso produce *credibilidad*. Esa es la clave de la fórmula del liderazgo. Por tanto, consideremos cómo ayudar a los hombres fieles a establecer su credibilidad en la iglesia.

Cómo establecer la credibilidad

Predicación expositiva: Empieza con la predicación expositiva, fiel y consecutiva. Como vimos en el capítulo 2, Jesús ha estructurado Su Iglesia para la misión. Y la estructura de la Iglesia se inicia con el fundamento

apostólico (Ef. 4:11; comp. Hech. 2:42). La predicación expositiva sienta las bases de todo el ministerio de la iglesia. Es la única Palabra que toda la iglesia escucha estando junta. Y guiará a la iglesia como un timón guía a un barco. La predicación expositiva no solo sentará las bases para el ministerio de la Palabra, sino que también formará la cultura de la iglesia. El Señor reunirá a la gente en torno a la iglesia sobre la base de la Palabra apostólica, no sobre la personalidad del predicador o los programas de la iglesia. Edificar la iglesia sobre la base que Jesús ha establecido, dará forma a una congregación que esperará una dieta semanal de la Palabra de Dios a medida que esta se exponga en su totalidad. Además, a medida que predicas fielmente la Palabra de Dios cada semana, busca la manera adecuada de aplicarla a la congregación. ¿Qué nos enseña este texto bíblico como iglesia? Cuando sea apropiado, aplica la Palabra de Dios de tal manera que muestre a la iglesia lo que el Señor espera de los líderes fieles y también de una congregación fiel. Por ejemplo, actualmente estoy predicando a través del Libro de los Hechos. Cada vez que surge el tema de los ancianos, aprovecho la oportunidad para hacer la aplicación adecuada. Y una pregunta que hago a menudo es: «Varones, ¿existe alguna razón por la cual, si calificarais, no estaríais dispuestos a servir como ancianos?». Al invitar a los hombres a autoevaluarse, los aliento a que vayan tras la fidelidad, pero también les estoy animando a considerar el liderazgo de la iglesia. No todos los hombres servirán como ancianos, pero todos deberían, al menos, desear reflejar el carácter piadoso de un anciano. Pero también, al apuntar regularmente las expectativas bíblicas para el liderazgo de la iglesia, no solo estás preparando a los hombres como líderes potenciales, sino que también estás preparando a la congregación para lo que debe observar en los líderes potenciales. La predicación expositiva, regular y consecutiva, te ayudará a colocar el fundamento apostólico en la iglesia y también a enseñar las expectativas bíblicas para el liderazgo de la iglesia, tanto a los líderes potenciales como a toda la congregación.

Una cultura de discipulado: Si bien un fiel ministerio de la Palabra expositiva y consecutiva sienta las bases apostólicas sobre las cuales Jesús está edificando Su Iglesia, una saludable cultura de discipulado crea una

atmósfera en la que la exposición de la Palabra de Dios resuena y se aplica a toda la iglesia. En una cultura saludable de discipulado, los miembros de la iglesia se animan los unos a los otros a crecer en la madurez de Cristo (Ef. 4:12-16). Es decir, se aplican la Palabra de Dios unos a otros; se ayudan unos a otros a parecerse cada vez más a Jesús.

Existen métodos formales e informales de fomentar una cultura de discipulado en tu iglesia. Los informales son difíciles de cuantificar, pero son un buen punto de partida. Por tanto, anima a cada miembro de tu iglesia a mantener relaciones de discipulado. Ten en cuenta que, como todas las relaciones, las de discipulado funcionan mejor cuando surgen naturalmente. Como iglesia, nos relacionamos entre nosotros en relaciones hermano-hermana. A partir de estas relaciones, las amistades centradas en el evangelio crecen. Y de estas amistades del evangelio, surgen profundas relaciones de discipulado. Cuando tratamos de forzar las relaciones de discipulado de forma poco natural, dirigimos a las personas hacia el fracaso y el desaliento. En consecuencia, para que se generen relaciones de discipulado sanas, deben establecerse espacios en los que los miembros de la iglesia se conozcan entre sí. De nuevo, a medida que los miembros de la iglesia se relacionen de manera natural en ambientes informales, se fomentarán las amistades centradas en el evangelio desde las cuales pueden fluir relaciones de discipulado.

Pero no es suficiente alentar solamente relaciones informales de discipulado. En nuestra iglesia, hemos encontrado que hay muchas personas tímidas que luchan por iniciar relaciones. Si bien, siempre es útil conectar personalmente a estos miembros con otros miembros con quienes puedan desarrollar amistades, también hemos aprendido que es útil tener mecanismos formales para establecer relaciones de discipulado. En nuestra iglesia, una de las principales maneras de establecer tales relaciones son los grupos pequeños. Con toda la intención los llamamos «grupos de vida» porque queremos comunicar la idea de que son buenas ocasiones para vivir juntos a parte de nuestras reuniones del día del Señor. Para conectarlos con nuestra exposición bíblica principal del domingo por la mañana, nuestros «grupos de vida» se reúnen en torno a la discusión de sermones. Es decir, se reúnen

durante la semana para discutir y ver la manera de aplicar el sermón a sus vidas. De modo que están hablando la palabra unos con otros en amor (Ef. 4:15). Además, limitamos la participación en los «grupos de vida» a los miembros de nuestra iglesia. Si bien algunos pueden estar en desacuerdo con este enfoque, encontramos que ayuda a edificar la comunidad del evangelio entre nuestros miembros y permite que el grupo se conozca con una profundidad que les permite compartir sus alegrías y sus luchas mutuamente. Incluso, nuestros grupos de vida brindan un contexto en el que los hombres ponen en práctica sus habilidades de liderazgo y la iglesia puede observar el *carácter*, las *convicciones*, el *cuidado* y la *competencia* de los líderes potenciales. En otras palabras, es un contexto en el que ciertos hombres pueden establecer lentamente la credibilidad de su liderazgo ante un pequeño grupo de miembros de la iglesia.

Una cultura de evangelismo: Quizás te preguntes por qué incluyo aquí la necesidad de una cultura de evangelismo en un capítulo que trata de la credibilidad del liderazgo, en efecto, el evangelismo es un área importante para la credibilidad de los líderes de la iglesia, y esto también se observa con el tiempo. De manera que, como iglesia, queremos establecer una cultura de evangelismo en la que este sea una parte normal de la vida de cada miembro de la iglesia. Cuando el evangelismo es específico, se ha de realizar por personas específicas, en momentos específicos, utilizando métodos específicos y que requieran capacitación específica. Sin embargo, cuando desmitificamos el evangelismo y recordamos que cada miembro de la iglesia debe estar orando, y comprometiéndose con los incrédulos, surge una cultura en la que toda la iglesia comparte las buenas nuevas del evangelio. Y, de manera crucial, esta es un área en la que los líderes de la iglesia deben liderar. Es un área en la que la iglesia debe observar la fidelidad de los líderes potenciales a lo largo del tiempo. Así que, establece una cultura de evangelismo al hablar sobre ello, alentando a conversar a los miembros sobre el evangelio, al orar juntos como iglesia por oportunidades de evangelizar y por nuestra familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y discípulos no creyentes, y gozándonos, no solo por las conversiones y los bautismos, sino también por aquellos que inician conversaciones sobre el evangelio.

Oportunidades de crecimiento: No todos nuestros miembros están en los «grupos de vida», también hemos aprendido que los miembros de nuestra iglesia necesitan oportunidades formales de crecimiento. En nuestro caso, las llamamos «clases de vida». Es nuestra versión de la escuela dominical, y tienen lugar una hora antes de nuestra reunión matutina del domingo. No solo elegimos temas que ayudarán a nuestros miembros a aplicar el evangelio en sus vidas, sino que también reclutamos maestros para que enseñen a aquellos a los que los ancianos están observando como líderes en potencia. No los dejamos enseñar solos, y no les pedimos que enseñen durante toda la clase, sino que tenemos un maestro dotado y maduro para cada clase. Luego, a aquellos hombres que parecen competentes para enseñar, les pedimos que enseñen de 2 a 4 clases a lo largo de un semestre. Hacer esto, no solo nos permite evaluar su competencia, sino que también pueden hacerlo los miembros de la iglesia que participan en esa clase. Esta es una manera lenta e intencional de establecer su credibilidad ante la iglesia. Evidentemente, si alguien no es competente para enseñar, la iglesia lo sabrá. Pero, cuando la iglesia está siendo instruida por hombres competentes para enseñar la Palabra de Dios, tendrán confianza en ellos cuando sean presentados a la iglesia para asumir el liderazgo, pues se ha evidenciado su credibilidad.

Entrenamiento: A medida que vayas identificando a líderes potenciales para la iglesia, también querrás capacitarlos para el ministerio pastoral. Algunos de ellos seguirán una formación teológica formal en una universidad o seminario bíblico, lo cual es maravilloso para aquellos que pueden pagárselo. Sin embargo, incluso así, aquellos que sigan una capacitación teológica formal necesitarán la capacitación pastoral práctica que solo puede brindar servir en una iglesia. Una de las formas en que hemos acercado la capacitación a nuestra iglesia es al ofrecer capacitación más formal a toda la iglesia. Inicialmente, invitamos a todos los varones de la iglesia a unirse a nosotros para un estudio mensual de libros. Al principio, teníamos un gran número de hombres interesados. A medida que disminuía el interés inicial, seguíamos trabajando con los hombres que manifestaban constancia. Ese estudio mensual inicial se convirtió en el estudio de un libro de teología sistemática. Cada mes, discutíamos una sección teológica en grupos alrededor

de una mesa. Si bien el estudio resultó fructífero, las mujeres empezaron a preguntar por qué no podían estudiar también teología. Entonces, al final, desarrollamos lo que llamamos el Instituto High Pointe, los miércoles por la noche. Nuestro instituto tiene un enfoque más parecido al de un seminario, y tiene el propósito de ofrecer clases que ayuden a hombres y a mujeres a crecer en su comprensión de la Escritura, la teología y su aplicación en la iglesia.

Sin embargo, nuestros métodos más formales para entrenar al liderazgo de la iglesia son los que mencioné en el capítulo 7, las pasantías y nuestros asistentes pastorales (AP). Mientras que nuestros pasantes principalmente escriben y leen documentos enfocados en el ministerio pastoral, nuestros asistentes pastorales son empleados a tiempo completo que sirven a la iglesia como nuestro personal. Además, los AP son observados regularmente por los ancianos y la congregación, ya que tienen la oportunidad de enseñar en «clases de vida» o predicar los domingos por la noche. Por tanto, los AP también afianzan su credibilidad ante la congregación durante los dos años que deben permanecer con nosotros.

En cuanto a aquellos hombres a quienes los ancianos sometimos a prueba y los hallamos fieles, los guiamos a través de un proceso de entrevistas con nosotros, un tiempo de tutoría por parte de un anciano, y un tiempo durante el cual observamos su ministerio antes de presentarlos a la congregación para nominarlos como ancianos. Como mencioné en el capítulo 7, la congregación tendrá dos meses para hablar con el candidato, hacerle preguntas o plantearnos sus inquietudes antes de que el candidato a anciano sea presentado en la próxima reunión de miembros, en la que será reconocido por la congregación.

Conclusión

Quizás, después de leer este capítulo, pienses que los procesos lentos son engorrosos, o injustos, o incluso imposibles de llevar a la práctica en tu contexto. Ten en cuenta que no estoy diciendo que debas hacerlo todo exactamente igual a como lo hacemos en nuestro contexto. Eso sería imprudente por mi parte. Sin embargo, también sería imprudente reconocer a

hombres que no están preparados o no son capaces de liderar, cuidar y proveer al rebaño de Dios. La iglesia seguirá gozosamente a los líderes con *credibilidad*, pero reconocer a líderes que carecen de ella no solo descorazonará a la iglesia, sino que también creará el caldo de cultivo ideal para que los lobos entren en el rebaño y hagan estragos entre las ovejas. ¡Sé paciente! ¡Hazlo lentamente! El Señor honra los procesos lentos, y 1 Timoteo 5:22-25 es un mandato bíblico.

PARTE 3

CÓMO APLICAR LA FÓRMULA DEL LIDERAZGO

CAPÍTULO 10

UN ENCARGO A LOS PASTORES

En la primavera del 2005, volé a Austin, Texas, para reunirme con los ancianos de la Iglesia bautista de High Pointe para tratar sobre su vacante pastoral. Al igual que cualquier comité de búsqueda pastoral, querían administrar bien la responsabilidad que tenían en nombre de su congregación de encontrar un hombre fiel que fuera su próximo pastor principal. En la mitad de la entrevista informal, un hermano me preguntó: «Si vinieras a High Pointe, ¿cuál sería tu mayor preocupación?». Sin dudarlo respondí: «Los ancianos». Hice una pausa para dejar que la respuesta calara profundamente y continué: «Mirad, tal como sean los ancianos, así será la iglesia. Si los ancianos son fieles y están unidos en relación a la misión de la iglesia y cómo llevarla a cabo, no importa cuántos conflictos pueda haber en la congregación, los capearemos. Sin embargo, si los ancianos no son fieles, y si están divididos en cuanto a la misión de la iglesia y cómo llevarla a cabo, entonces no importa lo bien que estén las cosas en la congregación. Las divisiones tarde o temprano se manifestarán en la iglesia».

Los ancianos, o los pastores, si estás más acostumbrado a esa terminología, son fundamentales para la vida de la iglesia. ¿Por qué? Porque son los hombres a través de los cuales Cristo cuida y guía a Su rebaño aquí en la tierra (1 Ped. 5:1-4). Entonces, la pregunta que debemos hacernos es: ¿Qué hombres? ¿A quiénes ha de reconocer la iglesia como pastores o ancianos? La razón de escribir este libro fue proporcionar una ayuda práctica y con raíces bíblicas para responder a esta pregunta clave. He tratado de mostrar que la Biblia tiene mucho que decir con respecto a la clase de hombres que deberían ser pastores o ancianos. Pero he intentado reunir esas cualificaciones bíblicas en una «fórmula» a la que puedan remitirse fácilmente aquellos que buscan identificar candidatos cualificados al ministerio pastoral, ya que si bien, es el Espíritu Santo quien identifica a los hombres para el ministerio pastoral, es la iglesia la que confirma ese llamado y afirma a sus líderes.

Sin embargo, a medida que llegamos al final de nuestro viaje de descubrimiento, quiero dar un encargo especial a los ancianos. No obstante,

primeramente, permíteme ofrecer algunas sugerencias sobre cómo leer este capítulo. Si eres pastor, toma en serio este encargo. Es el encargo que Pablo dio a los ancianos de la iglesia en Mileto, y todavía es relevante para nuestro contexto. Si no eres pastor, escucha este encargo con estos tres objetivos en mente: (1) intenta comprender la clase de hombres que has de reconocer como ancianos / pastores en tu iglesia, (2) aprende a apreciar a los hombres que ya sirven en esa capacidad y (3) crece en amor y oración por los pastores que Jesús le ha dado a Su Iglesia. Si no eres pastor o anciano, escucha este encargo con tres preguntas en mente: (1) ¿Eres esta clase de hombre? (2) Si es así, ¿considerarías servir como tal si tu iglesia te lo pidiera y te reconociera como anciano? (3) Si no eres esa clase de hombre, ¿podrías pedirle al Señor que te convierta en ese hombre?

Un encargo a los pastores de la iglesia local

Hacia el final de su tercer viaje misionero, el Espíritu Santo movió al apóstol Pablo para que fuera a Jerusalén (Hech. 20:22-23). Como quería llegar antes de Pentecostés, Pablo evitó detenerse en Éfeso, pero debido a su amor por aquella iglesia, llama a los ancianos de Éfeso a la ciudad en la que se encontraba, Mileto (Hech. 20:13-16). Sabiendo que nunca volvería a verlos ni tampoco a la iglesia, Pablo exhorta a los ancianos a que sirvan al Señor, miren por sus propias almas, guarden la iglesia y descansen en Dios y Su evangelio.

Sirve al Señor Hechos 20:18-27

Una vez en Mileto, Pablo se presentó como un modelo de ministerio fiel al que debían imitar, recordándoles el tiempo que pasó entre ellos (Hech. 20:18). Pablo entiende que el Señor Jesús es nuestro maestro, y nosotros somos Sus esclavos. En el ministerio pastoral, servimos al Señor ante todo. Fíjate en la manera en la cual Pablo sirvió al Señor: «... con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas» (Hech. 20:19). La manera de servir de Pablo fue un modelo para los ancianos de Éfeso y también lo es para nosotros. En realidad, Pablo está siguiendo el modelo de servicio fiel establecido por Jesús. Como pastores, debemos llevar a cabo nuestro encargo

con humildad. No lo amamos por encima de la Iglesia; cuidamos de la Iglesia de Jesucristo. Es Su Iglesia, y nosotros somos meros administradores. Pero, no somos administradores desvinculados. Debido a que nuestro Señor ama a la Iglesia, nosotros también debemos amarla. Pablo se dedicó a ese servicio con lágrimas: lágrimas de alegría y de dolor, sin duda. Pero nota que Pablo también sirvió con «pruebas» (Hech. 20:19). No nos gusta el sufrimiento, pero el sufrimiento describe nuestro trabajo como pastores. De hecho, describe nuestro trabajo como cristianos (Fil. 1:29-30; 2 Tim. 3:12). Sin embargo, la manera en la que Pablo sirvió al Señor ante los efesios, no es la manera en la que algunos que están en el ministerio sirven al Señor. Tristemente, a menudo escuchamos de pastores dominantes, hombres que no parecen amar a sus congregaciones, líderes que no tienen lugar en su teología para el sufrimiento. Pablo nos da un ejemplo muy distinto. Como pastores, ante todo, somos siervos del Señor. Y porque servimos al Señor, cumpliremos con nuestro llamado con humildad, con amor y con persecución si es necesario.

Pero el ministerio no es solamente la manera en la que servimos, ¿No es así? La clave del ministerio es la difusión del evangelio y la edificación de la Iglesia por medio de la Palabra de Dios. Y ese fue el enfoque del ministerio de Pablo (20:20-21). Observa su método ministerial: su ministerio fue completo y minucioso. A pesar de que se enfrentó al sufrimiento a manos de los judíos, Pablo dijo: «... nada que fuese útil he rehuido de anunciaros...» (Hech. 20:20). En ciertas ocasiones, cuando sabemos que tendremos que decir verdades difíciles pero beneficiosas, podremos sentir la tentación de querer mordernos la lengua y no decir lo que es necesario expresar. No fue así con Pablo. Él no se contuvo de decir todo lo que pudiera ser de beneficio para a la iglesia. Tampoco limitó el alcance de su ministerio. Enseñó a los efesios en público (en reuniones estructuradas formalmente) y de casa en casa (reuniones más libres). Por último, proclamó el evangelio tanto a los judíos como a los griegos (Hech. 20:21).

¿Por qué alguien estaría dispuesto a enfrentarse a tales dificultades y persecuciones por el bien del evangelio? (Hech. 20:22-23). Primero, porque valoró su salvación y su ministerio como algo mucho más valioso que su

propia vida (Hech. 20:24). Perdiera o no la vida, Pablo quería terminar su carrera, es decir, quería cruzar la línea de meta y recibir su recompensa. En segundo lugar, quería terminar su ministerio, el que le dio el Señor Jesús, «para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hech. 20:24). Esta era la principal preocupación de Pablo en cuanto al ministerio. ¿Con que fin? Con el de no avergonzarse cuando se presentara ante el Señor para rendir cuentas de su ministerio (Hech. 20:25-27). Al vivir su vida y ministerio ante los ojos de los ancianos de Éfeso, Pablo se puso a sí mismo como un modelo de ministerio fiel, el cual seguir. Pero no solo ofreció un ejemplo; también les da un encargo directo relativo a su papel como ancianos.

Mirad por vosotros Hechos 20:28

Antes de que los pastores puedan velar por una congregación, primeramente deben velar por sus propias almas. Tenemos claro lo que Pablo quiere decir cuando de manera similar le encarga a Timoteo: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyen» (1 Tim. 4:16). A veces olvidamos que, aunque somos pastores, somos simples seres humanos. Al igual que nuestra congregación, nacemos en pecado y hemos sido redimidos por la gracia de Dios a través de la sangre de Jesucristo. Todavía estamos creciendo en gracia. Todavía luchamos con el pecado. Y tristemente, muchos de nuestros hermanos caen en tentación y en pecados que les descalifican para el ministerio. Si no protegemos nuestra propia alma, no solo seremos responsables de autodescalificarnos, sino que también nuestra fe naufragará. Querido hermano pastor, ¡vigila con diligencia tu propia alma! Sumérgete en la Palabra de Dios. Pasa tiempo en oración. Toma el pecado en serio, pelea bien y no camines solo. Invita a otros hombres a tu vida y permíteles que te digan cosas difíciles. Al final de nuestras reuniones de ancianos, nos centramos en uno de nosotros, y le hacemos muchas preguntas, tanto para alentarlos como para pedirle cuentas. No hay pregunta que no podamos hacerle al hermano en cuestión. El objetivo de este ejercicio es ayudarlo a proteger su alma. Si no eres pastor, ¿querrás orar por tu(s) pastor(es) para que él (ellos) guarde bien

su corazón y sea un ejemplo fiel a seguir? Solo aquellos que guardan su propio corazón pueden proteger a la iglesia de los peligros que la acechan.

Apacentad la iglesia del Señor Hechos 20:28-31

Protege a la iglesia. A toda la iglesia. A cada miembro ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo te ha hecho supervisor de la iglesia local en la que estás sirviendo. Medita en ello. Tú no te hiciste pastor. No te llamaste a ti mismo al ministerio. Fue el Espíritu Santo. Por supuesto, es posible que hayas sentido un llamado al ministerio, lo que llamamos el llamamiento «interno». Pero, ese llamado «interno» debe ser confirmado por la congregación. Es decir, lo que llamamos el llamamiento «externo». En mi tradición, a esto se le llama a veces «ser examinado tras ser llamado». Un pastor es entrevistado por un equipo de búsqueda pastoral, responde a las preguntas de la congregación, y finalmente la iglesia vota para ordenarlo como su pastor.

Es interesante notar, sin embargo, que la palabra «obispos» (supervisores) (Hech. 20:28) está en plural. Y no es casualidad. La iglesia de Éfeso tuvo una pluralidad de ancianos desde muy temprano (Hech. 20:17). Así ocurrió también en la iglesia de Jerusalén (Hech. 11:12; 15:2). De hecho, Pablo ordenó «ancianos en cada iglesia» en sus viajes misioneros (Hech. 14:23), y dejó a Tito en Creta «para que [corrigiera] lo deficiente y [estableciera] ancianos en cada ciudad» (Tito 1: 5). Hago hincapié en este punto para recordarnos que no asumimos solos este encargo. Estamos destinados a proteger a la iglesia como una pluralidad de «supervisores» (obispos). Uno de los objetivos principales de este libro es ayudarte a identificar a otros hombres en la iglesia que puedan servir al Señor a tu lado y ayudarte a proteger la iglesia. Al fin y al cabo, no es tu iglesia. Es la iglesia de Dios (Hech. 20:28).

Las ovejas del rebaño de Dios han sido compradas por la sangre de Jesús, el Hijo de Dios (Hech. 20:28). En consecuencia, los ancianos han sido comisionados por el Espíritu Santo para pastorear el rebaño de Dios (Hech. 20:28). Está claro que en Hechos 20 los términos *ancianos*, *supervisores* y *pastores* se refieren al mismo oficio, pero se utilizan para destacar de manera útil los roles necesarios para proteger a la iglesia: sabiduría (ancianos),

autoridad (supervisores) y cuidado (pastores). Bajo la autoridad de Cristo, somos apartados por el Espíritu para guiar a la iglesia, pero necesitamos sabiduría para poder hacerlo fielmente. Y aunque la iglesia debe someterse a sus líderes (Heb. 13:17), debemos guiar a las ovejas dando un ejemplo amoroso (1 Ped. 5:1-4). Quizás es por eso que, en nuestra cultura, nos hemos decantado por el término «pastores». Este término comunica de una manera muy gráfica lo que es guiar un rebaño de ovejas enamoradas, llevándolas a crecer saludablemente y protegiéndolas de los depredadores peligrosos. Y ese era exactamente el interés de Pablo.

Los pastores no solo conducen al rebaño de Dios a los pastos verdes de la Palabra de Dios (Hech. 20: 18-21,27), sino que también lo protegen de los lobos rapaces (Hech. 20:29-30). Por esta razón, Pablo ordena a los ancianos de Éfeso: «mirad [...] por todo el rebaño» y «velad» (Hech. 20:28,31). Los lobos a los que Pablo se refiere son los falsos maestros. El verdadero peligro no estaba «afuera», sino entre los ancianos a los que Pablo está dando instrucciones. Si no guardaban sus propias almas, no solo se desviarían de la verdad, sino que también arrastrarían a otros con ellos (Hech. 20:30). Pablo estuvo cuidando del rebaño de Dios en Éfeso durante tres años, y ahora quiere que sigan su ejemplo de ministerio fiel cuando regresen a su iglesia (Hech. 20:31).

Pastorear una iglesia es un trabajo duro. Desalentador. ¿Quién puede hacer todo lo que Dios pide a los ancianos con humildad, amor y paciencia? ¿Quién puede hacer todo lo que Dios pide a los ancianos sabiendo que se afrontarán críticas y sufrimientos? ¿Quién puede hacer todo lo que Dios pide a los ancianos aun sabiendo que la tarea nunca terminará en esta vida? ¿Quién puede hacer todo lo que Dios pide a los ancianos sabiendo que rendiremos cuentas ante Él? ¿Qué hombre es capaz de hacer todo lo que Dios le pide a un anciano? ¡Ninguno! No hay hombre que, con sus propias fuerzas, pueda hacer todo lo que Dios le pide a un pastor. Entonces, ¿cómo podemos cumplir con este ministerio humanamente imposible de realizar?

Descansa en Dios y Su evangelio Hechos 20:32-35

El evangelio son buenas noticias. Y son buenas noticias no solo para la salvación y la santificación. El evangelio son buenas noticias para los pastores. Pablo lo sabía, por lo que encomienda a los ancianos de Éfeso «a Dios, y a la palabra de su gracia» (Hech. 20:32). Aunque irracionalmente tratemos de pastorear la iglesia con nuestras propias fuerzas, ingenio e inteligencia, todos esos vanos esfuerzos nos recuerdan continuamente que necesitamos el poder de Dios para pastorear Sus ovejas (2 Tim. 2:2).

Pablo también los encomienda a «la palabra de su gracia» (Hech. 20:32). En Hechos 14:3, se utiliza esta misma frase, y ahí se refiere claramente al evangelio. Esto significa que, entendiendo la humana fragilidad de los ancianos de Éfeso, Pablo los encomienda a Dios y a Su evangelio. Eso no debería sorprendernos ya que Pablo le dijo lo mismo a Timoteo: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Tim. 3:16-17). El evangelio, la palabra de la gracia de Dios, es lo que instruye a los hombres de Dios (los pastores) en justicia para que podamos estar preparados para este ministerio humanamente imposible. Presta atención a cómo Pablo recalcó este mismo asunto a los corintios en su segunda carta (2 Cor. 4:7-10):

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos

¡Estas son buenas noticias, pastores! Confíate a Dios y a Su evangelio. Y pídele a tu iglesia que te encomiende a Dios y a Su evangelio en oración. Dios puede darte la fuerza que necesitas, y Su evangelio puede animarte, edificarte y guiarte hasta tu recompensa (Hechos 20:32). Descansar en Dios y Su evangelio transforma nuestra perspectiva de lo terrenal a lo celestial, de lo temporal a lo eterno. Debido a que nos confiamos a Dios y a Su evangelio, y porque esperamos una herencia futura en los cielos, podemos aferrarnos debilmente a las riquezas mundanas (v. 33-34) y vivir generosamente para el pueblo de Dios, sabiendo que «más bienaventurado es dar que recibir» (Hech.

20:35). Cuando desempeñamos nuestro ministerio con tanta humildad, amor y paciencia, nuestras congregaciones nos amarán. (Hech. 20:36-38)

Por tanto, hermanos pastores, servid al Señor, y no a vosotros mismos; velad por vuestras almas y por toda la iglesia; y descansad en Dios y Su evangelio. Es el poder de Dios para salvación y para pastorear a todos los que creen. Y, mis queridos hermanos que no sois pastores, por la gracia de Dios y el poder del Espíritu Santo que trabaja en vosotros, esforzaos por ser hombres fieles. Y finalmente, miembros de la iglesia en general, orad por tales hombres, identificadlos y reconocedlos como vuestros pastores y encomendadlos a Dios y a Su evangelio. Que el Señor nos levante hombres fieles para guiar a nuestras iglesias para Su gloria y para nuestro gozo.

CAPÍTULO 11

UN ENCARGO A LOS PADRES

¿Qué estás tratando de lograr como padre o madre? ¿Cuál es tu objetivo, o meta? Lamentablemente, muchos padres jóvenes no piensan en criar a sus hijos con base en estos términos. Una vez tienen hijos, resuelven las cosas a medida que suceden. Su único objetivo es sobrevivir, sobrevivir a sus hijos y a los años de crianza. Pero esta es una receta para el desastre.

Algunos padres tienen muchas metas para sus hijos. Será el «mejor» jugador de fútbol o de béisbol, el «mejor» músico o bailarín, o el niño «mejor» educado o con «mejor» comportamiento. Estos padres saben exactamente lo que quieren. Tienen un plan bien trazado para la vida de sus hijos. Por tanto, ofrecen las experiencias, la educación y la pertenencia a los clubes que permitirán a sus hijos convertirse en los «mejores» en la vocación o en el campo elegidos. No es que esos sean malos objetivos. Son muy buenas metas, de hecho. Tan solo que son metas equivocadas, y quizás, posiblemente no bíblicas en su énfasis y enfoque. Y los objetivos no bíblicos llevarán inevitablemente a métodos no bíblicos.

Entonces, ¿cuáles deberían ser nuestras metas como padres? Como establecimos en el capítulo uno, el objetivo, o la meta de Dios es tener descendientes piadosos que reflejen Su gloria y representen su señorío sobre la tierra como su imagen. Fuimos creados para ser imagen de Dios. En Cristo, nos estamos transformando a la verdadera imagen de Dios, Jesucristo, y glorificamos a Dios en la tierra como sus embajadores, representando su dominio sobre la tierra, llamando a todas las personas del mundo a arrepentirse y creer en el Señor Jesucristo. Como embajadores, vivimos en este mundo, lo que refleja la ética del reino ante un mundo incrédulo (1 Ped. 2:9-12). Como padres, nuestra meta no es tan diferente a la de los pastores de una iglesia local: «... presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1:28), para que puedan glorificar a Dios en la tierra como Su imagen. La diferencia es que, mientras que los pastores son responsables del rebaño de Dios, los padres son responsables de su propio rebaño: su familia. Si bien la salvación de nuestros hijos es una obra soberana y sobrenatural que solo Dios

puede obrar, los padres tenemos el mandato bíblico de criar a nuestros hijos «en la disciplina y amonestación del Señor» (Ef. 6:4). Así que, al igual que una iglesia y sus pastores deben levantar la próxima generación de líderes, también los padres deben levantar a la próxima generación de líderes. Para hacer eso, necesitamos mostrar un *carácter* piadoso, *convicciones* bíblicas, *cuidado* amoroso y *competencia* en nuestros hogares. A medida que lo hagamos, con el *tiempo*, ganaremos *credibilidad* ante nuestros hijos a medida que crecen, pasando por la adolescencia y hasta la edad adulta. Pero, por importante que sea proporcionar un ejemplo piadoso a nuestros hijos, también debemos trabajar diligentemente en instruir a nuestros hijos en la Palabra de Dios, dirigiéndolos a Cristo, para que ellos también muestren el *carácter*, las *convicciones*, la competencia y el cuidado adecuados en el uso de la Palabra de Dios para que con el tiempo, puedan conseguir *credibilidad* para guiar también a otros.

El poder de un ejemplo fiel

Nuestros hijos nos observan y aprenden de lo que ven. En 1963, el psicólogo Albert Bandura realizó un experimento de agresión en la Universidad de Stanford en California, EE. UU, con la presencia de niños en edad preescolar como espectadores. Los asistentes (adultos) abusaron física y verbalmente de muñecas inflables de 90 y 150 centímetros a las que se les colocó pesos en la parte inferior para que recuperaran su postura tras ser golpeadas. Cuando los dejaron solos, los niños imitaron el comportamiento abusivo que observaron en los investigadores adultos. ¿Cuál fue el objetivo del experimento? Bandura demostró que los niños aprenden mediante la observación. Tus hijos te están observando y aprenden de tu comportamiento, tus palabras y tus actitudes. Eso puede ser bueno, o malo. Pero sospecho que ya lo sabías. Si queremos guiar a nuestros hijos fielmente y gobernar bien nuestro hogar, necesitan vernos viviendo una vida digna del evangelio ofreciendo un ejemplo fiel.

Es interesante notar que cuando Timoteo estaba bajo la influencia potencial de falsos maestros en la iglesia de Éfeso, Pablo le instó a permanecer fiel a lo que había aprendido, recordándole los ejemplos de fidelidad en su propia vida. Primeramente, estaba el ejemplo de su madre

Eunice, y su abuela Loida (2 Tim. 1:5). Desde la infancia, le habían enseñado la Escritura en las que debía permanecer (2 Tim. 3:15). Es decir, las mujeres en la vida de Timoteo ejemplificaron la fe en la Escritura y la fidelidad para enseñárselas. ¡Ánimo padres! Tenéis una poderosa influencia en la vida de vuestros hijos mediante vuestro ejemplo de fe en Cristo y Su Palabra, y por vuestra fiel enseñanza de la Escritura a vuestros hijos.

Pablo también le recuerda a Timoteo el ejemplo que él mismo le dio. A diferencia de los falsos maestros de Éfeso, Timoteo había seguido «doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos» (2 Tim. 3:10-11) de Pablo. Como a un hijo suyo en la fe (2 Tim. 1:2; 2:1), Pablo guio a Timoteo con el ejemplo. Al final de su vida, Pablo llevó a Timoteo a esos ejemplos del pasado (2 Tim. 3:10-13) y le alentó a «[persistir] en lo que [había] aprendido» porque «[sabía] de quien [había] aprendido (2 Tim. 3:14).

Desde Génesis 1:28, la Biblia revela el deseo de Dios de tener una descendencia piadosa que refleje su imagen en el mundo. Si bien es una bendición tener hijos biológicos, bajo el nuevo pacto, el mandato de la creación de ser fructífero y multiplicarse se cumple al tener descendencia espiritual por medio del evangelio. Por tanto, ya sea que tengamos hijos biológicos, hijos adoptados o hijos de acogida, nuestro objetivo es el mismo: presentar a cada uno de ellos completos en Cristo (Col. 1:28) para que puedan glorificar a Dios como reflejo de Su imagen (Gén. 1:26-28). Eso debería ser un estímulo para las parejas casadas que no pueden tener hijos, para los no casados, e incluso para los cristianos de edad avanzada que están más allá de los años de tener hijos. Tener descendencia piadosa se logra por la gracia de Dios, a través de la predicación del evangelio, ya que el Espíritu Santo salva soberanamente a los pecadores. No podemos cambiar los corazones humanos, pero el Señor coloca a los hijos en nuestras vidas, ya sean biológicos, adoptados o de acogida, para criarlos en la disciplina y amonestación del Señor (Ef. 4:6). Es un gran privilegio tener mayordomía en la responsabilidad de la crianza del evangelio.

Sin embargo, no podemos vivir ante nuestros hijos lo que no está primero en nuestros corazones (Deut. 6:4-6). Dicho de otra manera, aquello que haya

en nuestros corazones es lo que nuestros hijos verán. De un corazón malvado salen «los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias» (Mat. 15:19). Si ese es el ejemplo que ofrecemos a nuestros hijos, no tenemos ninguna razón para esperar que se comporten de manera diferente a nosotros. En el mejor de los casos, los niños criados en hogares no cristianos pueden llegar a ser niños exitosos y morales. Si bien eso puede ser bueno para la sociedad; no es bueno para el alma, porque todos los que no abrazan a Jesucristo como Señor y salvador se enfrentan al juicio eterno.

Así que, ¿cómo vivimos ante nuestros hijos? Si los amamos y esperamos que puedan abrazar a Cristo, entonces debemos ejemplificar ante ellos un carácter piadoso y convicciones bíblicas. En otras palabras, debemos reflejar ante ellos una vida digna del evangelio (Ef. 4:1). Esta idea de la imitación se enfatiza a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Como hijos amados, debemos ser «imitadores de Dios... y [andar] en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante» (Ef. 5:1-2). Estamos llamados a imitar a nuestro Padre celestial, caminando en amor e imitando a Jesús, nuestro hermano mayor. Esencialmente, debemos imitar todo lo que es bueno (3 Jn. 1:11). Debemos imitar a nuestros pastores (2 Tes. 3:7,9; Heb. 13:7). Y en el hogar, nuestros hijos deben imitarnos a nosotros.

Por tanto, ejemplifica el amor de Dios ante tus hijos. Permite que tus hijos vean tu amor por Dios mientras tienes comunión con Él en tus devocionales privados. Deja que te vean y te oigan leer la Escritura para tu alma. Y refleja ese amor por Dios mientras guías a tus hijos en los devocionales familiares. Estos no tienen por qué ser complejos. Cuando nuestras hijas eran pequeñas, leíamos un capítulo de la Biblia al día durante el desayuno. Resaltaba algunos puntos de aplicación, y después orábamos juntos. Al leer la Escritura junto a tu familia, estás mostrando ante tus hijos tu amor por Dios y Su Palabra. También les estás mostrando cómo leer la Escritura. Se un ejemplo de dependencia de Dios ante tus hijos. Una manera en la que procuramos fomentar la dependencia de Dios Padre, a través de Cristo, en la confianza del Espíritu Santo, fue compartir con nuestras hijas necesidades específicas en

oración. Luego orábamos por esas peticiones como familia. Queríamos que nuestros hijos, no solo vieran que dependíamos de Dios para todas nuestras necesidades, sino que también lo celebraran con nosotros cuando Dios respondía a nuestras oraciones. Es un poderoso testimonio de la bondad del Señor cuando le pedimos algo, y Él responde, y hay pocas cosas que alienten más a los niños que experimentar que Dios responde a sus oraciones.

Se un ejemplo de amor hacia los demás delante de tus hijos. Es tentador hablar mal de los demás, incluso de otros cristianos frente a nuestros hijos. Cierta vez, cuando pasamos un momento difícil en el ministerio, hace muchos años, el Señor nos protegió de quejarnos de nuestra situación ministerial y de criticar a ciertos miembros de la iglesia frente a nuestras hijas. El Señor nos permitió darnos cuenta de que lo que decimos sobre las personas, sobre otros miembros y líderes de la iglesia, afectará la visión de nuestros hijos, no solo sobre aquellos de los que estamos hablando, sino también de la iglesia misma. Dado que los niños nos aman y no quieren que nos lastimen, se pondrán de nuestro lado. Y si no tenemos cuidado, contaminaremos sus puntos de vista sobre las personas a las que criticamos delante de ellos. Incluso pueden llegar a imitar nuestro «odio» por otros hermanos en sus propias palabras y acciones. Si queremos que nuestros hijos tengan una buena visión de la iglesia, abstengámonos de hablar en esas situaciones. Y en lugar de odiar, da ejemplo de cómo amar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo, especialmente a aquellos que nos «odian».

Se ejemplo de amor por la iglesia delante de tus hijos. Muchas personas aman a Jesús, pero odian a la iglesia. Podemos influir enormemente en nuestros hijos con nuestro ejemplo de unirnos a una iglesia local y comprometernos a ser miembros fieles. Nuestros hijos aprenderán de nuestro compromiso con la iglesia. Si nuestra asistencia es esporádica, aprenderán que ser parte de una iglesia local no es tan importante. Si ese es el caso, no te sorprenda cuando tu hijo se gradúe de la escuela secundaria y nunca regrese a la iglesia. En vez de eso, muestra a sus hijos un amor saludable por la iglesia siendo parte activa de la vida de una iglesia local junto a otros creyentes que están cumpliendo fielmente la misión de la iglesia.

Finalmente, se ejemplo de odio por el mundo, la carne y el diablo delante de tus hijos. Por supuesto, todo lo que Dios creó es bueno. Y queremos enseñar a nuestros hijos cómo disfrutar de la creación de Dios. No obstante, debido al pecado de Adán, este mundo está bajo la influencia del maligno. Así que, cuando digo que seas ejemplo ante tus hijos de odio por el mundo, la carne y el diablo, me refiero a todas las influencias malignas a las que la Biblia llama *el mundo*. Como advierte el Libro de Santiago: «¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quien quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Sant. 4:4). Nuestros hijos están rodeados de tentaciones mundanas. A medida que observen nuestras vidas, o bien imitarán nuestra mente mundana y materialistas, o bien nuestra generosa mente celestial. Esencialmente, debemos estar constantemente ejemplificando ante ellos una vida digna del evangelio, vivir para la gloria de Dios como imagen Suya. Pero no es suficiente con ejemplificar una vida evangélica delante de nuestros hijos; también debemos instruirlos sobre las verdades del evangelio en el que nosotros mismos tenemos esperanza.

El poder de la instrucción del evangelio

Al contrario de lo que se puede pensar al principio, nuestros hijos nunca son demasiado pequeños para aprender. Desde que nuestras hijas eran muy pequeñas, mantuvimos la misma rutina antes de acostarnos. Leíamos la Escritura, recitábamos una parte del catecismo bautista infantil y orábamos con ellas antes de que se fueran a dormir. Una noche, mi esposa llevó a nuestras dos hijas mayores al cuarto de baño para que se lavaran los dientes. Yo me quedé solo con nuestra hija menor, de unos dos años y medio. En ese momento, pensé que sería inútil recitar el catecismo con ella. Entonces tuve el pensamiento, ¿y porque no? Así que le pregunté: «¿Quién te hizo?». Y con su voz de dos años, ella respondió: «Dios me hizo». Muy bien, eso fue muy bonito, pero tal vez fue una coincidencia, pensé. Así que le hice la siguiente pregunta: «¿Y qué más hizo Dios?». «Dios hizo todas las cosas», respondió ella. ¡Quedé impactado! Si bien nunca esperábamos a que ella respondiera cuando le preguntábamos a sus hermanas mayores las preguntas del

catecismo, ella había estado escuchando atentamente. Así que le hice la tercera pregunta: «¿Por qué Dios te hizo a ti y a todas las demás cosas?». Ella respondió: «Para Su propia gloria». Fue en ese momento que el Señor me enseñó que nuestros hijos nunca son demasiado pequeños para aprender, y nunca es demasiado pronto para comenzar a enseñarles la Palabra de Dios.

Al criar a nuestros hijos en la disciplina y la instrucción del Señor, si queremos que permanezcan fieles, debemos fundamentarlos en la instrucción bíblica desde la infancia hasta el momento en que abandonen nuestros hogares. De manera que, haz de la Biblia el principal fundamento de instrucción en tu hogar. ¿Por qué? Porque es la Palabra inspirada y autoritaria de Dios; es el poder de Dios para salvación a todos los que creen (Rom. 1:16); y es provechosa para la vida y la piedad (2 Tim. 3:16). Por supuesto, debemos leer la Biblia de manera apropiada para su edad. Desde la infancia, leíamos libros de historias bíblicas con nuestras hijas. Afortunadamente, hoy en día se publican muchos y buenos libros de historias bíblicas que explican la Escritura desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y muestran a Cristo en toda la Escritura. En nuestro hogar, hicimos de la lectura en general, y de la lectura de la Biblia en particular, una actividad central de nuestra vida de familia. Ya sea que leemos la Biblia por la mañana alrededor de la mesa durante el desayuno, o nuestra lectura vespertina en el sofá, leíamos mucho juntos. Y mientras lo hacíamos, ambos dimos ejemplo de amor por la lectura y por la Palabra de Dios, e instruimos a nuestras hijas en la Palabra de Dios. Hoy en día, a todas nuestras chicas les encanta leer.

Haz del evangelio el foco de instrucción en tu hogar. Aun cuando leamos la Escritura juntos, ayudemos a nuestros hijos a comprender el lugar que ocupa Cristo en la historia bíblica. Nuestros hijos nacen pecadores, por lo que necesitan a Cristo. Para nosotros, era importante que nuestras hijas no asumieran que eran cristianas. Por tanto, no solo les explicábamos el evangelio regularmente, también compartíamos el evangelio en contextos apropiados. Cuando disciplinas a tus hijos, por ejemplo, si todo lo que estás haciendo es enojarte con ellos porque no están haciendo lo que esperas, y todo lo que te interesa es detener su comportamiento negativo, tu único objetivo será modificar el comportamiento. Pero, aun si puedes cambiar el

comportamiento de tu hijo por un corto espacio de tiempo, eso no afectará su corazón. En su lugar, queremos pastorear los corazones de nuestros hijos, exponiendo su rebelión pecaminosa contra Dios y señalándoles la esperanza en Cristo. Necesitan un nuevo corazón, y debemos guiarlos hacia Cristo, el único que puede cambiar sus corazones. Así que, comparte el evangelio a menudo, explica lo que es el arrepentimiento y el perdón con frecuencia, y practica la gracia de forma regular.

Finalmente, haz que la gloria de Dios sea foco de instrucción en tu hogar (2 Tim. 3:17). Queremos dibujar una imagen tan maravillosa e impresionante de quién es Dios para nosotros en Cristo, tanto por ejemplo como por la Escritura, que, por la gracia de Dios, nuestros hijos pongan su esperanza en Dios, perseveren en esa esperanza, y así glorificar a Dios por medio de sus vidas (Sal. 78). ¿Como logramos eso? ¿Cómo instruimos a nuestros hijos para que esperen en Dios?

1. *Proclama la grandeza de Dios y sus obras y exalta a Dios como elemento central de toda nuestra vida (Sal. 78:1-4).*
 - a. Nuestros hijos deben saber que nuestras vidas giran en torno a Dios y Su gloria.
 - b. Algo o alguien será central en la vida de tu hijo. ¿Qué será?
 - c. ¿Qué clase de cuadro de Dios estás pintando a tus hijos mediante tu ejemplo e instrucción?
2. *Basa tu enseñanza en la Palabra revelada de Dios, la Biblia (Sal. 78:5-6).*
 - d. Compra una traducción buena, fiel y legible de la Biblia para los devocionales con tu familia y leela con tus hijos.
 - e. Compra a cada niño una Biblia infantil apropiada para su edad y enséñales a usarla en el hogar y en la iglesia.
 - f. Asegúrate de que los libros de historias bíblicas que leas con ellos estén basados en la Escritura y describan la historia bíblica fielmente de manera apropiada para su edad.
 - g. Ten cuidado con los libros infantiles moralistas, libros que meramente promueven el buen comportamiento no arraigado en la Escritura y el evangelio.
3. *Recuerda que el objetivo de nuestra instrucción es que nuestros hijos esperen en Dios y lo glorifiquen a través de una vida de justicia y buenas obras (Sal. 78:7).*
 - h. Nuestro objetivo NO es la modificación del comportamiento; es un corazón cambiado. Pero solo Dios puede cambiar el corazón. Una vez que Dios cambia el corazón, el comportamiento cambia.
 - i. Así que, nuestra meta es que al compartir el evangelio regularmente con nuestros hijos, ellos se den cuenta de su pecado y pongan su esperanza en Dios al abrazar a Cristo y vivir una vida bajo la guía del Espíritu para la gloria de Dios.

4. *Ora diligentemente para que Dios aplique en los corazones de tus hijos toda la instrucción bíblica que proporcionas en tu hogar (Sal. 78:7-8).*
 - j. Dios desea una descendencia piadosa, y Él está buscándola en los corazones de nuestros hijos.
 - k. Sean biológicos o no, Dios ha puesto a estos incrédulos bajo nuestro cuidado para que podamos mostrarles a Cristo mediante nuestras vidas y Su Palabra.
 - l. La única obediencia que glorifica a Dios es la que fluye de un nuevo corazón, en el poder del Espíritu Santo, para gozo del creyente.

Conclusión

La crianza de mis hijas es la tarea más difícil que he tenido que llevar a cabo. Pero ahora que mis hijas se han convertido en mujeres jóvenes, algunas casadas, otras no, mi esposa y yo estamos disfrutando el fruto de nuestro esfuerzo. No por nuestro trabajo duro o inteligencia; no porque nos lo merezcamos, sino por la gracia de Dios. Esa es la humildad de ser padres. Nuestros esfuerzos no garantizan resultados, pero el Señor nos llama a confiar en Él para criar a nuestros hijos y también a confiárselos a Él. Tanto con nuestras vidas como con nuestros labios, estamos guiando a nuestros hijos para que Dios pueda desarrollar en ellos un *carácter* piadoso, *convicciones* bíblicas, *cuidado* de la iglesia y *competencia* para manejar la palabra de Dios. Con el paso del tiempo, nuestro ejemplo e instrucción estará sentando las bases para que el Espíritu Santo pueda trabajar para convencerlos de pecado, de justicia y del juicio venidero para que puedan entregar sus vidas a Cristo y vivir para Su gloria en un mundo perdido y en tinieblas.

CAPÍTULO 12

UN ENCARGO A LOS CRISTIANOS EN EL MUNDO

Este libro ha tratado principalmente sobre el liderazgo de la iglesia. Específicamente, se ha centrado en la obra de levantar a la próxima generación de líderes. De acuerdo con la Escritura, los pastores, o ancianos, de una iglesia local deben mostrar un carácter piadoso, mantener las convicciones bíblicas, cuidar con amor a la iglesia y manifestar competencia para enseñar la Palabra de Dios. Ya que hemos de continuar cumpliendo con nuestra misión hasta que Cristo regrese, la iglesia en general, y los pastores en particular, tienen la responsabilidad de levantar a la próxima generación de hombres fieles capaces de enseñar a otros (2 Tim. 2:2). Pero para identificar a tales hombres fieles, la iglesia debe observar esos requisitos bíblicos a lo largo del tiempo hasta que los futuros candidatos al liderazgo puedan ganar la debida credibilidad para ejercer el ministerio. Sin embargo, la mayoría de los cristianos no son pastores ni líderes de una iglesia local. Así que, aunque esta fórmula del liderazgo tiene una aplicación específica en la iglesia (competencia = apto para enseñar la Escritura), propongo que esta fórmula pueda adaptarse al liderazgo en cualquier profesión en las que los cristianos se encuentren. Pero antes de aplicar la fórmula del liderazgo a las profesiones no pastorales, recordemos nuestro propósito como cristianos en este mundo. Es más, ¿realmente importa lo que hacemos en este mundo, fuera de la iglesia y del evangelismo?

Embajadores de un reino celestial

Según Leigh Campbell, la persona promedio pasa aproximadamente 80 años en este planeta (*Huffington Post*, edición australiana en línea, 19 de octubre del 2017). Pasamos unos 26 de esos años durmiendo, y otros 7, tratando de dormir. Eso nos deja solo 47 años despiertos, 13 de los cuales los pasamos trabajando. Eso significa que gastamos cerca del 30 % de nuestra vida de vigilia en un entorno laboral. Como cristianos, ¿cuál es el sentido de todo

esto si cuando Cristo regrese, el mundo arderá y todo se renovará cuando el reino de Dios sea consumado?

Hubo un tiempo en que el ministerio vocacional a tiempo completo era visto como el llamado supremo, y esto debido a un entendimiento defectuoso de que nada en este mundo importaba, ya que todo acabaría consumiéndose. Según esta mentalidad, la vocación más importante es predicar el evangelio con urgencia a un mundo pronto a desaparecer. Es cierto que, como dice el apóstol Pedro, en ese día «los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas» (2 Ped. 3:10). Pero Pedro continúa: «Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios» (2 Ped. 3:11-12). Si la vida en la tierra siendo cristianos fieles no tiene sentido, ¿por qué Dios nos deja aquí después de salvarnos? ¿Por qué no nos lleva al cielo en el momento en que nos convertimos en cristianos? Como ves, Dios tiene un propósito para nosotros. Establecimos ese propósito en el capítulo uno: morar en esta tierra como hijos e hijas de Dios, reflejando Su gloria a Su imagen, a la vez que representamos Su dominio sobre la tierra.

Como cristianos, nuestro llamado en este mundo es ser embajadores del Reino de los cielos mientras estemos en la tierra. Por tanto, seas pastor o laico, director ejecutivo (CEO) o un trabajador recién empleado en una compañía de Fortune 500, una madre trabajadora o una madre ama de casa, un funcionario del gobierno o un oficial de policía. Sea cual sea tu vocación, el Señor te ha colocado en esta tierra para glorificarlo como Su imagen (1 Ped. 2:9). Para hacerlo con fidelidad, en cualquier puesto en el que Dios nos haya llamado a servirle en este mundo, debemos ser personas de *carácter* piadoso, mantener nuestras *convicciones* bíblicas, mostrar un *cuidado* amoroso por todas las personas con las que nos relacionamos y demostrar *competencia* en el uso de la Palabra de Dios, para ser fieles testigos de Cristo y de Su evangelio. Con el *tiempo*, al reflejar a Cristo en nosotros, obtendremos *credibilidad* ante quienes nos rodean. De manera que, los cristianos que son líderes fuera de la iglesia tienen una oportunidad única de

ser imagen de Dios mientras pastorean con amor a los que están bajo su cuidado y autoridad.

Lidera con carácter piadoso

¿Te has dado cuenta de que, a excepción del requisito para los ancianos de que sean «aptos para enseñar», no se espera nada diferente en cuanto a como los cristianos fieles han de vivir en este mundo? Considera lo que Pablo le dice a Tito que espere de los hombres de edad avanzada en la iglesia. Estos deben ser «sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe, en el amor, en la paciencia» (Tito 2:2). ¿Y qué pasa con las mujeres de edad? Deben ser «reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada» (Tito 2:3-5). Todos los cristianos están llamados a ser «irreprensibles» en su vida personal, familiar y pública (1 Tim. 3:1-7). No solo los ancianos deben tener «buen testimonio de los de afuera» (1 Tim. 3:7). Todos nosotros debemos «[abstenernos] de los deseos carnales» y «[mantener] buena [nuestra] manera de vivir» ante los incrédulos (1 Ped. 2:11-12). Nuestra vida en este mundo debe ser sal y luz (Mat. 5:13-16). En otras palabras, como cristianos debemos mostrar un carácter piadoso en este mundo.

Recuerda, Dios ha estructurado este mundo con base en las relaciones de autoridad y sumisión. Los gobiernos son ordenados por Dios para mantener el orden público, promoviendo el bien y castigando el mal. Todos los ciudadanos, cristianos y no cristianos, deben someterse a las autoridades gubernamentales (Rom. 13:1-7; 1 Ped. 2:13-17). Asimismo, en nuestros lugares de trabajo, existen relaciones de autoridad y sumisión. Si eres cristiano, y el Señor te ha colocado en una posición de liderazgo en este mundo, dirige con carácter piadoso. Pocas cosas socavan el liderazgo más rápidamente que la hipocresía. ¿Puedes recordar alguna ocasión en la que estuviste bajo el liderazgo de alguien? Quizás fue un maestro o un profesor, un gerente o el dueño de un negocio. Piensa en tus «jefes» favoritos. ¿Qué es lo que admirabas más de ellos? Ahora, piensa en un «líder» que te haya

decepcionado. ¿Qué fue lo que te hizo perder confianza en su liderazgo? A menudo, nuestra admiración y nuestras decepciones hacia los líderes empiezan con el *carácter*. Y como cristianos, nuestro carácter fluye de lo que creemos, nuestras *convicciones* bíblicas.

Lidera con convicciones bíblicas

Nuestras convicciones manifiestan cómo vivimos nuestras vidas. Y para los cristianos, nuestras convicciones están enraizadas en la Escritura y en la teología que aprendemos de ellas (2 Tim. 3:16-17). Tristemente, muchos cristianos tienen un conocimiento tan débil, tanto de la Biblia como de la teología, que acaban abrazando creencias no cristianas. En un estudio realizado por Barna en el 2017, su «investigación muestra que solo el 17 % de los cristianos que consideran que su fe es importante y asisten a la iglesia con regularidad tienen una cosmovisión bíblica». (Cosmovisiones que compiten por influir a los cristianos de hoy en día, 9 de mayo de 2017, en línea). ¡Eso es muy preocupante! Y sin embargo, muchos de esos cristianos ignorantes y confundidos ejercen como líderes en este mundo, representándose a sí mismos como seguidores de Jesús. Mientras escribo este capítulo, un actor muy conocido en Estados Unidos ha sido criticado por sus convicciones cristianas. Irónicamente, empezó a salir con la mujer con la que estaba comprometido mientras aún estaba casado con su primera esposa. Después, en un anuncio sobre cómo sus convicciones cristianas estaban afectando su relación, le hizo saber al mundo que él y su prometida acordaron que se abstendrían de las relaciones sexuales hasta que estuvieran casados. Disfruto de las películas de este actor, y creo que está tratando sinceramente de vivir nuestra fe cristiana en un ambiente de trabajo hostil, e incluso hablar públicamente sobre su fe. Aun así, creo que sus convicciones sobre cómo está llevando su relación sentimental están por debajo del cristianismo. No dudo de su sinceridad, pero no puedo evitar hacerme preguntas sobre su comprensión de la fe cristiana y de lo que la Biblia enseña sobre el matrimonio y la santidad.

Si queremos ser líderes cristianos fieles, que guíen con un *carácter* piadoso y con *convicciones* bíblicas, debemos aprender la Escritura y estudiar

teología. Así que, ¿por dónde empezamos? Primero, únete a una iglesia local fiel al evangelio. Prioriza una iglesia que esté comprometida con la predicación expositiva, en la que el punto del texto bíblico es el punto del sermón aplicado a la iglesia. Cuando una iglesia está comprometida con la predicación expositiva, evidencia compromiso con la suficiencia de la Escritura, la creencia de que la Biblia es inspirada por Dios y es suficiente para la vida y la piedad. Es especialmente útil si la iglesia está comprometida con la exposición sistemática: predicar a través de libros bíblicos completos en sermones consecutivos. De esa manera, estarás expuesto a toda la Biblia y al plan en desarrollo de Dios (Hech. 20:26-27). Al sentarte regularmente bajo la exposición fiel de la palabra de Dios, crecerás en gracia y conocimiento de Cristo y en tu comprensión de la Biblia. Significativamente, aprenderás a leer la Biblia por ti mismo.

En segundo lugar, comprométete a estudiar la Biblia y también teología. La mayoría de las iglesias ofrecen clases de escuela dominical o de discipulado. Algunas iglesias ofrecen cursos de formación bíblica y teológica. En nuestra iglesia, iniciamos el Instituto High Pointe, un programa de capacitación semanal diseñado para equipar a nuestros miembros a través de cursos básicos nivel seminario con materias como hermenéutica, teología sistemática y ética bíblica. Nuestra esperanza es que los miembros que aprovechan este entrenamiento, no solo crezcan en sus propias *convicciones* bíblicas y teológicas, sino que también crezcan en su *competencia* a la hora de utilizar y compartir el evangelio.

Tercero, desarrollar un programa de lectura personal. A veces las iglesias no tienen los recursos que mencioné anteriormente. Aun así, puedes establecer un plan de lectura personal que te capacitará para crecer en tu comprensión de la Biblia y la teología. Los líderes deben ser lectores, y si queremos liderar bien, debemos leer. Ministerios como Desiring God [Deseo por Dios] e iglesias como la Iglesia Bautista de Capitol Hill ofrecen listas de lectura para cristianos. Busca la lista de lectura que mejor se adapte a tus necesidades y elabora un plan de lectura. No tienes por qué ser un lector rápido. Yo no lo soy. Solo tienes que ser un lector constante. Y no te preocupe si no entiendes toda la jerga teológica cuando empieces a leer

teología. Cuando estaba en el seminario y comencé a leer una sección de la teología con la que no estaba familiarizado, tenía un libro en una mano y un diccionario en la otra. Realicé una lectura lenta, pero con el tiempo resultó fructífera. Al poco tiempo, ya no necesitaba el diccionario y leer esa sección de la teología se volvió más fácil. Ocurre así en cualquier campo. Hasta que aprendas la jerga, tu lectura será lenta. Ten paciente.

Cuarto, desarrollar un plan de escucha. ¡DE ACUERDO! Sigues pensando que no eres un buen lector. Si bien quiero desafiar esa opinión, afortunadamente nuestro aprendizaje no se limita a la lectura. La mayoría de los libros, muchas clases y muchas conferencias están disponibles en audio para poder escucharlas. Por tanto, ya sea que escuches cintas de casete, discos compactos (CD), MP3, pódcast a través de Internet o suscripciones a través de una aplicación de teléfono móvil, puedes aprender de la Biblia y de la teología. Y la buena noticia es que puedes hacerlo en cualquier momento: mientras te arreglas por la mañana, en un largo viaje en automóvil o simplemente al salir a caminar. Redime el tiempo mientras escuchas. Ponte los auriculares, dale al Play del último pódcast y antes de que te des cuenta, aumentará tu conocimiento en la materia que estás estudiando.

Estoy seguro de que puedes encontrar otras maneras de crecer en tu conocimiento de la Biblia y la teología. Puedes decidirte tomar clases en línea en algún seminario mientras cumples con tu profesión. Sin embargo, no todos pueden permitirse ese lujo. Pero un aspecto importante de la vida cristiana que tendemos a descuidar a menudo es el discipulado. El discipulado es una calle de doble sentido. Hay personas con las que te reunirás las cuales te animarán con la Escritura y la teología, pero también en la vida y en el trabajo. Plantéate invertir en otros reuniéndote con ellos para alentarlos y ayudarlos a parecerse más y más a Jesús (la verdadera imagen de Dios). Es un hecho conocido que aprendemos cuando enseñamos a otros. Por tanto, continúa invirtiendo en las generaciones más jóvenes, ya sea mediante tu ejemplo como por tu instrucción. Ahora mismo eres un líder, pero una vez ya no estés, ¿quién ocupará tu lugar? Prepara ahora a los que vienen detrás de ti.

Lidera con cuidado amoroso

Al recordar con cariño a los líderes que más has admirado en tu vida, más allá del carácter piadoso, estoy seguro de que aprecias su cuidado por ti. Así como los pastores en la iglesia local se preocupan por el rebaño de Dios que hay entre ellos, los líderes cristianos también deben cuidar «el rebaño» entre ellos. Es cierto que no todos los que están bajo tu cuidado serán cristianos, pero aun así, tienes la oportunidad de pastorearlos con tu ejemplo, tus palabras y tus acciones. A medida que tus convicciones cristianas te guíen en el lugar de trabajo, las personas que están por debajo de ti observarán cómo los diriges, cómo los proteges de la injusticia, cómo alientas su progreso, cómo resuelves las disputas, cómo tratas a todos tus subordinados con imparcialidad, cómo asumes tu responsabilidad cuando se cometan errores y tu equipo falle, y cómo compartes el crédito cuando tu equipo tenga éxito.

Por otro lado, si profesas ser cristiano y eres injusto, muestras parcialidad, te llevas todo el mérito por el buen trabajo y culpas a tu equipo cuando las cosas salen mal, perderás rápidamente toda credibilidad como cristiano y como un líder. Así que medita cuidadosamente cómo liderarás a tu equipo. Trata de conocer las habilidades necesarias para desarrollar tu trabajo y familiarízate con el trabajo de todos los integrantes de tu equipo. Establece un entorno de trabajo seguro en el que cada miembro de tu equipo se sienta valorado, y evalúa el trabajo de cada persona objetivamente, dando aliento y críticas piadosas. Por supuesto, el mayor amor que puedes manifestar a quienes trabajan para ti es el amor de Cristo, no solo de hecho, sino también de palabra.

Lidera con competencia

Por supuesto, no podemos separar la palabra del evangelio de la vida del evangelio. Pero, a medida que diriges a tu equipo con *cuidado* amoroso, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros, estarás mostrándoles el evangelio. Pero eso no es suficiente. Ora para que el Espíritu Santo te brinde la oportunidad de compartir el evangelio con las personas con quienes trabajas. Como dijo Jesús, eso requiere que seamos sabios como serpientes e inocentes como palomas (Mat. 10:16). Por supuesto, también requiere que seamos *competentes* en la Escritura.

Ya hemos considerado la *competencia* requerida por parte de los ancianos en una iglesia: competencia para enseñar la Palabra de Dios. Sin embargo, mientras que únicamente los pastores deben enseñar la Palabra de Dios, todos los cristianos deben conocer y compartir el evangelio, la Palabra de Dios sobre Jesús como el Cristo. No todos enseñaremos en la iglesia, pero todos debemos evangelizar. Y mientras que uno de los mayores obstáculos para el evangelismo es el miedo, quizás el segundo mayor obstáculo sea la ignorancia. Por tanto, estudia la Palabra de Dios; practica el evangelio y compártelo regularmente. Al estudiar la Biblia y la teología, se establecerán tus convicciones bíblicas y también crecerás en tu comprensión del evangelio, y en tu competencia para explicarlo.

Credibilidad

Al guiar a otros, muestra un *carácter* piadoso, guiado por *convicciones* bíblicas, *cuidando* amorosamente a aquellos que diriges, compartiendo de manera *competente* las buenas nuevas de Jesús, tanto por medio de tu testimonio como por tus palabras. Con el tiempo, ganarás credibilidad ante aquellos a los que diriges. Si bien algunos incrédulos pueden ser hostiles a tu fe cristiana y otros quizás se burlen de ti, al final, tras experimentar constantemente el amor y el liderazgo de Cristo por medio de ti, aquellos que trabajen bajo tu liderazgo florecerán. Y cuando afronten una crisis, no te sorprendas cuando acudan a ti en busca de ayuda, incluso de oración. Esto ocurrirá porque habrás establecido la *credibilidad* de alguien que no solo es justo, sino también amoroso. Que Dios nos conceda la gracia para guiar bien a otros y, en última instancia, guiar a otros a Cristo, nuestro fiel y verdadero líder.

Conclusión

«En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jue. 17:6; 21:25). Con estas palabras, el Libro de Jueces del Antiguo Testamento declara cuán importante es el liderazgo. Bajo la dirección del Señor, Moisés le encargó a Josué que guiara a Israel a la tierra prometida (Deut. 31:1-3). Habiendo conquistado victoriosamente a las naciones y guiado al pueblo de Dios a través de la tierra prometida, al final de su vida, Josué repasó la historia de Israel y los llamó a renovar el pacto que Dios hizo con ellos en Sinaí (Jos. 24). Desafortunadamente, después de la muerte de Josué, su generación permaneció fiel a Dios y a Su pacto, pero después de su muerte, sus hijos «no [conocían] a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel» (Jue. 2:10).

Una de las tristes realidades de la fe cristiana es que puede perderse fácilmente al cabo de una generación. Como he escuchado al teólogo del Nuevo Testamento D. A. Carson explicar en numerosas ocasiones, una generación *crea* el evangelio, junto con todas sus implicaciones (por ejemplo, estándares morales bíblicos, santidad de la vida humana, cuidado de los pobres, etc.); la siguiente generación *da por sentado* el evangelio pero se identifica con sus implicaciones; y la tercera generación *niega* el evangelio, pero promociona sus implicaciones como el estándar moral universal. El Libro de Jueces nos enseña que ese no es un patrón nuevo. Por esa razón, Pablo instó a Timoteo a confiar lo que había oído de él ante muchos testigos a «hombres fieles que sean idóneos para enseñar a otros» (2 Timoteo 2:2). El asunto del liderazgo, en lo que tiene que ver con la iglesia, es de gran importancia para el evangelio: ¿continuaremos transmitiendo la fe a las futuras generaciones?

El patrón de liderazgo, como ya he demostrado, se estableció en el Jardín de Edén. Adán fue creado para liderar, proteger y proveer a los que estaban

bajo su cuidado. Y parte de esa provisión incluía transmitir a Eva lo que Dios le había dicho sobre el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. 2:15). Eva fue creada para acompañar a Adán como su ayudante idónea, para seguirlo y afirmar su liderazgo. Aunque tanto el hombre como la mujer son iguales en cuanto a la imagen de Dios, ambos tienen roles distintos. Al marido se le otorga el papel de ejercer autoridad y la mujer el papel de someterse a dicha autoridad. Contrariamente a lo que nuestra cultura cree, la sumisión no es degradante. De hecho, es un reflejo de cómo Dios se ha revelado a sí mismo en la historia de la salvación. El único Dios existe en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Él nos ha revelado que existe en relaciones de autoridad y sumisión. El Hijo se somete al Padre, y el Espíritu se somete al Padre y al Hijo. Los tres son iguales, pues comparten la misma esencia divina; cada uno se relaciona con el otro en un vínculo de autoridad o sumisión basada en Su papel en la creación y en la redención.

El patrón establecido en el Jardín de Edén también debe reflejarse en la iglesia, donde solo los hombres deben ser pastores, líderes, proveedores y protectores del rebaño de Dios entre ellos. Como pastores, una imagen primaria que define al anciano, los líderes de la iglesia deben ser hombres fieles que también puedan enseñar a otros. Y como en el hogar (Deut. 6:1-9), los líderes de la iglesia deben transmitir la fe a hombres cualificados los cuales continuarán levantando las próximas generaciones de líderes hasta que Cristo regrese. Pero no nos limitamos a transmitir la fe a cualquier hombre; deben ser hombres de *carácter* piadoso, *convicción* bíblica, *cuidado* amoroso y *competencia* docente, y antes de que podamos identificar a tales hombres, debemos observarlos a través del *tiempo*. Solo entonces tales hombres tendrán *credibilidad* ante la congregación. Mi objetivo al escribir este libro es animar a las iglesias y a sus líderes a ser fieles en la formación de las próximas generaciones de líderes, para que aquellos que nos precedan no *den por sentado* el evangelio. Si la próxima generación da por sentado el evangelio, sus hijos llegarán a negarlo.

Al igual que con todos los asuntos bíblicos, la fórmula del liderazgo que he propuesto en este libro tiene aplicaciones fuera del hogar y la iglesia. Todos los cristianos han de ser personas de *carácter* piadoso, *convicción* bíblica,

cuidado amoroso y *competencia* docente. Por supuesto, no todos los cristianos están llamados a ser aptos para enseñar de la misma manera que lo son los ancianos de la iglesia. No obstante, aun así, como embajadores de Cristo, estamos llamados a ser competentes en el evangelio. Debemos conocer el evangelio lo suficientemente bien como para poder compartirlo con aquellos que no conocen a Cristo. También debemos manifestarlo ante nuestros hijos, familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo incrédulos para que nuestro testimonio cristiano sea creíble ante ellos. Por tanto, más allá del hogar y la iglesia, los cristianos que tienen responsabilidades de liderazgo, tanto hombres como mujeres, deben liderar con *carácter, convicción, cuidado y competencia*. Cuando, como cristiano, lideras una organización sin fines de lucro, una empresa, una institución o a tus compañeros, las personas deberían ser testigos de que tu liderazgo es distinto. A diferencia del mundo, no somos amos; somos siervos. Al igual que Jesús, estamos en este mundo, no para ser servidos, sino para servir y mostrar la gloria de nuestro Salvador, la bondad del evangelio y la transitoriedad de este mundo destinado a pasar.

Lamentablemente, en muchos lugares (el hogar, la iglesia, el trabajo o la escuela), los que se llaman a sí mismos cristianos no están actuando de manera diferente al mundo. La credibilidad del evangelio y de la iglesia recibe un duro golpe cada vez que un pastor o un líder, empresario, político, atleta o artista famoso que se proclama cristiano, cae. Hasta que Cristo regrese, me temo que continuaremos leyendo ese tipo de titulares. El mundo ama poner al descubierto a los cristianos hipócritas. Pero ¿y si, en vez de eso, le mostramos a este mundo cómo es vivir bajo el señorío del Rey Jesús? Al guiar a los demás, hagámoslo como Cristo nos ha guiado a nosotros: con sacrificio voluntario, servicio humilde y carácter piadoso. Al considerar a qué líderes reconocer, el mundo mira hacia afuera. Dios, por otro lado, mira el corazón. Que lo que está en nuestros corazones fluya hacia afuera para revelar la verdad, la belleza y la gloria de Jesucristo, nuestro Rey, y el gozo de Su reino celestial. Somos los embajadores de nuestro Rey Jesús. Representémoslo verdaderamente.

APÉNDICE 1: PROGRAMA DE PASANTÍA DE UNA IGLESIA LOCAL

Mientras observan a una iglesia local en la práctica y reflexionan sobre las Escrituras y los libros de pastores y teólogos que han pensado cuidadosamente sobre la naturaleza y el llamado de la esposa de Cristo, los internos pueden considerar cómo se ve una iglesia saludable y su papel dentro de ella como pastores.

¿Quién debe considerar la pasantía? De manera amplia y rápida, aquellos que desean servir en el ministerio (vocacionalmente o laicos). De forma más específica, este internado beneficiaría a los ancianos potenciales, ancianos laicos, seminaristas, estudiantes universitarios de la Biblia, maestros de estudio bíblico, etc. El objetivo del internado es equipar a este tipo de individuos con una sólida comprensión de la eclesiología, la predicación y la enseñanza.

REQUISITOS

Ensayos

La mayor parte del internado consta de lectura y escritura. Todos los libros requeridos serán provistos por la iglesia local. El pasante leerá y escribirá breves documentos de reflexión sobre estos libros. Algunas de las tareas de escritura pueden tener preguntas específicas que deben responderse según su lectura del libro (se proporcionarán a medida que surjan), pero la mayoría de los documentos son su respuesta a lo que se presentó en el libro.

Discusión

En promedio, cada dos semanas, los domingos por la tarde los pasantes se reunirán con el pastor principal y algunos miembros del personal pastoral para la discusión de lo leído. Durante estas discusiones se hablará sobre el documento que se debió presentar el lunes anterior a la reunión.

Reuniones de ancianos

El pasante deberá asistir a todas las reuniones de ancianos durante la duración de su pasantía. Las reuniones de ancianos se celebran cada dos jueves por la noche de 6:00 p.m. a 10:00 p.m. (en promedio, podrían terminar más temprano o más tarde según los asuntos que deban abordarse).

Reunión de miembros

El pasante debe asistir a todas las reuniones de miembros de la iglesia durante la duración de su pasantía.

Reunión de personal

El pasante debe asistir al menos a una reunión del personal de la iglesia durante la duración de su pasantía. Las reuniones de personal son el primer martes de cada mes a las 10:30 a.m.

Observación de servicios de otras iglesias

Dos veces dentro de la pasantía de 5 meses, a los pasantes se les asignará otra iglesia en la ciudad a la que deben asistir a un servicio el domingo por la mañana. Esto será seguido por un ensayo de reflexión.

Revisiones de servicio

Se espera que los internos asistan a la evaluación del servicio de la iglesia durante la duración de su pasantía. Estos tienen lugar todos los lunes de 1:30-3:00pm.

Mentoría

Durante su tiempo de pasantía, el pasante y su esposa (si está casado) serán asignados a una pareja de mentores en la iglesia. El único requisito que tiene con sus mentores es reunirse con ellos para cenar al

menos una vez al mes durante el programa de pasantía. Se le anima a reunirse con ellos más, pero no es necesario.

APÉNDICE 2: EL LUGAR Y MINISTERIO DE LOS ANCIANOS EN LA IGLESIA LOCAL

La misión de Dios: “La obra Dios hace en el mundo, en estos últimos días, que se extienden entre la primera y segunda venida de Cristo, es la de reunir personas para su reino por medio de la proclamación del evangelio” (capítulo 4, El Enrejado y la Vid; Mat. 16:13–19).

Nuestra misión: proclamar en oración este evangelio del reino a todos los pueblos, incorporando profesores al cuerpo en bautismo y enseñándoles a obedecer todo lo que Jesús ha comandado (Mat. 28:19–20).

- Este es lo que significa hacer discípulos.
- Esta es nuestra prioridad: Predicando el evangelio, en oración, para que los incrédulos vengan al conocimiento de Cristo y para que la iglesia sea edificada para la obra del ministerio.

La iglesia, estructurada para la misión – los ancianos: Cristo ha dado a su iglesia ministros de la Palabra con el fin de que la iglesia sea equipada para el ministerio para que ella sea edificada en amor (Ef. 4:11–16). Los pastores/ancianos son aquellos ministros de la Palabra, llamados a servir a la iglesia a través de la enseñanza de la Palabra de Dios con el propósito de que la iglesia sea equipada para la obra del ministerio.

- Los ancianos deben ser hombres llamados por Dios, con el deseo de pastorear a las ovejas de Dios (1 Tim. 3:1; 1 Ped. 5:1–13).
- Los ancianos deben ser hombres de carácter piadoso (1 Tim. 3:1–7; Tito 1:5–8).
- Los ancianos deben ser hombres con capacidad de enseñar sana doctrina y refutar el error (Tito 1:9–16).

La iglesia, estructurada para la misión – los diáconos: En la historia de la iglesia primitiva, cuando la misión se encontraba en peligro de estar comprometida (el ministerio de la Palabra y la oración) por las necesidades físicas de la iglesia, los apóstoles guiaron a la congregación a elegir siervos/diáconos, llenos del Espíritu Santo y sabiduría, para asistir a las necesidades físicas y materiales de la congregación, para que la misión pudiese continuar (Hech. 6:1–7).

- Los diáconos pueden ser hombres (1 Tim. 3:8–10, 12–13) o mujeres (1 Tim. 3:11, Rom. 16:1).
- Los diáconos deben ser de carácter piadoso (1 Tim. 3:8–13).
- Los diáconos deben tener un corazón de siervo/servicio (Hech. 6:1–7; 1 Tim. 3:13).

El ministerio de los diáconos: El rol principal de los diáconos es cuidar de las necesidades físicas de la iglesia (benevolencia, viudas, ordenanzas, propiedad, guardería, etc.) para que los ancianos puedan darle prioridad al ministerio de la palabra y a la oración.

- La palabra diácono proviene de una palabra general que significa servir (Rom 12:7; 1 Cor. 12:5; 16:15).

- La palabra diácono también se usa para el servicio oficial en la iglesia (Hech. 6:1–7; Fil. 1:1; 1 Tim. 3:8–13).
- A través de la historia de la Iglesia, los/las diáconos/diaconisas han servido en varias capacidades:
 - Leer o cantar las Escrituras en la congregación.
 - Recibir la ofrenda
 - Distribuir la ofrenda entre aquellos en necesidad
 - Distribuir la Cena del Señor
 - Preparar candidatos para el bautismo
 - Ministran a las viudas en necesidad

APÉNDICE 3: LAS CUALIDADES BÍBLICAS PARA UN ANCIANO

<i>1 Timoteo 3:2-7</i>	<i>Tito 1:6-9</i>	<i>1 Pedro 5:1-3</i>
Irreprensible	Irreprensible	No pastoreando a la fuerza, pero voluntariamente
Marido de una sola mujer	Marido de una sola mujer	No pastoreando por ganancias deshonestas, pero con anhelo
Sobrio	Tenga hijos fieles	No ejerciendo señorío sobre las ovejas, pero siendo de ejemplo
Prudente	No de voluntad propia	
Decoroso	No temperamental	
Hospedador	No dado al vino	
Apto para enseñar	No pendenciero	
No dado al vino	No codicioso de ganancias deshonestas	
No pendenciero	Hospedador	
Amable	Amante de lo bueno	
Apacible	Sensible	

Libre del amor al dinero	Justo	
Gobierna bien su casa	Devoto	
No un nuevo creyente	Sereno	
Buena reputación ante aquellos fuera de la iglesia	Retiene la Palabra fiel, para exhortar y para refutar	

APÉNDICE 4: PREGUNTAS DE EVALUACIÓN PARA UN ANCIANO POTENCIAL

1. ¿Asiste regularmente a las reuniones de la iglesia los domingos por la mañana y por la noche?
¿Asiste regularmente a las reuniones de miembros?
2. ¿Tiene alguna reserva o preocupación respecto al liderazgo actual de la iglesia local?
3. ¿Entiende la prioridad del ministerio de la Palabra y la oración en la vida de la iglesia? ¿Cómo promueves personalmente el ministerio de la Palabra y oración en la iglesia?
4. ¿Amas a la gente de la iglesia? ¿De qué manera?
5. ¿Deseas ser un anciano en la iglesia? ¿Por qué? ¿Hasta qué punto estás al tanto de alguna impureza (orgullo, poder, etc.) en tus motivaciones?
6. ¿Hay algo en tu vida que crees que te descalifica para servir como anciano?
7. ¿Se sorprenderían tus compañeros de trabajo o familiares al saber que eres uno de los líderes en la iglesia?
8. ¿Hay alguien en tu vida que diría que no debes servir en el liderazgo de ninguna iglesia? ¿Por qué lo dirían?
9. ¿Abrazas las enseñanzas de la Biblia respecto a los roles de género: masculinidad y feminidad bíblica?
10. En tus elecciones de entretenimiento, ¿ves material sexualmente explícito o pornografía?
11. ¿Cómo luchas contra la lujuria? ¿Tomas en serio el pecado sexual? ¿Luchas contra él o eres derrotado con frecuencia?
12. ¿Eres casado? Si es así, ¿hace cuánto tiempo? ¿Has sido fiel a tu esposa (emocional, físicamente) a lo largo de tu matrimonio?
13. Si eres casado, ¿diría tu esposa que estás calificado para ser un anciano?
14. ¿Organizas tus interacciones con personas del sexo opuesto de una manera que te mantenga libre de acusaciones? ¿Te muestras disponible para una plena rendición de cuentas y transparencia?
15. ¿Tienes hijos? ¿Cuántos? ¿Dónde se encuentran en relación a Cristo?
16. Si eres casado y tienes hijos, ¿honras a tu esposa de tal manera que tus hijos conocen la prioridad de tu matrimonio en tu vida y hogar?
17. Si eres casado y tienes hijos, ¿crees que administras bien su hogar de una manera que complace al Señor?
18. Si eres casado y tienes hijos, ¿dirían tus hijos que cumple con los requisitos para ser anciano?
19. Si no tienes hijos, ¿cuál es tu actitud hacia los niños y cómo criarlos?
20. SOLTERO: ¿Cómo caracterizaría sus relaciones de noviazgo y / o compañerismo con personas del sexo opuesto? ¿Sus relaciones son agradables al Señor?
21. ¿Sus apetitos están equilibrados? ¿Hay algún lugar donde cedas al exceso de comida, alcohol, ira?
22. ¿Toma alcohol? Si es así, ¿eres capaz de mantener el autocontrol en tu uso del alcohol? ¿Puedes decirle que no al alcohol cuando sabes que puede hacer que otro hermano o hermana tropiece?
23. ¿Tiene una buena reputación tanto dentro como fuera de la iglesia?
24. ¿Tiene una buena reputación de ser una persona que cumple su palabra?
25. ¿Saludas a tus hermanos y hermanas cuando se reúnen en la iglesia de forma natural? ¿Y a los visitantes?
26. ¿Ayudas libremente a los necesitados?
27. ¿Abres su casa a hermanos y hermanas en la iglesia?
28. ¿Aceptas las invitaciones a las casas de tus hermanos y hermanas en la iglesia?

29. ¿Eres capaz de explicar el evangelio a otros? ¿Compartes el evangelio con otros?
30. ¿Aplicas la verdad del evangelio en tu vida y en tu ministerio hacia otros?
31. ¿Eres capaz de decir la verdad en amor, incluso cuando otros no pueden recibir lo que necesitas decir?
32. ¿Te aferras a las verdades de la fe cristiana sin reservas? ¿Estás de acuerdo con la Declaración de Fe de la iglesia? ¿Has recibido oportunidades para enseñar en la iglesia? ¿En qué contextos? ¿Qué comentarios recibiste?
33. Comprendiendo la prioridad del ministerio de la palabra y la oración, ¿estás comprometido con la predicación expositiva? ¿Son edificados los miembros de la iglesia por tu enseñanza?
34. ¿Discipulas a hombres en la iglesia? Si es así, ¿a quiénes? Si no, ¿por qué no?
35. ¿Crees que eres paciente y amable al tratar con los demás?
36. ¿Cuál es tu actitud hacia la riqueza? ¿Luchas con la codicia o estás motivado por la ganancia egoísta? ¿Tienes deudas?
37. ¿Practicas la generosidad en tu apoyo financiero al ministerio de la iglesia? ¿Ayudas a los necesitados? ¿Alientas a otros a ser generosos hacia la iglesia?
38. ¿Eres honesto en tus tratos financieros?
39. ¿Tus inversiones tienen una mentalidad terrenal o una mentalidad celestial?
40. ¿Los que te conocen mejor dirían que estás creciendo en la gracia y el conocimiento de Cristo?
41. ¿Hasta qué punto eres dado al orgullo?
42. ¿Eres sensible a la crítica?
43. ¿Puedes someterte a los otros ancianos, incluso cuando tienes una posición diferente?
44. ¿Estás involucrado en tu comunidad? ¿Cómo interactúas con los que están fuera de la iglesia?
45. ¿Se sorprenderían las personas que te conocen fuera de la iglesia si fueras un líder aquí? Si es así, ¿por qué?
46. Después de leer los pasajes de las Escrituras que explican las calificaciones de los ancianos (1 Tim. 3: 1-7, Tito 1: 5-13; 1 Ped. 5: 1-4), ¿hay algo que crees que te descalificaría de servir como un anciano? ¿Hay alguna área sobre la que tengas preguntas? Si es así, por favor explique.
47. Si cree que está calificado para servir como anciano, ¿está dispuesto a servir como anciano en esta iglesia?

COALICIÓN POR EL EVANGELIO es una hermandad de iglesias y pastores comprometidos con promover el evangelio y las doctrinas de la gracia en el mundo hispanohablante, enfocar nuestra fe en la persona de Jesucristo, y reformar nuestras prácticas conforme a las Escrituras. Logramos estos propósitos a través de diversas iniciativas, incluyendo eventos y publicaciones. La mayor parte de nuestro contenido es publicado en www.coalicionporelevangelio.org, pero a la vez nos unimos a los esfuerzos de casas editoriales para producir y colaborar en una línea de libros que representen estos ideales. Cuando un libro lleva el logo de Coalición, usted puede confiar en que fue escrito, editado y publicado con el firme propósito de exaltar la verdad de Dios y el evangelio de Jesucristo.

TGC | COALICIÓN

1. En este libro, asumo la posición complementaria de que solo los hombres pueden ser pastores. Para una explicación y argumentos en cuanto a esta posición, ver *Women in the Church: An Interpretation and Application of 1 Timothy 2:9-15*, 3.^a edición (Wheaton, IL: Crossway, 2016).
2. La definición de profecía es algo muy debatido. Yo entiendo que la profecía es una revelación directa de Dios que se comparte literalmente con una audiencia que Dios pretende alcanzar. Esto significa que no hay diferencias entre la profecía del Antiguo Testamento y la profecía del Nuevo Testamento. La profecía, por lo tanto, se entrega con la autoridad de decir «así dice el Señor». Ya que la profecía es una revelación directa de parte de Dios, y como tenemos la revelación que Dios dio a sus apóstoles y profetas consignada en la Escritura, el equivalente de que las mujeres profetizen hoy en día en la iglesia es que lean la Escritura, la revelación de Dios. Ver, *Spiritual Gifts: What they Are & Why They Matter*, de Thomas R. Schreiner, (Nashville, TN: B&H, 2018).